

## Nuestro Hombre En La Habana

Comentario [LT1]:

*Graham Greene*

*"Nuestro hombre en La Habana" ("Our man in Havanna", 1958) es una de las obras más representativas de Graham Greene. En la Cuba de los años cincuenta, un comerciante británico se convierte de modo fortuito y casi a su pesar en espía, y la inercia del engranaje, unida al afán de lucro, le lleva a urdir una farsa que acaba por convertirse en siniestra realidad. El desenlace de la compleja e inventiva trama, que participa de lo trágico y lo irónico, constituye un ácido apólogo moral característico del mejor Greene: la superchería del oscuro Wormold revela el envés de los servicios de información y pone al descubierto los resortes últimos del comportamiento humano. "Nuestro hombre en La Habana" figura por derecho propio entre los clásicos principales de su género y de la obra entera de Graham Greene.*

Graham Greene, nacido en 1904, es una de las principales figuras de la narrativa británica contemporánea. Destacan en su obra las novelas "El poder y la gloria" (1940), "El ministerio del miedo" (1943), "El revés de la trama" (1948; Seix Barral, 1985), "El fin de la aventura" (1951), "El americano impasible" (1955), "El perdedor gana" (1955; Seix Barral, 1986), "Un caso acabado" (1960; Seix Barral, 1985), "El factor humano" (1978), "El décimo hombre" (Seix Barral, 1985) y "El capitán y el enemigo" (Seix Barral, 1988).

Es autor del volumen ensayístico "La infancia perdida y otros ensayos" (1951; Seix Barral, 1986) y de la autobiografía "Una especie de vida" (1971; Seix Barral, 1987).

En un cuento de hadas como éste, que transcurre en una fecha indeterminada del futuro, parece innecesario negar toda conexión entre mis personajes y personas vivientes.

Sin embargo, me gustaría decir que ningún personaje se basa en una persona real, que hoy en Cuba no hay ningún oficial de policía como el capitán Segura y por cierto ningún embajador inglés del tipo que he retratado. Quiero creer que el jefe del Servicio Secreto tampoco se parece en nada a mi personaje mítico. Y el hombre triste es blanco de todas sus chanzas.

## PRIMERA PARTE

### Capítulo Primero

1

-Ese negro que va calle abajo -dijo el doctor Hasselbacher, de pie en el Wonder Bar- me recuerda a usted, mistar Wormold.

Era típico del doctor Hasselbacher que después de quince años de amistad siguiera usando el prefijo mistar: la amistad avanzaba con la lentitud y seguridad de un diagnóstico cuidadoso. En su lecho de muerte, cuando el doctor Hasselbacher viniera a tomarle el pulso debilitado, tal vez mistar Wormold se convertiría en Jim.

El negro era tuerto y tenía una pierna más corta que la otra; llevaba un decrepito sombrero de felpa, y por la camisa desgarrada le asomaban las costillas, como las de un barco desmantelado. Caminaba por la orilla de la acera, fuera de los pilares amarillos y rosados de una columnata, al cálido sol de enero, y contaba sus pasos al alejarse. Al pasar frente al Wonder Bar, subiendo por Virtudes, había llegado a "1.369". Tenía que moverse lentamente para darse tiempo con un numeral tan largo. "Mil trescientos setenta." Era una figura familiar cerca de la plaza Nacional, donde a veces se detenía, interrumpiendo la cuenta, el tiempo necesario para vender un paquete de fotografías pornográficas a un turista. Luego reanudaba la cuenta donde la había dejado. Al cabo del día, como el enérgico viajero de un transatlántico, sabría hasta el último metro la distancia que había caminado.

-¿Joe? -preguntó Wormold-. No veo ningún parecido. Exceptuando el renquear, por supuesto -pero instintivamente se dirigió una mirada rápida en el espejo con la marca "Cerveza Tropical", como si realmente pudiera haber decaído y ennegrecido tanto durante la caminata desde la tienda en la ciudad baja. Pero la cara que le devolvía la mirada solamente estaba un poco descolorida por el polvo del puerto; seguía siendo la misma, expectante, arrugada y cuarentona: mucho más joven que la del doctor Hasselbacher, aunque un extraño hubiera llegado a la conclusión de que se extinguiría primero: ya estaban allí la sombra, las ansiedades que se encuentran fuera del alcance de las píldoras tranquilizadoras. El negro se perdió de vista, renqueando, doblando la esquina del paseo. El día estaba repleto de limpiabotas.

-No me refería al renquear. ¿No ve el parecido?

-No.

-El tipo tiene dos ideas en la cabeza -explicó el doctor Hasselbacher-: hacer su trabajo y llevar la cuenta. Y, por supuesto, es inglés.

-Sigo sin ver... -Wormold se refrescó la boca con su daiquiri mañanero. Siete minutos para llegar al Wonder Bar; siete minutos para volver a la tienda; seis minutos para la comida. Miró el reloj. Recordó que atrasaba un minuto.

-Es puntual, se puede contar con él, eso es todo lo que quise decir -interrumpió el doctor Hasselbacher, con impaciencia. ¿Cómo está Milly?

-Maravillosamente -dijo Wormold. Era su respuesta invariable, pero lo decía de veras.  
-Diecisiete el diecisiete, ¿eh?  
-Así es -dirigió una rápida mirada sobre el hombro, como si le persiguiera alguien, y luego volvió a mirar el reloj-. ¿Vendrá a compartir una botella con nosotros?  
-No falté nunca todavía, mistar Wormold. ¿Quién más estará?  
-Bueno, pensé que nadie más que nosotros tres. Sabe, Cooper volvió a Inglaterra, y el pobre Marlowe sigue en el hospital, y parece que a Milly no le gusta ninguna de la gente nueva del Consulado. Por eso pensé que sería algo íntimo, en familia.  
-Me honra ser de la familia, mistar Wormold.  
-Tal vez una mesa en el Nacional, ¿o le parece que no es muy... bueno, apropiado?  
-Esto no es Inglaterra ni Alemania, mistar Wormold. Las chicas crecen rápido en los trópicos.  
Se abrió una persiana frente a ellos y comenzó a soplar una suave brisa desde el mar: tictac, como un reloj antiguo. Wormold dijo:  
-Me tengo que ir.  
-Phaskleaners se arreglará sin usted, mistar Wormold -era un día de incómodas verdades-. Como mis pacientes -agregó con amabilidad el doctor Hasselbacher.  
-La gente enferma, pero no tiene que comprar aspiradoras.  
-Pero usted las cobra más caro.  
-Y no me queda más que el veinte por ciento para mí. No se puede ahorrar mucho con el veinte por ciento.  
-Éstos no son tiempos para ahorrar, mistar Wormold.  
-Tengo que ahorrar... por Milly. Si me pasara algo...  
-Ninguno de nosotros tiene mayores esperanzas de vida actualmente, así que, ¿para qué afligirse?  
-Todos estos líos son malos para los negocios. ¿Para qué sirve una aspiradora si cortan la corriente?  
-Podría prestarle algo, mistar Wormold.  
-No, no. No se trata de eso. No me preocupo por este año, ni tampoco por el año que viene; es una preocupación a largo plazo.  
-Entonces no vale la pena llamarla preocupación. Vivimos en una era atómica, mistar Wormold. Aprieta un botón: piff... bang... ¿dónde estamos? Otro whisky, por favor.  
-Y eso es otra cosa. ¿Sabe lo que hizo ahora la compañía? Me mandó una aspiradora con pila atómica.  
-¿Es cierto? No sabía que la ciencia hubiera avanzado tanto.  
-Oh, por supuesto, no tiene nada de atómico, no es más que un nombre. El año pasado era la turbo de retropropulsión; este año es la atómica. Hay que enchufarla lo mismo, igual que la otra.  
-Entonces ¿por qué afligirse? -repitió el doctor Hasselbacher, como un tema melódico, inclinándose sobre el whisky.  
-No se dan cuenta de que ese tipo de nombre puede estar bien en Estados Unidos, pero no aquí, con el clero que predica constantemente contra el mal uso de la ciencia. Milly y yo fuimos a la catedral el domingo pasado. Ya conoce su opinión respecto de la misa, cree que me va a convertir; no me sorprendería. Bueno, el padre Méndez tardó media hora en describir los efectos de la bomba de hidrógeno. "Aquellos que creen en el cielo en la tierra -dijo- están creando un infierno." Así sonaba también; fue muy lúcido. ¿Cómo le parece que me sentí el lunes por la mañana, cuando tuve que preparar un escarapate para exponer la nueva aspiradora de succión por pila atómica? No me hubiera sorprendido si uno de esos muchachos salvajes de por aquí me hubiese roto la vidriera. Acción Católica, Cristo Rey, todo ese asunto. No sé qué hacer, Hasselbacher.

-Véndale una al padre Méndez para el palacio del obispo.  
-Pero si está contento con el modelo del año pasado... Era un buen motor. Por supuesto, éste también. Aumento de succión para estanterías de biblioteca. Usted sabe que no le vendería a nadie una máquina que no fuera buena.  
-Ya lo sé, mistar Wormold. ¿No le puede cambiar el nombre, sencillamente?  
-No me dejan. Están orgullosos. Creen que es la mejor frase inventada desde "como es el batido es el barrido es el limpiado". Sabe, tenían una cosa llamada filtro purificador de aire en la turbo. A nadie le molestaba, era un buen aparatito, pero ayer vino una mujer, miró la pila atómica y preguntó si un filtro de ese tamaño era capaz de absorber realmente toda la radiactividad. "¿Y el estroncio 90?", preguntó.  
-Le puedo dar un certificado médico -dijo el doctor Hasselbacher.  
-¿Usted nunca se preocupa por nada?  
-Tengo una defensa secreta, mistar Wormold. Me intereso en la vida.  
-Yo también, pero...  
-A usted le interesa una persona, no la vida, y la gente se muere o nos deja. Lo siento, no me refería a su mujer. Pero si a usted le interesa la vida, nunca le defraudará. Me interesa la azulinidad del queso. A usted no le da por los crucigramas, ¿verdad, mistar Wormold? A mí sí, son como las personas: se llega al fin. Puedo terminar cualquier juego de crucigramas en una hora, pero tengo un descubrimiento respecto a la azulinidad del queso que nunca llegará a una conclusión..., aunque uno, por supuesto, sueña con que llegue un momento... Algún día tengo que mostrarle mi laboratorio.  
-Tengo que irme, Hasselbacher.  
Debería soñar más, mistar Wormold. La realidad en nuestro siglo es algo que no debe afrontarse.

## 2

Cuando Wormold llegó a su tienda de la calle Lamparilla, Milly todavía no había regresado de su escuela parroquial norteamericana, y pese al par de figuras que podía divisar tras la puerta, la tienda le parecía vacía. ¡Qué vacía! Y así seguiría hasta que regresara Milly. Cada vez que entraba en el negocio sentía un vacío que no tenía nada que ver con sus aspiradoras. No había cliente capaz de llenarlo, y menos ése que estaba de pie con aspecto demasiado emperifollado para La Habana, leyendo un folleto en inglés sobre la pila atómica, ignorando manifiestamente al ayudante de Wormold. López era un hombre impaciente a quien no gustaba perder el tiempo lejos de la edición castellana de "Confidential". Miraba indignado al extraño y no hacía ningún intento por congraciarse con él.

- "Buenos días" -dijo Wormold. Miraba a todos los extraños al negocio con una sospecha habitual. Diez años atrás había entrado un hombre haciéndose pasar por comprador y, sin ninguna prevención, le había vendido un paño de lana para sacar lustre al coche. Ése había sido un impostor plausible, pero no podía haber nadie con menos aspecto de comprador de aspiradoras que este hombre. Alto y elegante con su traje tropical color piedra, usando una corbata exclusiva, llevaba consigo el aire de las playas y el olor a cuero de un buen club: uno esperaba que dijera: "El embajador le recibirá en seguida." Alguien se ocuparía siempre de su limpieza: un océano o un valet.

-Me temo que no hablo en jerga -repuso el desconocido. La palabra de argot era como una mancha sobre su traje, como una mancha de huevo después del desayuno-. Usted es inglés, ¿verdad?

-Sí.

- Quiero decir inglés de veras. Pasaporte inglés y todo lo demás.
- Sí. ¿Por qué?
- A uno le gusta tratar con una firma inglesa. Uno sabe dónde está, si usted me interpreta.
- ¿En qué puedo servirle?
- Bueno, primero quería mirar un poco -hablaba como si estuviera en una librería-. No pude hacérselo entender a ese tipo.
- ¿Busca una aspiradora?
- No busco, exactamente.
- Quiero decir, ¿piensa comprar alguna?
- Eso es, amigo, dio en el clavo -Wormold tuvo la impresión de que el hombre había elegido ese tono de voz porque le parecía que quedaba bien en la tienda- una coloración protectora en la calle Lamparilla, pues la vivacidad, por cierto, no quedaba bien con esa ropa. No se puede seguir con éxito la técnica de san Pablo de ser todas las cosas para todos los hombres sin cambiar de traje.
- Wormold dijo rápidamente:
- No encontrará nada mejor que la pila atómica.
- Aquí veo una que se llama turbo.
- Ésa también es una excelente aspiradora. ¿Tiene usted un piso grande?
- Bueno, no grande exactamente.
- Aquí, ve usted, tiene dos juegos de cepillos: éste para encerar y éste para pulir; oh, no, me parece que es al revés. El turbo es de motor de aire.
- ¿Qué quiere decir eso?
- Bueno, por supuesto, es..., bueno, es lo que dice, un motor de aire.
- Y este aparatito... ¿para qué sirve?
- Es el extremo doble, para las alfombras.
- ¡No me diga! ¿A que es interesante? ¿Por qué doble?
- Empuja y tira.
- Las cosas que se les ocurren -dijo el desconocido-. Supongo que vende muchas.
- Soy el único agente aquí.
- Toda la gente importante, supongo, tiene que tener una pila atómica.
- O una turbo de retropropulsión.
- ¿Y las oficinas del gobierno?
- Por supuesto. ¿Por qué?
- Lo que es bueno para una dependencia del gobierno, debe ser suficientemente bueno para mí.
- Tal vez preferiría nuestro enanito hazlo fácil.
- ¿Qué hace fácil?
- El título completo es enanito hazlo fácil pequeña aspiradora de succión de motor de aire para el hogar.
- Otra vez eso del motor de aire.
- No es responsabilidad mía.
- No se irrite, amigo.
- Personalmente, odio las palabras pila atómica -dijo Wormold con repentino apasionamiento-. Estaba sumamente molesto. Se le había ocurrido que el desconocido podía ser un inspector enviado por la casa matriz en Londres o Nueva York. En ese caso, no escucharían más que la verdad.
- Ya comprendo lo que quiere usted decir. No es una elección feliz. Dígame, ¿tienen servicio para estas cosas?
- Trimestral. Libre de cargo durante el período de garantía.
- Quise decir si lo hace usted.

-Mando a López.

-¿El tipo malhumorado?

-Yo no soy buen mecánico. Cuando toco una de estas cosas, parece que deja de funcionar por algún motivo.

-¿Lleva usted coche?

-Sí, pero si le pasa algo, mi hija lo arregla.

-Oh, sí, su hija. ¿Dónde está?

-En la escuela. Déjeme que le muestre este acoplamiento de acción instantánea -pero, por supuesto, cuando quiso hacer la demostración no acoplaba. Empujó y atornilló-. Pieza defectuosa -dijo desesperadamente.

-Déjeme probar -pidió el desconocido, y el acoplamiento funcionó con toda la suavidad del mundo-. ¿Qué edad tiene su hija?

Dieciséis -respondió, y se puso furioso consigo mismo por haberlo hecho.

-Bueno -dijo el desconocido-, tengo que irme. Encantado con nuestra charla.

-¿No le gustaría ver cómo funciona la aspiradora? López le haría una demostración.

-No por el momento. Yo volveré a verle... o aquí o allá -dijo el hombre con vaga e insolente confianza, y desapareció por la puerta antes de que a Wormold se le ocurriera darle una tarjeta comercial. En la plaza donde nacía la calle Lamparilla se lo tragarón los alcahuetes y vendedores de lotería del mediodía de La Habana.

López dijo:

-No tenía la menor intención de comprar.

-Entonces ¿qué quería?

-¿Quién sabe? Me miró un rato largo desde la vidriera. Me parece que tal vez, si usted no hubiera venido, me habría pedido que le consiga una chica.

Pensó en aquel día, diez años atrás, y luego con intranquilidad en Milly, y deseó no haber contestado a tantas preguntas. También deseó que el acoplamiento de acción instantánea se hubiese acoplado siquiera por una vez con un golpe seco.

## Capítulo II

Podría distinguir que se acercaba Milly como distinguía desde lejos cuando se acercaba un coche patrulla. Silbidos en vez de sirenas le anunciaron su llegada. Tenía la costumbre de caminar desde la parada del autobús en la avenida de Bélgica, pero hoy los tiburones parecían operar en la dirección de Compostela. No eran tiburones peligrosos, tenía que admitirlo de mala gana. El saludo que había comenzado acerca de su decimotercer cumpleaños era en realidad un saludo de respeto, pues, aun para los elevados niveles de La Habana, Milly era hermosa. Tenía el pelo del color de la miel pálida, cejas oscuras, y su colita de caballo estaba cortada por el mejor peluquero de la ciudad. No prestaba atención a los silbidos, lo único que conseguían era hacerla pisar más alto: al verla caminar se podía creer casi en la levitación. Ahora el silencio le hubiera parecido un insulto.

Al revés de Wormold, que no creía en nada, Milly era católica: Wormold se lo había prometido a su futura mujer antes de casarse. Ahora ésta, suponía él, no pertenecía a ninguna fe, pero se había ido dejándole una católica entre las manos. Eso acercaba a Milly más a Cuba de lo que él podría estarlo jamás. Creía que en las familias ricas la costumbre de las dueñas todavía perduraba, y a veces le parecía que también Milly llevaba junto a sí una dueña, invisible a todos los ojos menos a los de la muchacha. En la iglesia, donde parecía más adorable que en ninguna otra parte, con su leve mantilla bordada con hojas transparentes como el invierno, la dueña estaba siempre sentada a su lado para observar que tuviera la espalda recta, la cara cubierta en el momento conveniente y que hiciera el signo de la cruz de manera correcta. Ya podían los chiquillos chupar dulces con impunidad alrededor de ella, o esconder sus risitas detrás de los pilares: Milly se sentaba con la rigidez de una monja, siguiendo la misa en un pequeño misal de cantos dorados encuadernado en cuero del color de su pelo (lo había elegido ella misma). La misma dueña invisible cuidaba de que comiera pescado los viernes, ayunara en los días de Cuaresma y asistiera a misa no sólo los domingos y fiestas de guardar, sino también el día de su santo. En casa le llamaban Milly; su nombre de pila era Serafina: en Cuba, "doble de segunda clase", frase misteriosa que a Wormold le recordaba el hipódromo.

Había pasado mucho tiempo antes de que Wormold comprendiera que la dueña no siempre estaba junto a ella. Milly era minuciosa en su comportamiento en las comidas, y nunca había olvidado sus plegarias de la noche, como bien sabía él, pues aun de chica le había hecho esperar, para marcarlo como no católico que era, junto a la puerta de su dormitorio hasta terminar. Una luz ardía siempre frente a la imagen de nuestra señora de Guadalupe. Recordaba que a la edad de cuatro años le había oído rezar: "Dios te salve, María, siempre con tu porfía."

Un día, sin embargo, cuando Milly tenía trece años, le habían llamado a la escuela parroquial de las hermanas clarisas norteamericanas en el rico suburbio blanco de Vedado. Allí se enteró por vez primera que la dueña abandonaba a Milly bajo la placa de la verja de la escuela. La queja era de naturaleza seria: había prendido fuego a un muchachito llamado Thomas Earl Parkman, hijo. Verdad era, como admitía la reverenda madre, que Earl, como le decían en la escuela, le había tirado del pelo primero a Milly, pero consideraba ella que esto en modo alguno justificaba la actitud de Milly, que bien hubiera podido tener graves resultados si otra chica no hubiese empujado a Earl haciéndole caer en una fuente. La única defensa de Milly para su conducta había sido que Earl era protestante y que si iba a haber una persecución, los católicos siempre podían ganar el juego a los protestantes.

-Pero ¿cómo prendió fuego a Earl?

-Le echó petróleo en el faldón de la camisa.

-¡Petróleo!

-Líquido de encendedores, y luego encendió un fósforo. Creemos que debe haber andado fumando en secreto.

-Es una historia más que extraordinaria.

-Entonces creo que usted no conoce a Milly. Debo decirle, mistar Wormold, que nuestra paciencia está bastante agotada.

Aparentemente, seis meses antes de prenderle fuego a Earl, Milly había hecho circular en la clase de arte un juego de postales de las grandes obras de arte del mundo.

-No veo qué tiene eso de malo.

-A los doce años de edad, mistar Wormold, una niña no debiera circunscribirse al desnudo, por clásicos que sean los cuadros.

-¿Eran todos desnudos?

-Todos excepto la "Maja vestida", de Goya. Pero también la tenía en la versión desnuda.

Wormold se había visto obligado a entregarse a la clemencia de la reverenda madre: él era un pobre padre incrédulo con una hija católica, el convento norteamericano era la única escuela católica de La Habana que no era española, y él no podía pagar una gobernanta. No querían que la mandara a la Hiram C. Truman School, ¿verdad? Y sería romper la promesa hecha a su esposa. Se preguntaba en privado si no sería su deber buscar una nueva esposa, pero tal vez las monjas no transigieran con eso, y de todos modos todavía estaba enamorado de la madre de Milly.

Por supuesto, habló con Milly, y su explicación tuvo la virtud de la sencillez.

-¿Por qué prendiste fuego a Earl?

-Me tentó el diablo -dijo la muchacha.

-Milly, por favor, sé sensata.

-El diablo ha tentado a santos.

-Tú no eres una santa.

-Exactamente. Por eso caí.

El capítulo estaba cerrado, por lo menos quedaría cerrado esa tarde entre cuatro y seis, en el confesonario. La dueña estaba de nuevo junto a ella y cuidaría de eso. "Si solamente -pensó el padre-, yo supiera con seguridad cuándo la dueña se toma el día libre..."

También estaba el asunto de fumar a escondidas.

-¿Fumas cigarrillos? -le preguntó.

-No.

Algo en su continente le hizo volver a componer la pregunta.

-¿Fumaste alguna vez, Milly?

-Sólo negros.

Ahora que escuchaba los silbidos anunciadores de su llegada se preguntaba por qué Milly venía por Lamparilla, desde el puerto, en lugar de venir por la avenida de Bélgica. Pero al verla vio también el motivo. La seguía un empleado que cargaba un paquete tan grande que le ocultaba la cara. Wormold comprendió con tristeza que había vuelto a salir de compras. Subió al departamento, sobre la tienda, y al cabo de un momento la escuchó dirigir en la otra habitación la distribución de sus compras. Hubo un golpe seco, un cascabeleo y ruido de metal.

-Póngalo allí -dijo Milly-. No, aquí.

Se abrieron y cerraron cajones. Empezó a clavar clavos en la pared. Del lado donde estaba él se desprendió un trozo de revoque y cayó en la ensalada; la criada de día había preparado una comida fría.

Milly llegó con estricta puntualidad. A él le resultaba siempre difícil disfrazar su sensación ante la belleza de la muchacha, pero la dueña invisible le miró con frialdad, como si fuera un candidato indeseable. Hacía mucho tiempo que la dueña no se tomaba vacaciones; casi



lamentaba su asiduidad, y a veces le hubiera gustado ver arder de nuevo a Earl. Milly dijo su acción de gracias y se persignó, y él inclinó respetuosamente la cabeza hasta que terminó. Fue una de las más largas, lo que probablemente indicaba que no estaba muy hambrienta o que trataba de ganar tiempo.

-¿Tuviste un día bueno, papá? -le preguntó cortésmente. Era el comentario que habría hecho una esposa al cabo de muchos años.

-No tan malo, ¿y tú? -se volvía cobarde al mirarla; odiaba oponérsele en nada y trataba de evitar, mientras fuera posible, el tema de sus compras. Sabía que su asignación mensual se había ido hacia dos semanas en unos aros que se le habían antojado y en una pequeña imagen de santa Serafina.

-Saqué notas excelentes en dogma y moral.

-Bien, bien. ¿Qué te preguntaron?

-Me lucí con los pecados veniales.

-Vi al doctor Hasselbacher esta mañana -dijo él, con aparente falta de propósito.

Milly respondió cortésmente:

-Espero que esté bien.

La dueña, pensó él, se estaba excediendo: la gente alababa las escuelas católicas por enseñar cortesía, pero seguramente la cortesía tenía como único fin impresionar a los extraños. Pensó tristemente: "Pero yo soy un extraño." Era incapaz de seguirla en su extraño mundo de cirios, encajes, agua bendita y genuflexiones. A veces le parecía que no tenía hija.

-Vendrá a tomar una copa para tu cumpleaños. Me pareció que podíamos ir después a un night-club.

-¡Un night-club! -la dueña debió mirar momentáneamente hacia otra parte, pues Milly exclamó: O Gloria Patri.

-Siempre decías Aleluya.

-Eso era en cuarto año. ¿Qué night-club?

-Me pareció que tal vez el Nacional.

-¿No el Shanghai Theatre?

-Ciertamente que no el Shanghai Theatre. No puedo ni imaginar cómo sabes que existe ese lugar.

-Una se entera de cosas en la escuela.

Wormold dijo:

-No hemos hablado de tu regalo. El cumpleaños de los diecisiete no es un cumpleaños vulgar. Me preguntaba...

-En realidad y a decir verdad -intervino Milly- no hay nada en el mundo que desee.

Wormold recordó con aprensión aquel paquete enorme. Si ya se había comprado todo lo que quería... Le rogó:

-Seguramente todavía debe haber algo que quieras.

-Nada. Verdaderamente, nada.

-Un traje de baño nuevo -sugirió él, desesperadamente.

-Bueno, hay una cosa... Pero pensé que podíamos contarle como regalo de Navidad, también, y también del año que viene, y del otro...

-Santo cielo, ¿qué es?

-No tendrías que pensar en regalos durante un tiempo bien largo.

-No me digas que quieres un Jaguar.

-Oh, no, es un regalo bastante pequeño. No es un coche. Duraría años. Es una idea terriblemente económica. Y en cierto modo, hasta podría ahorrar gasolina.

-¿Ahorrar gasolina?

-Y hoy conseguí todos los extras... con mi propio dinero.

-Si no tienes dinero. Tuve que prestarte tres pesos para santa Serafina.  
-Pero tengo buen crédito.  
-Milly, te lo he dicho y te lo he repetido. No quiero que compres a crédito. De todos modos, es mi crédito, no el tuyo, y mi crédito está cada vez peor.  
-Pobre papá. ¿Estamos al borde de la ruina?  
-Oh, supongo que las cosas mejorarán cuando terminen los disturbios.  
-Pensé que siempre había disturbios en Cuba. Si llegara a pasar lo peor, yo podría trabajar, ¿verdad?  
-¿En qué?  
-Podría ser gobernanta, como Jane Eyre.  
-¿Quién te admitiría?  
-El señor Pérez.  
-Milly, ¿qué estás diciendo? Vive actualmente con su cuarta mujer, tú eres católica...  
-Podría tener una vocación especial por los pecadores -sugirió Milly.  
-Milly, qué tonterías dices. De todos modos, no estoy arruinado. Todavía no, por lo que yo sé. Milly, ¿qué compraste?  
-Ven a ver -la siguió a su dormitorio. Sobre la cama descansaba una silla de montar; el freno y la rienda colgaban de los clavos de la pared (había roto el tacón de uno de sus mejores zapatos de fiesta para clavarlos); otras riendas se enroscaban en las lámparas; un látigo se apoyaba en el tocador. Dijo, desesperadamente:  
-¿Dónde está el caballo? -y casi esperaba verlo aparecer desde el cuarto de baño.  
-En una caballeriza, cerca del Country Club. Adivina cómo se llama.  
-¿Cómo quieres que lo adivine?  
-"Serafina". ¿No es verdaderamente la mano de Dios?  
-Pero, Milly, me es imposible pagar...  
-No necesitas pagarla de una vez. Es zaina.  
-¿Qué tiene que ver el color?  
-Es de raza. Hija de santa Teresa por Fernando de Castilla. Hubiera costado el doble, pero se lastimó un tendón al saltar una valla de alambre. No tiene nada malo, nada más que una protuberancia en una de las manos, por eso no pueden exponerla.  
-Me da igual que sea un cuarto del precio. Los negocios no marchan, Milly.  
-Pero ya te he explicado, no necesitas pagarla de una vez. Puedes pagarla en varios años.  
-Y lo estaré pagando todavía cuando haya muerto.  
-No es "lo", es "la", y "Serafina", durará mucho más que un coche. Probablemente, durará más que tú.  
-Pero, Milly, tus viajes al establo, y el establo sólo...  
-Ya he hablado de todo eso con el capitán Segura. Me ofrece el último precio. Quería darme el alojamiento gratis, pero yo sabía que no te gustaría que acepte favores.  
-¿Quién es el capitán Segura, Milly?  
-El jefe de policía de Vedado.  
-¿Dónde diablos le conociste?  
-Oh, a veces me trae hasta Lamparilla en su coche.  
-¿Sabe eso la reverenda madre?  
Milly repuso secamente:  
-Una tiene derecho a su vida privada.  
-Escucha, Milly. No puedo pagar un caballo, tú no puedes pagar todas estas... cosas. Tendrás que devolverlas -agregó con furia-. Y no quiero saber nada de que te traiga el capitán Segura.  
-No te aflijas. Jamás me toca -dijo Milly-. Lo único que hace es conducir cantando canciones mejicanas tristes. Sobre flores y muerte. Y una sobre un toro.

-No quiero saber nada, Milly. Hablaré con la reverenda madre; debes prometer... -veía bajo las oscuras cejas cómo los ojos ámbar y verde contenían las lágrimas que se acercaban. Wormold sintió la llegada del pánico; exactamente así le había mirado su mujer en una tórrida siesta de octubre, cuando terminaron de pronto seis años de vida. Dijo: ¿No estás enamorada, verdad, de ese capitán Segura?

Dos lágrimas empezaron a perseguirse con cierta elegancia alrededor de la curva de un pómulo y brillaron como el arnés de la pared: eran también parte de su equipo.

-Me importa un rábano el capitán Segura -afirmó Milly-. Lo único que me importa es "Serafina". Mide quince palmos y tiene una boca de seda, lo dice todo el mundo.

-Milly querida, tú sabes que si pudiera...

-Oh, ya sabía que lo tomarías así -dijo Milly-. Lo sabía en el fondo de mi corazón. Recé dos novenas para que todo saliera bien, pero no sirvieron para nada. Tuve mucho cuidado, además. Estuve en estado de gracia todo el tiempo mientras las rezaba. Nunca volveré a creer en una novena. Nunca. Nunca -su voz tenía la dilatada resonancia del "Cuervo" de Poe. Él no tenía fe en sí mismo, pero jamás quería que por una acción suya se debilitara la fe de su hija. Ahora sentía una aterradora responsabilidad; en cualquier momento negaría ella la existencia de Dios. Antiguas promesas que había hecho volvieron del pasado para debilitarlo.

Suplicó:

-Milly, lo siento...

-También escuché dos misas extra -echaba todo su desencanto a paladas sobre sus hombros con la vieja magia familiar. Está muy bien hablar de las lágrimas fáciles de un niño, pero si uno es padre, no puede correr los mismos riesgos que una maestra o una gobernanta. ¿Quién sabe si no puede haber un momento en la infancia en que el mundo cambia para siempre, como haciendo una mueca cuando suena el reloj?

-Milly, te prometo que si es posible el año que viene... Escucha, Milly, puedes quedarte con la silla hasta entonces, y con todo el resto de las cosas.

-¿Para qué sirve una silla sin un caballo? Y yo le dije al capitán Segura...

-Al diablo con el capitán Segura..., ¿qué le dijiste?

-Le dije que no tenía más que pedirte a "Serafina" y que me la darías. Le dije que eras maravilloso. No le dije nada de las novenas.

-¿Cuánto cuesta?

-Trescientos pesos.

-Oh Milly, Milly -no podía hacer otra cosa que rendirse-. Tendrás que pagar la caballeriza con tu mensualidad.

-Por supuesto que sí -le besó en la oreja-. Empezaré el mes que viene -ambos sabían muy bien que no empezaría nunca. Dijo:- Ya ves, resultaron, después de todo. Las novenas, digo. Empezaré otra mañana, para que mejoren los negocios. Me gustaría saber qué santo es mejor para eso.

-He oído decir que san Judas es el santo de las causas perdidas -dijo Wormold.

### Capítulo III

1

Era la ilusión de Wormold despertarse algún día y descubrir que había acumulado ahorros, bonos al portador y acciones y que recibía un flujo continuo de dividendos, como los ricos habitantes del barrio de Vedado; entonces se retiraría con Milly a Inglaterra, donde no habría capitanes Segura ni silbidos callejeros. Pero la ilusión se desvanecía cada vez que entraba al poderoso American Bank, en Obispo. Atravesando los grandes portales de piedra, decorados con tréboles de cuatro hojas, volvía a ser el pequeño distribuidor que realmente era, cuya pensión jamás sería suficiente para llevar a Milly a la región de la seguridad.

Cobrar un cheque no es ni remotamente una operación tan sencilla en un banco americano como en un banco inglés. Los banqueros americanos creen en el toque personal; el cajero da la impresión de encontrarse allí accidentalmente y de estar abrumado de felicidad ante la dichosa casualidad del encuentro. "Bueno -aparece expresar en el calor de sonrisa soleada-, ¿quién hubiera creído que le encontraría aquí, justo a usted, en un banco precisamente?" Luego de intercambiar noticias sobre su salud y sobre nuestra salud, y de encontrar un interés común en la hermosura del clima invernal, uno, tímidamente, como pidiendo perdón, desliza el cheque hacia él (qué fatigoso e incidental es todo el asunto), quien apenas tiene tiempo de mirarlo, cuando suena el teléfono que está junto a su codo. "Pero, Henry -exclama atónito en el teléfono, como si también Henry fuera la última persona con quien esperaba conversar ese día-, ¿qué noticias tienes?" Las noticias tardan largo rato en absorberse; el cajero sonríe caprichosamente en nuestra dirección: negocios son negocios.

-Tengo que decirte que Edith estaba preciosa anoche -dijo el cajero.

Wormold se movió inquieto.

-Fue una noche preciosa, por cierto. ¿Yo? Oh, estoy bien. Bueno, ¿y ahora qué puedo hacer por ti?

-Pero... a tus órdenes, Henry, ya lo sabes... Ciento cincuenta mil dólares a tres años...; no, por supuesto que no habrá ninguna dificultad para un negocio como el tuyo. Tenemos que obtener el visto bueno de Nueva York, pero eso es una formalidad. Pasa por aquí en cualquier momento y habla con el gerente. ¿Cuotas mensuales? No hace falta con la firma norteamericana. Diría que podríamos arreglar un cinco por ciento. Hagámoslo doscientos mil a cuatro años. Por supuesto, Henry.

El cheque de Wormold se redujo a una insignificancia entre sus dedos. Trescientos cincuenta dólares: la escritura le parecía tan delgada como sus recursos.

-¿Te veo en casa de mistress Slater mañana? Espero que monten una mesa. No te traigas ningún as en la manga, Henry. ¿Cuánto tardará el visto bueno? Oh, un par de días, si cablegrafiamos. ¿Mañana a las once? A la hora que digas, Henry. Ven. Le avisaré al gerente. Estará loco de gusto de verte.

-Siento haberle hecho esperar, mistar Wormold -otra vez el apellido. "Tal vez -pensó Wormold- no vale la pena que me cultiven, o tal vez son nuestras nacionalidades lo que nos separan"- . ¿Trescientos cincuenta dólares? -el cajero miró disimuladamente una ficha antes de contar los billetes. Apenas había comenzado cuando volvió a sonar el teléfono.

-Pero, mistress Ashworth, ¿dónde estuvo usted escondida todo este tiempo? ¿En Miami? ¿No es broma? -pasaron muchos minutos antes de que terminara con mistress Ashworth.

Al pasar los billetes a Wormold, le entregó también un trozo de papel-. No le importa, ¿verdad, mistar Wormold? Me pidió que le mantuviera informado -el papel indicaba un descubierto de cincuenta dólares.

-En absoluto. Muy amable de su parte -dijo mistar Wormold. Pero no hay por qué afligirse.

-Oh, el banco no se aflige, mistar Wormold. Usted lo pidió, eso es todo.

Wormold pensó: "Si el descubierto hubiera sido de 50.000 dólares, me habría llamado Jim."

2

Por alguna razón, esa mañana no sentía deseos de encontrarse con el doctor Hasselbacher para su daiquiri mañanero. Había veces en que el doctor Hasselbacher era un poco demasiado alegre, de modo que entró en Sloppy Joe's en lugar del Wonder Bar. Ningún residente de La Habana iba jamás a Sloppy Joe's, porque era el sitio de reunión de los turistas; pero ahora los turistas veían su número tristemente reducido, pues el régimen del presidente crujía peligrosamente hacia su fin. Cosas desagradables habían ocurrido siempre, lejos de las miradas, en los cuartos interiores de la Jefatura, lo que no perturbaba el sueño de los turistas en el Nacional y el Sevilla-Biltmore; pero recientemente un turista había muerto a causa de una bala perdida mientras tomaba una fotografía de un mendigo pintoresco bajo un balcón cerca del palacio, y esa muerte había sido un toque de aviso para todos los de la gira que "incluía un viaje a Varadero y la vida nocturna de La Habana". La Leica de la víctima había sido destrozada al mismo tiempo, y eso impresionó a sus compañeros más que ninguna otra cosa. Wormold les había oído charlar después en el bar del Nacional.

-Atravesó la cámara -decía uno de ellos-. Quinientos dólares hechos pedazos, nada menos.

-¿Murió en seguida?

-Seguro. Y la lente..., podías recoger fragmentos en cincuenta metros a la redonda. Mira, me llevo un pedazo a casa para enseñárselo a mistar Humpelnicker.

Esa mañana, en el largo bar no había nadie, excepción hecha del elegante desconocido del extremo y un robusto miembro de la policía turística que fumaba un cigarro en el otro. El inglés estaba absorto en la contemplación de tantas botellas, y pasó un rato largo antes de que notara la presencia de Wormold.

-Bueno, nunca... -dijo-; mistar Wormold, ¿verdad? -Wormold se preguntó cómo sabría su nombre, pues había olvidado darle su tarjeta comercial-. Dieciocho clases distintas de whisky -dijo el desconocido-, Black Label incluso. Y no he contado las de Bourbon. Es un espectáculo maravilloso. Maravilloso -repitió, bajando la voz respetuosamente-. ¿Vio alguna vez tantas clases de whisky?

-En realidad, he visto. Colecciono botellas en miniatura y tengo noventa y nueve en casa.

-Interesante. ¿Y ahora qué toma? ¿Un Dimpled Haig?

-Gracias, acabo de pedir un daiquiri.

-No puedo tomar esas cosas. Me relajan.

-¿Ya se ha decidido por una aspiradora? -preguntó Wormold, por decir algo.

-¿Aspiradora?

-Aspiradora eléctrica. Las cosas que yo vendo.

-Oh, aspiradora. ¡Ja, ja! Mande al diablo todo eso y tómese un whisky.

-Nunca tomo whisky antes del atardecer.

-¡Ustedes los sureños!

-No veo la conexión.

-Licúa la sangre. El sol, digo. Usted nació en Niza, ¿verdad?

-¿Cómo lo sabe?

-Oh, bueno, uno se entera. Aquí y allá. Hablando con éste y con aquél. Hace rato que quiero hablar con usted, en realidad.

-Bueno, aquí estoy.

-Me gustaría más reservadamente, sabe. La gente entra y sale.

Ninguna descripción hubiera podido ser menos exacta. Ni siguiera pasaba nadie frente a la puerta, en la directa claridad solar del exterior. El oficial de la policía turística se había dormido tranquilamente después de apoyar el cigarro en el cenicero; a esa hora no había turistas que proteger ni supervisar. Wormold dijo:

-Si se trata de una aspiradora, vamos a la tienda.

-Preferiría no ir, ¿sabe? No quiero que me vean rondando por ahí. El bar no es un mal lugar, después de todo. Uno se encuentra con un compatriota, tiene una conversación, ¿qué más natural?

-No comprendo.

-Bueno, ya sabe cómo es.

-No sé.

-Bueno, ¿no diría que es bastante natural?

Wormold se dio por vencido. Dejó ochenta centavos sobre el mostrador y dijo:

-Tengo que volver a la tienda.

-¿Por qué?

-No me gusta dejar solo a López tanto tiempo.

-Ah, López. Quiero hablar con usted sobre López -nuevamente, la explicación que le parecía más probable a Wormold consistía en que el extraño era un excéntrico inspector de la casa central, pero seguramente había llegado al límite de excentricidad al agregar en voz baja:- Vaya al baño y yo le sigo.

-¿Al baño? ¿Por qué?

-Porque yo no sé el camino.

En un mundo loco, siempre parece más sencillo obedecer. Wormold condujo al desconocido por una puerta trasera, por un pasaje corto, y le indicó:

-Ahí es.

-Después de usted, amigo.

-Pero yo no necesito...

-No sea difícil -dijo el desconocido. Puso una mano en el hombro de Wormold y le empujó hacia adentro, donde había dos lavabos, una silla con el respaldo roto y los acostumbrados cuartitos y mingitorios-. Busque un reclinatorio, amigo -dijo el desconocido-, mientras yo abro un grifo -pero cuando el agua empezó a correr, no hizo ningún ademán de lavarse-. Parece más natural -explicó (la palabra "natural" parecía su adjetivo favorito) si alguien nos interrumpe. Y, por supuesto, confunde al micrófono.

-¿Un micrófono?

-Tiene mucha razón en dudarle. Mucha razón. Probablemente no habrá un micrófono en un lugar como éste, pero es la disciplina, usted sabe, lo que importa. Encontrará que siempre da buen resultado al final mantener la disciplina. Por suerte no tienen grifos con economizador en La Habana. Podemos dejar correr el agua.

-¿Por favor, quiere explicar...?

-No se puede tener demasiado cuidado ni siquiera en un baño, ahora que lo pienso. Un tipo de los nuestros en Dinamarca en 1940 vio desde su propia ventana la flota alemana que entraba por el Kattegat.

-¿Qué gato?

-Kattegat. Por supuesto que supo entonces que el globo había reventado. Empezó a quemar sus papeles. Tiró las cenizas por el inodoro y tiró de la cadena. El lío fue que las cañerías

estaban congeladas. Y las cenizas salieron flotando en el baño de abajo. El piso pertenecía a una solterona..., Baronin, no sé cuánto y no sé qué. Iba a darse un baño. Más que embarazoso para nuestro tipo.

-Suenas como el Servicio Secreto.

-Es el Servicio Secreto, amigo, o por lo menos los novelistas lo llaman así. Por eso quería hablar con usted sobre su tipo, López. ¿Es de confianza o conviene que le despidas?

-¿Usted está en el Servicio Secreto?

-Si quiere ponerlo así.

-¿Por qué demonios voy a despedir a López? Hace diez años que está conmigo.

-Podríamos encontrarle un tipo que entendiera de aspiradoras. Pero, por supuesto, naturalmente, dejaremos esa decisión para usted.

-Pero yo no estoy en su Servicio.

-En seguida llegaremos a eso, amigo. De todos modos, hemos investigado a López: parece formal. Pero su amigo Hasselbacher, yo me cuidaría de él.

-¿Cómo sabe lo de Hasselbacher?

-Anduve por ahí un par de días, recogiendo cosas. Uno tiene que hacerlo en estos casos.

-¿Qué casos?

-¿Dónde nació Hasselbacher?

-Berlín, creo.

-Simpatías: ¿Oriente u Occidente?

-Nunca hablamos de política.

-No tiene importancia, Oriente u Occidente juegan el juego alemán. Recuerde el pacto de Ribbentrop. No nos van a volver a pescar así.

-Hasselbacher no es político. Es un viejo médico, y ha vivido aquí treinta años.

-Con todo, se sorprendería... Pero estoy de acuerdo con usted en que llamaría la atención si lo alejara. Trátelo con cuidado, simplemente, eso es todo. Hasta podría resultar útil si usted lo maneja bien.

-No tengo ninguna intención de manejarlo.

-Encontrará que es necesario para el trabajo.

-Yo no quiero ningún trabajo. ¿Por qué me elige a mí?

-Inglés patriota. Hace años que está aquí. Miembro respetado de la Asociación de Comerciantes Europeos. Tenemos que tener nuestro hombre en La Habana, sabe usted. Los submarinos necesitan combustible. Los dictadores tienden a reunirse. Los grandes atraen a los chicos.

-Los submarinos atómicos no necesitan combustible.

-Muy cierto, amigo, muy cierto. Pero las guerras siempre empiezan un poquito atrasadas en el tiempo. Hay que estar preparados para armas convencionales también. Y además, está la información económica: azúcar, café, tabaco.

-Encontrará todo eso en los boletines del gobierno.

-No les tenemos confianza, amigo. Y la información política. Con sus aspiradoras usted tiene entrada en todas partes.

-¿Quiere que analice el polvo?

-Tal vez le parezca chistoso, amigo, pero en tiempos de Dreyfus, la principal fuente de información de la inteligencia francesa era una sirvienta que juntaba los papeles de los canastos de la embajada alemana.

-Ni siquiera sé su nombre.

-Hawthorne.

-Pero ¿quién es usted?

-Bueno, podría decir que estoy armando la red del Caribe. Un momento. Viene alguien. Me lavaré. Usted métase en un cuartito. No deben vernos juntos.

-Nos "han" visto juntos.

-Encuentro casual. Compatriotas, amigos -metió a Wormold en el retrete, del mismo modo que lo había metido en el baño; es la disciplina, sabe usted -y después reinó el silencio salvo por el grifo que corría. Wormold se sentó. No había otra cosa que hacer. Cuando estuvo sentado, las piernas le aparecían por la media puerta. Giró un pestillo. Unos pies atravesaron el mosaico hacia el mingitorio. El agua seguía corriendo. Wormold sentía una enorme perplejidad. Se preguntaba cómo no había acabado con toda esta tontería desde el principio. No era de extrañar que Mary le hubiera dejado. Recordaba una de sus peleas. "¿Por qué no haces algo, obras de algún modo? Si no haces más que estar ahí, de pie simplemente..." "Por lo menos -pensó- esta vez no estoy de pie, estoy sentado." Pero, de todos modos, ¿qué podía haber dicho? No le habían dado tiempo de decir una palabra. Pasaban los minutos. ¡Qué vejigas enormes tenían los cubanos, y qué limpias debían estar a estas alturas las manos de Hawthorne! El agua dejó de correr. Era de presumir que estaba secándose las manos, pero Wormold recordó que no había toallas. Ése era otro problema para Hawthorne, pero él lo resolvería. Todo forma parte de la disciplina. Por fin los pies pasaron en dirección a la puerta. La puerta se cerró.

-¿Puedo salir? -preguntó Wormold. Era como una rendición. Ahora obedecía órdenes.

Escuchó a Hawthorne que andaba por allí de puntillas.

-Déme unos cuantos minutos para alejarme, amigo. ¿Sabe quién era? El policía. Un poquito sospechoso, ¿eh?

-Puede haber reconocido mis piernas bajo la puerta. ¿Le parece que cambiemos de pantalones?

-No parecería natural -dijo Hawthorne-, pero usted empieza a captar la idea. Dejo sobre el lavabo la llave de mi cuarto. Quinto piso, Sevilla-Biltmore. Suba directamente. Asuntos sórdidos. No pregunte por mí en el mostrador.

-¿No necesita la llave?

-Tengo una ganzúa. Hasta luego.

Wormold se incorporó a tiempo de ver la puerta que se cerraba detrás de la elegante figura y el sorprendente agot. La llave estaba allí, en el lavabo. Habitación 510.

### 3

A las nueve y media Wormold fue a la habitación de Milly a decir buenas noches. Aquí, donde la dueña reinaba, todo estaba en orden: encendida la vela frente a la imagen de santa Serafina, el misal de color de miel junto a la cama, eliminadas las ropas como si nunca hubieran existido, y un suave olor de agua de Colonia flotando en torno, como incienso.

-Estás preocupado por algo -dijo Milly-. No será por el capitán Segura, ¿verdad?

-Tú nunca me tomas el pelo, ¿verdad, Milly?

-No. ¿Por qué?

-Porque todos los demás lo hacen.

-¿Mamá también?

-Supongo que sí. En los primeros tiempos.

-¿Y el doctor Hasselbacher?

Se acordó del negro que se alejaba renqueando.

-Tal vez. A veces -dijo.

-Es una señal de cariño, ¿no?

-No siempre. Recuerdo que en la escuela... -se interrumpió.

-¿Qué recuerdas, papá?

-Oh, un montón de cosas.



La infancia era el germen de toda la desconfianza. A uno le hacían bromas crueles, y uno a su vez bromeaba cruelmente. Uno perdía memoria del dolor al infligirlo. Pero de algún modo, no por propia virtud, jamás había seguido ese camino. Falta de carácter tal vez. Decían que las escuelas construían el carácter limando las asperezas. A él le habían limado las asperezas, pero el resultado, pensó, no había sido carácter: sólo algo informe, como una obra expuesta en el Museo de Arte Moderno.

-¿Eres feliz, Milly? -preguntó.

-Oh, sí.

-¿También en la escuela?

-Sí. ¿Por qué?

-¿Nadie te tira del pelo ahora?

-Por supuesto que no.

-¿Y tú no prendes fuego a nadie?

-Eso fue cuando tenía trece años -dijo ella con desdén-. ¿Por qué estás preocupado, papá?

Se sentó en la cama, con un salto de cama de nylon blanco. La quería cuando la dueña estaba presente, y la quería aún más cuando la dueña se ausentaba: no podía permitirse el lujo de perder el tiempo sin amar. Era como si hubiera hecho con ella parte de un viaje que ella terminaría sola. Los años de la separación se acercaban para ambos, como una estación en la línea, todo ganancia para ella y todo pérdida para él. Esa hora vespertina era real, pero no lo era Hawthorne, misterioso y absurdo, ni las crueldades de las comisarías de policía y los gobiernos, los sabios que probaban la nueva bomba H en las islas de Navidad, Kruschew que escribía notas: todo eso le resultaba menos real que las ineficaces torturas de un dormitorio de internado. El muchachito con la toalla húmeda que acababa de recordar: ¿dónde estaba ahora? Los crueles vienen y van como las ciudades, los tronos y los poderes, dejando detrás de sí sus ruinas. No tenían permanencia. Pero el payaso que había visto el año anterior con Milly en el circo, ese payaso era permanente, pues su representación nunca cambiaba. Ésa era la manera de vivir; al payaso no le afectaban los caprichos de los hombres públicos y los enormes descubrimientos de los grandes. Wormold se puso a hacer muecas en el espejo.

-¿Qué estás haciendo, papá?

-Quería hacerme reír a mí mismo.

Milly se echó a reír.

-Pensé que estabas triste y serio.

-Por eso quería reír. ¿Recuerdas ese payaso del año pasado, Milly?

-Bajaba por el lado liso de la escalera y se caía en un balde de pintura blanca.

-Cae todas las noches a las diez en punto. Todos debíamos ser payasos, Milly. Nunca aprendas por experiencia.

-La reverenda madre dice...

-No le hagas caso. Dios no aprende por experiencia, de verdad, ¿o cómo puede esperar Él algo del hombre? Son los sabios que suman dígitos y sacan el mismo resultado los que arman los líos. Newton, descubriendo la gravedad..., él aprendió por experiencia y después de eso...

-Yo creía que era por una manzana.

-Es lo mismo. Después era sólo cuestión de tiempo hasta que llegara lord Rutherford y partiera el átomo. También él había aprendido por experiencia, y también aprendieron así los hombres de Hiroshima. Si solamente hubiéramos nacido payasos, nada malo podría sucedernos, excepto algunos moretones y unas manchas de pintura. No aprendas por experiencia, Milly. Acaba con nuestra paz y con nuestra vida.

-¿Y ahora qué haces?

-Intento mover las orejas. En otros tiempos lo hacía. Pero ya no puedo.

-¿Todavía sufres por mamá?  
-A veces.  
-¿Todavía estás enamorado de ella?  
Tal vez. De vez en cuando.  
-Supongo que fue muy linda de joven.  
-No puede ser vieja ahora. Treinta y seis.  
-Ya es bastante vieja.  
-¿No la recuerdas?  
-No mucho. Salía siempre, ¿verdad?  
-Bastante.  
-Por supuesto, rezo por ella.  
-¿Para qué rezas? ¿Para que vuelva?  
-Oh, no, "eso" no. Lo pasamos muy bien sin ella. Rezo para que vuelva a ser una buena católica.  
-Yo no soy un buen católico.  
-Oh, eso es distinto. Tú eres de una ignorancia invencible.  
-Sí, espero que sí.  
-No estoy insultándote, papá. Es nada más que teología. Te salvarás como los buenos paganos. Sócrates, sabes, y Cetewayo.  
-¿Quién fue Cetewayo?  
-Un rey de los zulúes.  
-¿Para qué más rezas?  
-Bueno, por supuesto, últimamente me he estado concentrando en el caballo.  
La besó antes de irse. La muchacha preguntó:  
-¿Adónde vas?  
-Tengo que hacer unos arreglos por lo del caballo.  
-Te doy mucho trabajo -dijo ella, sin convencimiento. Luego suspiró contenta, subiéndose las sábanas hasta el cuello-. Es maravilloso, verdad, cómo uno siempre obtiene las cosas que pide en sus rezos.

## Capítulo IV

1

En todas las esquinas había hombres que le ofrecían "taxi" como si fuera un desconocido, y por todo el paseo, a intervalos de pocos metros, los alcahuetes le acosaban automáticamente. "¿Puedo servirle, señor? Conozco todas las chicas lindas. ¿Quiere una hermosa mujer? ¿Postales? ¿Quiere ver una película verde?" No eran más que niños cuando llegó a La Habana; le habían cuidado el coche por unos céntimos, y aunque habían crecido junto a él, nunca se habían acostumbrado a su existencia. Para ellos nunca era un residente en la ciudad; seguía siendo un turista permanente, por eso insistían: tarde o temprano, como todos los demás, estaban seguros de que querría ver a Supermán en funciones en el burdel de San Francisco. Por lo menos, como el payaso, ellos tenían el consuelo de no aprender por experiencia.

En la esquina de Virtudes el doctor Hasselbacher le saludó desde el Wonder Bar.

-Mistar Wormold, ¿adónde va tan apurado?

-Tengo un compromiso.

-Siempre hay tiempo para un whisky -por la manera en que pronunciaba "whisky" era evidente que el doctor Hasselbacher había tenido ya tiempo para muchos.

-Estoy atrasado.

-En esta ciudad no existe eso de atrasado, mistar Wormold. Y tengo un regalo para usted.

Wormold cruzó hacia el bar desde el paseo. Sonrió tristemente ante sus pensamientos.

-¿Simpatiza usted con Oriente u Occidente, Hasselbacher?

-¿Oriente u Occidente de qué? Oh, se refiere a "eso". Los dos son una peste.

-¿Qué regalo tiene para mí?

-Le pedí a uno de mis pacientes que las trajera de Miami -dijo Hasselbacher. Sacó del bolsillo dos botellas de whisky en miniatura: una era Lord Calvert, la otra Old Taylor-.

¿Las tiene? -preguntó con ansiedad.

-Tengo el Calvert, pero no el Taylor. Fue muy amable de su parte acordarse de mi colección, Hasselbacher -siempre le resultaba extraño continuar existiendo para otros cuando no estaba presente.

-¿Cuántas tiene ahora?

-Cien con el bourbon y el irlandés. Setenta y seis de escocés.

-¿Cuándo se las va a tomar?

-Tal vez cuando sean doscientas.

-¿Sabe lo que haría con ellas si fuera usted? -dijo Hasselbacher-. Jugaría a las damas. Cuando se come una pieza, se la bebe.

-Es una buena idea.

-Un handicap natural -dijo Hasselbacher-. Eso es lo mejor que tiene. El mejor jugador tiene que beber más. Piense en la "finesse". Tome otro whisky.

-Tal vez lo haga.

-Necesito su ayuda. Me ha picado una avispa esta mañana.

-Usted es el médico, no yo.

-Ésa no es la cuestión. Una hora después, cuando iba a atender a un enfermo, aplasté un pollo en el camino del aeropuerto.

-Sigo sin entender.

-Mistar Wormold, mistar Wormold, su cabeza está en la luna. Vuelva a la tierra. Tenemos que encontrar en seguida un billete de lotería, antes de que se juegue. La avispa es el veintisiete. El pollo el cuarenta y tres.

-Pero tengo un compromiso.

-Los compromisos pueden esperar. Tómese ese whisky. Vamos a buscar el billete en el mercado -Wormold le siguió hasta su coche. Como Milly, el doctor Hasselbacher tenía fe. A él le controlaban los números, como a ella los santos.

Por todo el mercado colgaban los números importantes en azul y rojo. Los llamados números feos estaban debajo del mostrador; quedaban allí a disposición de la gente insignificante y los vendedores callejeros. Carecían de importancia, no contenían un número significativo, nada que representara una monja o un gato, una avispa o un pollo.

-Mire. Allí está el 27483 -indicó Wormold.

-La avispa no sirve sin el pollo -dijo el doctor Hasselbacher.

Aparcaron el coche y caminaron. No había alcahuetes en este mercado; la lotería era comercio serio que no interrumpían los turistas. Una vez por semana, una oficina del gobierno distribuía los números, y un político los recibía según su caudal electoral. Pagaba dieciocho dólares por billete al gobierno y los revendía a los comerciantes por veintiún dólares. Aun cuando su asignación fueran veinte billetes, podía contar con una ganancia de sesenta dólares, por semana. Un número hermoso, que tuviera augurios de tipo popular, podía ser vendido por los comerciantes hasta por treinta dólares. Por supuesto, esas ganancias no eran para el hombre de la calle. Con números feos únicamente, por los que había pagado hasta veintitrés dólares, tenía que ganarse la vida realmente. Dividía un billete en cien partes de veinticinco centavos cada una; buscaba entre los automóviles estacionados hasta encontrar uno con el mismo número de uno de sus billetes (nadie podía resistirse ante una coincidencia semejante); llegaba a rastrear sus números en la guía telefónica y a arriesgar sus centavos en una llamada. "Señora, tengo un billete de lotería que es igual que su número de teléfono."

Wormold dijo:

-Mire, aquí hay un 37 con un 72.

-No es bastante bueno -replicó concisamente el doctor Hasselbacher, hojeando las páginas de números que no se consideraban suficientemente hermosos como para exhibirlos. Uno nunca sabía; la belleza no era belleza para todos los hombres: podría haber alguien para quien una avispa fuera insignificante. Una sirena policial pasó aullando por los tres lados oscuros del mercado, un coche se mecía al pasar. En el borde de la acera se sentaba un hombre con un solitario número exhibido en su camisa como un penado. Dijo: "El Cuervo Rojo".

-¿Quién es "el Cuervo Rojo"?

-El capitán Segura, por supuesto -dijo el doctor Hasselbacher-. Qué vida tan aislada lleva usted.

-¿Por qué le llaman así?

-Se especializa en tortura y mutilación.

-¿Tortura?

-No hay nada aquí -dijo el doctor Hasselbacher-. Mejor si probamos en Obispo.

-¿Por qué no espera hasta mañana?

-Mañana se juega. Además, ¿qué clase de sangre helada le corre por las venas, mistar Wormold? Cuando el destino le da un aviso como éste (una avispa y un pollo), uno tiene que seguirlo sin pérdida de tiempo. Uno debe merecer su buena suerte.

Volvieron a subir al coche y salieron para Obispo.

-Ese capitán Segura... -comenzó Wormold.

-¿Sí?

-Nada.

Se hicieron las once de la noche antes de encontrar un billete que llenara las exigencias del doctor Hasselbacher, y entonces, como la tienda donde se vendía estaba cerrada hasta el día siguiente, no había otra cosa que hacer más que tomar otro trago.

-¿Dónde es su cita?

Wormold dijo:

-El Sevilla-Biltmore.

-Un lugar es tan bueno como otro cualquiera.

-¿No cree que el Wonder-Bar...?

-No, no. Un cambio es bueno. Cuando se sienta incapaz de cambiar de bar se habrá vuelto viejo.

Se abrieron paso en la oscuridad del bar del Sevilla-Biltmore. Tenían vaga conciencia de los otros huéspedes, sentados en el silencio y la sombra como paracaidistas que aguardaran lúgubrementes la señal de saltar. Sólo la alta graduación espiritosa del doctor Hasselbacher no podía apagarse.

-Todavía no ha ganado -susurró Wormold, tratando de contenerle; pero hasta ese susurro hizo que una cabeza se volviera hacia ellos con un reproche en la oscuridad.

-Esta noche gané -repuso el doctor Hasselbacher con voz sonora y firme-. Mañana quizá pierda, pero nada puede robarme mi victoria de esta noche. Ciento cuarenta mil dólares, mistar Wormold. Es una lástima que ya esté viejo para mujeres: podría haber hecho muy feliz a una mujer hermosa con un collar de rubíes. Ahora estoy perdido. ¿Cómo gastaré mi dinero, mistar Wormold? ¿Donárselo a un hospital?

-Perdón -susurró una voz entre las sombras-, ¿es cierto que este tipo ha ganado realmente ciento cuarenta mil machacantes?

-Sí, señor, los gané -dijo firmemente el doctor Hasselbacher antes de que Wormold pudiera replicar-, los he ganado tan ciertamente como que usted existe, mi casi no visto amigo. Usted no existiría si yo no creyera que usted existe, ni tampoco existirían esos dólares. Yo creo; por lo tanto, usted existe.

-¿Qué quiere decir con que yo no existiría?

-Usted existe sólo en mis pensamientos, amigo. Si yo me voy de este salón...

-Usted está chiflado.

-Puedo probar que no existe.

-¿Qué quiere decir, probar? Por supuesto que existo. Tengo negocio de primera en propiedades: una mujer y un par de chicos en Miami: volé esta mañana aquí por Delta: estoy tomando este whisky, ¿verdad? -la voz encerraba un dejo de lágrimas.

-Pobre tipo -dijo el doctor Hasselbacher-, merece un creador más imaginativo que yo. ¿Por qué no hice por usted algo más que Miami y propiedades? Algo imaginativo. Un nombre para recordar.

-¿Qué tiene de malo mi nombre?

Los paracaidistas de ambos extremos del bar estaban tensos en su desaprobación; no se debieran mostrar los nervios antes de saltar.

-Nada que no pueda remediar yo, si pienso un poquito.

-Pregúntele a cualquiera en Miami por Harry Morgan...

Debiera haber hecho algo más. Pero le voy a decir qué haré -siguió el doctor Hasselbacher-, saldré del bar por un minuto y le eliminaré. Y luego regresaré con una versión mejorada.

-¿Qué quiere decir, con una versión mejorada?

-Mire, amigo, si mistar Wormold, aquí, le hubiera inventado, habría sido usted un hombre más feliz. Le hubiera dado una educación en Oxford, un apellido como Pennyfeather...

-¿Qué quiere decir, Pennyfeather? Usted ha bebido.

-Por supuesto que he bebido. La bebida nubla la imaginación. Por eso lo pensé a usted de una forma tan trivial: Miami y propiedades, un vuelo por Delta. Pennyfeather hubiera venido de Europa por K.L.M. y estaría tomando su bebida nacional: ginebra con bitter.

-Yo tomo whisky y me gusta.

-Usted cree que toma whisky. O mejor dicho, para ser exactos, yo me lo imaginé tomando whisky. Pero ahora mismo vamos a cambiar todo eso -dijo el doctor Hasselbacher, lleno de entusiasmo-. Saldré al recibidor por un minuto apenas y pensaré algunas mejoras de verdad.

-No se haga el loco conmigo -dijo el hombre ansiosamente.

El doctor Hasselbacher apuró su copa, dejó un dólar sobre el bar y se incorporó con cierta dignidad.

-Me lo agradecerá -dijo-. ¿Qué será? Confíe en mí y en mistar Wormold, aquí. Un pintor, un poeta, ¿o preferiría una vida de aventura, un contrabandista, un agente del Servicio Secreto? -se inclinó desde la puerta hacia la sombra agitada. Pido disculpas por lo de las propiedades.

La voz dijo nerviosamente, buscando que la tranquilizaran:

-Está borracho o chiflado -pero los paracaidistas no respondieron.

Wormold se despidió:

-Bueno, tengo que decirle buenas noches, Hasselbacher. Estoy atrasado.

-Lo menos que puedo hacer, mistar Wormold, es acompañarle y explicar cómo le entretuve. Tengo la seguridad de que cuando le cuente mi buena fortuna a su amigo, comprenderá.

-No es necesario. Realmente, no es necesario -dijo Wormold. Sabía que Hawthorne sacaría conclusiones apresuradas. Un Hawthorne razonable, si existía, era ya malo, pero un Hawthorne sospechoso...; la cabeza le daba vueltas sólo de pensarlo.

Se dirigió hacia el ascensor con el doctor Hasselbacher siguiéndole los pasos. Ignorando una luz roja y un previsor "Mire dónde pisa", el doctor Hasselbacher tropezó.

-Oh, caramba -dijo-, mi tobillo.

-Váyase a su casa, Hasselbacher -pidió Wormold, con desesperación. Entró al ascensor, pero el doctor Hasselbacher, cambiando de velocidad, entró también.

-No hay dolor que el dinero no cure. Hacía tiempo que no pasaba un rato tan agradable.

-Sexto piso -dijo Wormold-. Quiero estar solo, Hasselbacher.

-¿Por qué? Perdón. Tengo hipo.

-Ésta es una entrevista privada.

-¿Una adorable mujer, mistar Wormold? Tendrá parte de mis ganancias para ayudarle en su descenso a la tontería.

-Por supuesto, no se trata de una mujer. Negocios, eso es todo.

-¿Negocios privados?

-Ya se lo dije.

-¿Qué tiene de privado una aspiradora, mistar Wormold?

-Una nueva agencia -dijo Wormold.

Y el ascensorista anunció:

-Sexto piso.

Wormold llevaba la delantera y tenía la cabeza más despejada que Hasselbacher. Las habitaciones estaban dispuestas como celdas de prisión alrededor de un balcón rectangular; en la planta baja dos cabezas calvas brillaban como globos del tráfico. Renqueó hasta el rincón del balcón donde estaban las escaleras y el doctor Hasselbacher renqueó tras de él, pero Wormold tenía práctica en el coqueo.

-Mistar Wormold -gritó el doctor Hasselbacher-, me gustaría invertir cien mil dólares de los míos...

Wormold llegó al pie de la escalinata mientras el doctor Hasselbacher todavía maniobraba en el primer escalón; el 501 estaba cerca. Abrió la puerta. Una pequeña lámpara de mesa le mostró un salón vacío. Cerró la puerta muy suavemente: el doctor Hasselbacher no había llegado todavía al pie de la escalinata. Se quedó escuchando y le oyó pasar a saltitos, hipar junto a la puerta y perderse. Wormold pensó: "Me siento como un espía, obro como un espía. Esto es absurdo. ¿Qué le voy a decir a Hasselbacher mañana?"

La puerta del dormitorio estaba cerrada y comenzó a caminar hacia ella. Luego se detuvo. No hay que despertar a los perros dormidos. Si Hawthorne le quería para algo, que Hawthorne le encontrara sin que él hiciera nada, pero algo de curiosidad sobre Hawthorne le indujo a hacer un examen del cuarto antes de partir.

Sobre el escritorio había dos libros: ejemplares idénticos de "los Cuentos de Shakespeare", de Lamb. Una libreta en que tal vez Hawthorne había anotado algunos puntos para su entrevista, decía: "1, Salario. 2, Gastos. 3, Transmisión. 4, Charles Lamb. 5, Tinta." Estaba a punto de abrir el Lamb cuando una voz dijo: "Arriba las manos, 'Arriba los manos'."

- "Las manos" -corrigió Wormold. Sintió un alivio al ver que era Hawthorne.

-Oh, no es más que usted -dijo Hawthorne.

-Llego un poco tarde. Lo siento. Salí con Hasselbacher.

Hawthorne llevaba pijama de seda color malva con un monograma H.R.H. sobre el bolsillo. Esto le daba un aire regio. Dijo:

-Me quedé dormido y luego le oí moverse por ahí -era como si le hubiera sorprendido sin el argot; no había tenido tiempo de ponérselo todavía, con las ropas. Dijo acusadoramente, como si fuera el encargado de una capilla del Ejército de Salvación-: Cambió de sitio el Lamb.

-Lo siento. Estaba curioseando.

-No importa. Demuestra que tiene el instinto correcto.

-Parece que siente especial aprecio por ese libro.

-Un ejemplar es para usted.

-Pero ya lo leí hace años, y no me gusta Lamb -dijo Wormold.

-No es para que lo lea. ¿Alguna vez oyó hablar de un libro código?

-Realmente... no.

-En seguida le enseñaré a manejarlo. Yo tengo una copia. Todo lo que tiene que hacer cuando se comunique conmigo es indicar la página y la línea donde empieza el código. Por supuesto, no es tan difícil de descifrar como un código de máquina, pero es bastante difícil para los simples Hasselbacher.

-Me gustaría que se quitara a Hasselbacher de la cabeza.

-Cuando tengamos su oficina aquí debidamente organizada, con la necesaria seguridad: una caja fuerte, radio, personal experto y todo lo necesario, entonces, por supuesto, podremos descartar un código tan primitivo como éste, pero excepto para un experto criptólogo es condenadamente difícil de descifrar si no conoce el nombre y la edición del libro.

-¿Por qué eligió Lamb?

-Era el único libro que encontré duplicado, excepto "La cabaña del tío Tom". Tenía prisa y debía encontrar algo en la librería de Kingston antes de partir. Oh, había otro, llamado "La lámpara encendida; manual de devoción vespertina", pero me pareció que resultaría muy raro en sus estantes si no era hombre religioso.

-No lo soy.

-También le traje tinta. ¿Tiene una tetera eléctrica?

-Sí. ¿Por qué?

-Para abrir cartas. Nos gusta que nuestra gente esté preparada para cualquier emergencia.

-¿Para qué es la tinta? Yo tengo montones de frascos en casa.

-Tinta secreta, por supuesto. En caso de que tenga que mandar algo por correo ordinario. Su hija tiene agujas de punto, supongo.

-No hace punto.

-Entonces tendrá que comprar. El plástico es lo mejor. El acero a veces deja marcas.

-¿Marcas dónde?

-En los sobres que abra.

-¿Por qué razón se me va a ocurrir abrir sobres?

-Puede que le sea necesario examinar la correspondencia del doctor Hasselbacher. Por supuesto, tendrá que conseguirse un subagente en el correo.

-Me niego en absoluto...

-No se ponga difícil. Ya pedí a Londres que le investiguen. Decidiremos lo de su correspondencia, una vez que recibamos los informes. Una buena propina: si se queda sin tinta use caca de pájaro, ¿o voy demasiado rápido?

-Todavía no dije que accedía.

-Londres está de acuerdo en ciento cincuenta dólares mensuales, con otros ciento cincuenta para gastos, que tendrá que justificar, por supuesto. Pago de subagentes, etcétera. Todo lo que esté por encima de esa suma tendrá que tener autorización especial.

-Usted corre mucho.

-Libre de impuesto sobre los réditos, por supuesto -dijo Hawthorne, con un guiño malicioso. En cierto modo, el guiño desentonaba con el monograma real.

-Tiene que darme tiempo...

-Su número de código es 59200"5 -agregó con orgullo-. Por supuesto, yo soy 59200. Usted numera a sus subagentes 59200"5"1, etcétera. ¿Comprende?

-No veo en qué puedo serle útil.

-Usted es inglés, ¿verdad? -dijo enérgicamente Hawthorne.

-Claro que soy inglés.

-¿Y se niega a servir a su patria?

-No dije eso. Pero las aspiradoras llevan mucho tiempo.

-Son un excelente disfraz -convino Hawthorne-. Muy bien pensado. Su profesión tiene un aire muy natural.

-Pero si es natural.

-Y ahora, si no tiene inconveniente -dijo firmemente Hawthorne-, vamos a dedicarnos al Lamb.

2

-Milly, no has comido tus cereales.

-He decidido no comer más cereales.

-Te serviste un solo terrón de azúcar con el café. ¿Estás a dieta?

-No.

-¿Ni haciendo penitencia?

-No.

-A la hora del almuerzo te morirás de hambre.

-Ya lo he pensado. Comeré montones de patatas.

-Milly, ¿qué pasa?

-Voy a economizar. De pronto, a medianoche, comprendí el gasto que soy para ti. Fue como si hablara una voz. Casi pregunté: "¿Quién eres?", pero tuve miedo de que respondiera: "Tu Señor, tu Dios." Estoy en edad, ¿sabes?

-¿En edad de qué?



-Voces. Soy mayor que santa Teresa cuando fue al convento.  
-Bueno, Milly, no digas que contemplas...  
-No, no. Creo que el capitán Segura tiene razón. Me dijo que yo no era material para el convento.  
-Milly, ¿sabes cómo llaman a tu capitán Segura?  
-Sí. "El Cuervo Rojo". Tortura prisioneros.  
-¿Lo admite?  
-Oh, por supuesto; conmigo se porta divinamente, pero tiene una cigarrera hecha de piel humana. Dice que es becerro, como si yo no supiera lo que es becerro cuando lo veo.  
-Debes dejarlo, Milly.  
-Lo haré, despacito, pero primero tengo que arreglar lo del establo. Y eso me hace recordar lo de la voz.  
-¿Qué dijo la voz?  
-Dijo, sólo que sonaba mucho más apocalíptica a medianoche: "Has mordido más de lo que puedes tragar, chica."  
-¿Qué te parece el Country Club?  
-Es el único lugar donde puedo hacer equitación de veras, y no somos socios. ¿Para qué sirve un caballo en la caballeriza? Por supuesto, el capitán Segura es socio, pero yo sé que no te gustaría que dependa de él. De modo que pensé que tal vez si te pudiera ayudar a economizar ayunando...  
-¿De qué serviría...?  
-Bueno, entonces tal vez podrías hacerte socio con tu familia. Me debes registrar como Serafina. En cierto modo, suena más apropiado que Milly.  
A Wormold le pareció que todo lo que ella decía tenía una especie de sentido; era Hawthorne el que pertenecía al cruel e inexplicable mundo de la infancia.

#### Interludio en Londres

En el sótano del enorme edificio de acero y cemento de Maida Vale, la luz que había sobre una puerta cambió de rojo a verde, y Hawthorne entró. Había dejado su elegancia atrás, en el Caribe, y llevaba un traje de franela gris que había conocido tiempos mejores. En casa no necesitaba guardar las apariencias; era parte del gris enero londinense.  
El jefe estaba sentado detrás de un escritorio sobre el que un enorme pisapapeles de mármol verde apretaba una solitaria hoja de papel. Un vaso de leche bebido a medias, un frasco de píldoras grises y una caja de toallitas de papel se alineaban junto al teléfono negro. (El rojo era un distorsionador.) Su chaqueta negra de la mañana, corbata negra y negro monóculo que ocultaba el ojo izquierdo le daban el aspecto de un enterrador, lo mismo que el cuarto del sótano producía un efecto de bóveda, de mausoleo, de tumba.  
-¿Me necesitaba, señor?  
-Una charla, Hawthorne, sólo para charlar -era como si un mudo le diera melancólicamente a la lengua después de finalizados los entierros del día-. ¿Cuándo regresó, Hawthorne?  
-Hace una semana, señor. Vuelvo a Jamaica el viernes.  
-¿Todo bien?  
-Creo que ahora tenemos al Caribe cortado y cosido, señor.  
-¿La Martinica?  
-No hay problema allí, señor. Recuerde que en Fort-de-France trabajamos con el Deuxième Bureau.  
-Hasta cierto punto.  
-Oh, sí, por supuesto, hasta cierto punto. Haití era más problema, pero 59200 barra 2 está demostrando ser enérgico. Al principio, no estaba tan seguro sobre 59200 barra 5.

-¿Barra cinco?

Nuestro hombre en La Habana, señor. No tenía mucho para elegir ahí, y al principio no parecía muy entusiasmado con el trabajo. Un poquito terco.

-Ésos son a veces los mejores.

-Sí, señor. También me preocupaban un poco sus contactos. Hay un alemán llamado Hasselbacher, pero todavía no hemos descubierto nada sobre él. De todos modos, parece que está saliendo adelante. Recibimos una solicitud para gastos extra justo cuando yo salía de Kingston.

-Siempre es buena señal.

-Sí, señor.

-Muestra que está trabajando la imaginación.

-Sí. Quería hacerse socio del Country Club. Refugio de los millonarios, ya sabe. La mejor fuente para informaciones políticas y económicas. La cuota de ingreso es muy elevada, poco más o menos diez veces más que la del White, pero la autoricé.

-Hizo bien. ¿Qué tal son sus informes?

-Bueno, en realidad todavía no hemos recibido ninguno, pero por supuesto le llevará tiempo organizar sus contactos. Tal vez exageré la necesidad de cuidar la seguridad.

-No. De nada sirve un cable con corriente si hace cortocircuito.

-Tal como están las cosas, se encuentra en una posición ventajosa. Muy buenos contactos comerciales, muchos con funcionarios del gobierno y ministros importantes.

-Ah -dijo el jefe. Se quitó el monóculo negro y empezó a pulirlo con una toallita de papel. El ojo que quedó al descubierto era de vidrio; azul pálido y poco convincente, podía haber venido de una muñeca que dijera "mamá".

-¿En qué trabaja?

-Oh, importador, sabe. Maquinarias, esas cosas -siempre era importante para la propia carrera emplear agentes que fueran hombres de buena posición social. Los detalles menudos del archivo secreto referentes al negocio de la calle Lamparilla, en circunstancias normales, jamás llegarían a este cuarto del sótano.

-¿Por qué no era socio del Country Club?

-Bueno, creo que fue una especie de ermitaño estos últimos años. Algunas dificultades domésticas.

-No le dará por correr tras las mujeres, espero.

-Oh, nada de eso, señor. Su esposa le abandonó. Se fue con un norteamericano.

-¿Supongo que no será antinorteamericano? La Habana no es lugar para prejuicios de esa clase. Tenemos que trabajar con ellos...; por supuesto, hasta cierto punto.

-Oh, no es nada de eso, señor. Es un hombre muy centrado, muy equilibrado. Tomó bien su divorcio y tiene a la hija en una escuela católica, según los deseos de su mujer. Me contaron que le manda telegramas de Navidad. Me parece que encontraremos sus informes, cuando empiecen a venir, serios en un ciento por ciento.

-Bastante conmovedor eso de la chica, Hawthorne. Bueno, déle un empujoncito para que podamos juzgar su valor. Si es lo que usted dice que es, podemos pensar en aumentar su personal. La Habana es un punto clave. Los comunistas siempre van allí cuando hay lío. ¿Cómo se comunica?

-He acordado que envíe sus informes por valija diplomática a Kingston, por duplicado. Yo guardo uno y mando uno a Londres. Le di el código del libro, para cables. Los manda por el consulado.

-Eso no les va a gustar.

-Les dije que es temporalmente.

-Yo estaría a favor de establecer un transmisor de radio, si es que resulta un buen agente.

-¿Podría aumentar su personal, supongo?

-Oh, por supuesto. Por lo menos... usted comprende que no es una oficina grande, señor. Anticuada. Ya sabe cómo se las arreglan estos aventureros-comerciantes.

-Conozco el tipo, Hawthorne. Pequeño escritorio lustrado. Media docena de empleados en la oficina exterior, hecha para dos. Máquinas de contabilidad antiguas. Secretaria que lleva ya cuarenta años en la firma.

Hawthorne sintió que ahora podía descansar: el jefe se había adueñado de la situación. Aun cuando algún día leyera un legajo secreto, las palabras no significarían nada para él. El pequeño negocio de aspiradoras eléctricas se había ahogado sin posibilidad de salvación en la marea de la imaginación literaria del jefe. El agente 59200"5 estaba establecido.

-Todo es parte del carácter del hombre -explicaba el jefe de Hawthorne, como si él y no Hawthorne hubiera empujado la puerta de la calle Lamparilla-. Un hombre que siempre tuvo que contar los centavos y arriesgar los billetes. Por eso no es socio del Country Club, no por el matrimonio destrozado. Usted es un romántico, Hawthorne. Las mujeres vinieron y pasaron por la vida de ese hombre, supongo que nunca significaron para él tanto como su trabajo. El secreto de utilizar un agente con éxito está en comprenderlo. Nuestro hombre en La Habana pertenece, podríamos decir, a la era de Kipling. Caminar con reyes..., ¿cómo sigue?, y conservar la virtud, muchedumbres y el toque humano. Confío que en alguna parte de ese escritorio suyo, lleno de manchas de tinta, exista una libreta de hule negro en la cual anotaba sus primeras cuentas: media gruesa de gomas de lápiz, seis cajas de plumas de acero...

-No creo que sea de la época de las plumas de acero, señor.

El jefe suspiró y volvió a colocar en su lugar el lente negro. El ojo inocente había vuelto a esconderse ante la sospecha de una oposición.

-Los detalles no importan, Hawthorne -dijo el jefe, con irritación-. Pero si va a manejarlo con éxito, tendrá que encontrar esa libretita de hule. Hablo metafóricamente.

-Sí, señor.

-El asunto de que fue un ermitaño porque perdió a su esposa es una apreciación errónea, Hawthorne. Un hombre como él reacciona de otra forma. No muestra su pérdida, no lleva el corazón en la mano. Si su apreciación fuera correcta, ¿por qué no era socio del club antes de que se le muriera la mujer?

-Le dejó.

-¿Ella le dejó? ¿Está seguro?

-Muy seguro, señor.

-Ah, ella no encontró nunca la libretita de hule. Encuéntrela, Hawthorne, y es suyo de por vida. ¿De qué hablábamos?

-Del tamaño de su oficina, señor. No le será fácil absorber mucha gente como personal nuevo.

-Iremos eliminando a los viejos poco a poco. Jubile a esa vieja secretaria que tiene...

-En realidad...

-Por supuesto, esto es pura especulación, Hawthorne. Puede que no sea el hombre adecuado, después de todo. Estos viejos reyes del comercio son de oro puro, pero a veces no ven más allá de la tesorería, como para servir a gente como nosotros. Juzgaremos por sus primeros informes, pero siempre es bueno tener planeado el próximo paso. Hable con miss Jenkinson y vea si tiene alguien que hable castellano en su departamento.

Hawthorne subió en el ascensor piso a piso desde el sótano: una vista del mundo en cohete. Europa occidental se hundió a sus pies; el Cercano Oriente; América Latina. Los archivos rodeaban a miss Jenkinson como los pilares del templo a un oráculo envejecido. Solamente a ella se la conocía por su apellido. Por alguna inescrutable razón de seguridad todos los demás habitantes del edificio se llamaban por su nombre. Cuando Hawthorne entró, le dictaba a una secretaria: "Memorándum de A. O. Angélica ha sido transferida a C.5 con un

aumento de sueldo de 8 libras por semana. Por favor, haga que el aumento sea efectivo inmediatamente. Para anticiparme a sus objeciones diría que Angélica está llegando ahora al nivel financiero de una conductora de autobús."

-¿Sí? -preguntó secamente miss Jenkinson-. ¿Sí?

-El jefe me dijo que la vea.

-No me sobra nadie.

-No queremos a nadie por ahora. Simplemente discutíamos posibilidades.

-Ethel, querida, telefona a D.2 y diles que no voy a permitir que hagan quedarse a mis secretarías después de las 7 p.m. excepto en una emergencia nacional. Si se ha declarado la guerra o está a punto de declararse, diles que el departamento de secretarías debería haber sido informado.

-Podemos necesitar una secretaria que hable castellano en el Caribe.

-No me sobra ninguna -dijo miss Jenkinson mecánicamente.

-La Habana, hermoso destino, clima agradable.

-¿Qué personal hay?

-Por ahora un hombre.

-Yo no soy una agencia matrimonial -dijo miss Jenkinson.

-Un hombre maduro con una hija de dieciséis años.

-¿Casado?

-Podría llamarlo así -dijo Hawthorne, vagamente.

-¿Es estable?

-¿Estable?

-¿De confianza, sereno, emocionalmente seguro?

-Oh, sí, puede estar segura de eso. Es uno de esos comerciantes típicos, anticuados -dijo Hawthorne, retomando el hilo donde el jefe lo había abandonado-. Levantó el negocio de la nada. No le interesan las mujeres. Podría decirle que está más allá del sexo.

-Nadie está más allá del sexo -aseguró miss Jenkinson-. Yo soy responsable de las chicas que mando al exterior.

-Creía que no le sobraba nadie.

-Bueno -dijo miss Jenkinson-, podría, en ciertas circunstancias, dejarle a Beatriz.

-¡Beatriz, miss Jenkinson! -exclamó una voz detrás de los archivos.

-Dije a Beatriz, Ethel, y quise decir Beatriz..

-Pero, miss Jenkinson...

-Beatriz necesita experiencia práctica, eso es todo lo que pasa. Ese puesto le convendría. No es demasiado joven. Le gustan los chicos.

-Lo que ese puesto va a necesitar -explicó Hawthorne- es alguien que hable castellano. El amor por los niños no es indispensable.

-Beatriz es francesa a medias. Habla el francés mejor que el inglés.

-Dije castellano.

-Es bastante parecido. Ambas son lenguas latinas.

-Tal vez podría verla, hablar con ella. ¿Está completamente adiestrada?

-Es muy buena en códigos y ha terminado un curso de microfotografía en Ashley Park. Su taquigrafía es regular, pero es una excelente dactilógrafa. Tiene buenos conocimientos de electrodinámica.

-¿Qué es eso?

-No estoy segura, pero una caja de fusibles no encierra terrores para ella.

-¿Sería buena con aspiradoras eléctricas, entonces?

-Es secretaria, no personal de servicio doméstico -cerróse de golpe un cajón del gabinete-. Tómela o déjela -dijo miss Jenkinson. Hawthorne tuvo la impresión de que gustosamente se hubiera referido a Beatriz llamándola "lo".

-¿Es la única que puede sugerir?

-La única,

Volvió a cerrarse ruidosamente un cajón del gabinete.

-Ethel -dijo miss Jenkinson-, a menos que puedas desahogar tus sentimientos con más silencio, te mandaré de vuelta a D.3.

Hawthorne se alejó pensativo: tenía la impresión de que miss Jenkinson, con considerable agilidad, le había vendido algo en lo que ella misma no creía: un timo o un perrito, perrita más bien.

## **SEGUNDA PARTE**

## Capítulo primero

1

Wormold se alejó del consulado con un telegrama en el bolsillo de la chaqueta. Se lo habían entregado con un brusco empujón, y cuando trató de hablar no se lo permitieron.

-No queremos saber nada al respecto. Es un arreglo temporal. Cuanto más pronto termine, tanto mejor nos resultará.

-Mistar Hawthorne dijo...

-No conocemos a ningún mistar Hawthorne. Por favor, recuérdelo siempre. Nadie con ese nombre está empleado aquí. Buenos días.

Regresó a su casa caminando. La alargada ciudad se extendía junto al Atlántico abierto; sobre la avenida de Maceo rompían las olas y empañaban las ventanillas de los automóviles. Los pilares rosados, grises, amarillos de lo que una vez fue el barrio aristocrático habían sido comidos por la erosión, como rocas; un escudo de armas antiguo, manchado e informe, campeaba sobre el portal de un hotelucho, y las persianas de un night-club estaban pintadas de brillantes colores crudos para protegerlas de la humedad y la sal del mar. Hacia el oeste los rascacielos de acero de la nueva ciudad se alzaban, más altos que faros, en el claro cielo de febrero. Era una ciudad para visitar, no una ciudad para vivir, pero era la ciudad donde Wormold se había enamorado por primera vez y se sentía atraído por ella como si fuera la escena de un desastre. El tiempo confiere poesía a un campo de batalla, y tal vez Milly se pareciera a la florecilla de una muralla donde, con grandes pérdidas, se hubiera rechazado un ataque muchos años atrás. Por la calle se cruzaba con mujeres con la frente manchada de ceniza, como si hubieran surgido al sol desde el subterráneo. Recordó que era miércoles de ceniza.

Pese a la fiesta escolar, Milly no estaba en casa cuando él llegó: tal vez todavía estaba en misa o tal vez cabalgando en el Country Club. López mostraba la aspiradora de turbo succión al ama de llaves de un sacerdote que había rechazado la pila atómica. Los peores temores de Wormold sobre el nuevo modelo se habían justificado ampliamente, pues no había podido vender ni uno solo. Subió al piso superior y abrió el telegrama; estaba dirigido a un departamento del consulado inglés y los números que seguían tenían un feo aspecto, como los billetes de lotería no vendidos el día del sorteo. Decía 2647 y luego una sarta de numerales de cinco cifras: 42811 79145 72213 59200 80947 62533 10605, etc. Era su primer telegrama, y se fijó que lo enviaba Londres. Ni siquiera se sentía seguro (le parecía tan lejana su lección...) de poder descifrarlo, pero reconoció un grupo, 59200, de intempestivo y admonitor aspecto, como si en aquel momento Hawthorne subiera acusadoramente por la escalera. Abatido, tomó los "Cuentos de Shakespeare", de Lamb (cómo había detestado siempre a Elia y el ensayo sobre el lechón al horno). El primer grupo de números, recordó, indicaba la página, la línea y la palabra con que comenzaba el código. "Dionisia, la malvada mujer de Cleón -leyó-, se encontró con un fin que correspondía a sus merecimientos." Comenzó a descifrar desde "merecimientos". Para sorpresa suya, realmente surgió algo. Era más bien como si algún extraño papagayo heredado se hubiera puesto a hablar. "Nº 1 del 24 de julio siguiente de 59200 comienza parágrafo A."

Después de pasar tres cuartos de hora sumando y restando había descifrado todo el mensaje, excepto el párrafo final donde en algo habían fallado él o 59200, o quizá Charles Lamb. "Siguiendo de 59200 comienza parágrafo A. casi un mes de aprobación ingreso

Country Club y ninguna repetimos ninguna información respecto posibles subagentes recibida todavía stop confiamos usted no repetimos no reclute ningún subagente antes de hacerlos investigar como corresponde stop comienza párrafo B. informe económico y político según cuestionario en su poder debe ser despachado inmediatamente a 59200 stop comienza párrafo C. condenado galón debe ser enviado Kingston primario mensaje tubercular termina."

El último párrafo tenía un efecto de indignada incoherencia que preocupó a Wormold. Por primera vez se le ocurrió que, para ellos -fuesen quienes fuesen ellos-, él había recibido dinero sin dar nada a cambio. Esto le preocupaba. Hasta entonces había considerado que había recibido un exótico regalo que había permitido que Milly cabalgara en el Country Club y él se hiciera mandar de Inglaterra unos cuantos libros que deseaba mucho. El resto del dinero estaba ahora depositado en el banco: creía a medias que algún día estaría en situación de devolvérselo a Hawthorne.

Pensó: tengo que hacer algo, darles algunos nombres para investigar, reclutar agentes, tenerlos contentos. Recordó cuando Milly jugaba a las tiendas y le daba dinero a él para sus compras imaginarias. Uno tenía que seguir el juego a los chicos, pero tarde o temprano Milly siempre exigía que le devolvieran su dinero.

Se preguntó cómo haría para reclutar agentes. Le era difícil recordar exactamente cómo Hawthorne le había reclutado a él, excepto que todo el asunto había comenzado en un cuarto de baño, pero seguramente eso no era un requisito indispensable. Se decidió a empezar con un caso razonablemente fácil.

-Me llamó usted, señor Vormell -por alguna causa el apellido Wormold estaba muy lejos de la capacidad de pronunciación de López, pero tampoco parecía capaz de decidirse por un sustituto satisfactorio; era raro que llamara dos veces a Wormold del mismo modo.

-Quiero hablar con usted, López.

-Sí, señor Vormell.

Dijo Wormold:

-Hace muchos años que usted está conmigo. Nos tenemos confianza.

López expresó lo completo de su confianza con un ademán, dirigido a su corazón.

-¿Le gustaría ganar algo más mensualmente?

-Bueno... naturalmente... Yo mismo estaba por hablarle de eso, señor Ommel. Tengo un hijo en camino. ¿Tal vez veinte pesos?

-Esto no tiene nada que ver con el negocio. Las cosas andan mal, López. Esto será algo confidencial; trabajará para mí, personalmente, ¿comprende?

Ah, yes, señor. Comprendo, servicios personales. Puede confiar en mí. Soy discreto. Por supuesto, no le diré nada a la señorita.

-Me parece que tal vez usted no comprenda.

-Cuando un hombre llega a cierta edad -dijo López-, quiere descansar de las dificultades. Quiere ordenar. "Esta noche sí, mañana a la noche no." Ordenárselo a alguien en quien tenga confianza...

-No quiero decir nada de eso. Lo que trataba de explicar... bueno, no tiene nada que ver...

-No tenga vergüenza de hablar conmigo, señor Vormell. Llevo muchos años con usted.

-Usted está en un error -dijo Wormold-. No era mi intención...

-Comprendo que para un inglés en su posición los lugares como el San Francisco no son apropiados. Ni siquiera el Mamba Club.

Wormold sabía que nada que pudiera decir conseguiría detener la elocuencia de su subordinado, ahora que se había embarcado en el gran tema de La Habana; el intercambio sexual no solamente era el principal comercio de la ciudad, sino toda la "raison d'être" de la vida de un hombre. Uno vendía sexo o lo compraba: nunca se regalaba.



-Un joven necesita la variedad -dijo López-, pero también necesita variar un hombre a cierta edad. Para el joven, es la curiosidad de la ignorancia; para el mayor, es el apetito que necesita cambiar. Nadie puede servirle mejor que yo, que le he estudiado, señor Vormell. Usted no es cubano: para usted, la forma del trasero de una mujer es menos importante que cierta suavidad en las maneras...

-Está completamente confundido -dijo Wormold.

-La señorita va a un concierto esta tarde.

-¿Cómo lo sabe?

López pasó la pregunta por alto.

-Cuando no esté, le traigo una jovencita para que la vea. Si no le gusta, le traigo otra.

-Usted no hará nada de eso. Ésos no son los servicios que quiero, López. Quiero... quiero que tenga los oídos y los ojos abiertos y me informe...

-¿Sobre la señorita?

-¡Santo cielo, no!

-¿Entonces qué informes, señor Wormold?

Wormold dijo:

-Bueno, cosas como... -pero no tenía ni la menor idea de los temas sobre los cuales López sería capaz de informar. Recordaba sólo algunos puntos del extenso cuestionario, y ninguno servía: "Posible infiltración comunista en las fuerzas armadas. Verdaderas cifras de la producción de tabaco y azúcar del año anterior." Por supuesto, estaba el contenido de los canastos de papeles de las oficinas donde López atendía las aspiradoras, pero seguramente Hawthorne hablaba en broma cuando contó lo del caso Dreyfus, si es que esos tipos eran capaces de bromear alguna vez.

-¿Como qué, señor?

-Después se lo diré. Vuelva a la oficina por ahora.

## 2

Era la hora del daiquiri, y en el Wonder Bar el doctor Hasselbacher se solazaba con su segundo whisky.

-¿Sigue preocupado, mistar Wormold? -preguntó

-Sí, estoy preocupado.

-Siempre la aspiradora, la aspiradora atómica.

-La aspiradora no -apuró su daiquiri y pidió otro.

-Hoy bebe de prisa.

-Hasselbacher, ¿sintió alguna vez la necesidad del dinero? Pero usted no tiene hijos.

-Dentro de poco usted tampoco tendrá hijos.

-Supongo que no -el alivio era helado, como el daiquiri-. Cuando llegue ese momento, Hasselbacher, quiero que ambos estemos lejos de aquí. No quiero que a Milly la despierte ningún capitán segura.

-Le comprendo.

-El otro día me ofrecieron dinero.

-¿Sí?

-Por obtener información.

-¿Qué clase de información?

-Información secreta.

El doctor Hasselbacher suspiró. Dijo:

Usted es un hombre afortunado, mistar Wormold. Siempre es fácil dar esa información.

-¿Fácil?

-Si es suficientemente secreta, el único que la conoce es usted. Lo único que necesita es un poco de imaginación, mistar Wormold.

-Quieren que reclute agentes. ¿Cómo se hace para reclutar agentes, Hasselbacher?

-También los puede inventar, mistar Wormold.

-Usted habla como si tuviera experiencia.

-La medicina es mi experiencia, mistar Wormold. ¿Nunca leyó las propagandas de los remedios secretos? Tónico capilar confiado en su lecho de muerte por cacique piel roja. Con un remedio secreto no tiene que imprimir la fórmula. Y los secretos tienen un algo que hacen que la gente crea en ellos..., tal vez vestigios de magia. ¿Leyó a sir James Frazer?

-¿Oyó hablar de un libro código?

-Con todo, no me cuente demasiado, mistar Wormold. El secreto no es mi negocio: yo no tengo hijos. Por favor, no me invente a mí como agente suyo.

-No, no puedo hacer eso. A esa gente no le gusta nuestra amistad, Hasselbacher. Quieren que me aleje de usted. Le están investigando. ¿Cómo le parece a usted que se hace para investigar a un hombre?

-No lo sé. Tenga cuidado, mistar Wormold. Acepte su dinero, pero no les dé nada a cambio. Usted es vulnerable a los Seguros. Límitese a mentir y conserve su libertad. No merecen la verdad.

-¿A quién se refiere?

-Reinos, repúblicas, poderes -apuró el vaso-. Tengo que ir a ver mis cultivos, mistar Wormold.

-¿Consiguió algo ya?

-Gracias a Dios, todavía no. Mientras no pasa nada, todo es posible, ¿no está de acuerdo usted? Es una lástima que la lotería llegue a sortearse. Pierdo ciento cuarenta mil dólares por semana y soy un hombre pobre.

-¿No olvidará el cumpleaños de Milly?

-Tal vez los resultados de la investigación sean malos y usted no quiera que yo asista. Pero recuerde, mientras mienta, no hace daño.

-Les acepto el dinero.

-Ellos no tienen más dinero que el que les quitan a hombres como usted y como yo. Entreabrió la puerta y se fue. El doctor Hasselbacher no hablaba jamás en términos de moralidad; eso estaba fuera del campo de un médico.

3

Wormold encontró una lista de socios del Country Club en la habitación de Milly. Sabía dónde hallarla, entre el último ejemplar del "Horsewoman's Year Book" y una novela titulada "Yegua blanca", por miss "Pony" Triggers. Se había hecho socio del Country Club para encontrar agentes convenientes y aquí los tenía a todos, a doble columna, en veinte páginas. Su mirada tropezó con un nombre anglosajón: Vincent C. Parkman; tal vez fuera el padre de Earl. A Wormold le pareció que era correcto mantener a los Parkman en la familia.

Cuando se sentó a cifrar su mensaje había elegido otros dos nombres: un ingeniero Cifuentes y un profesor Luis Sánchez. El profesor, quienquiera que fuese, parecía un candidato lógico para la inteligencia económica; el ingeniero podía suministrar informes técnicos. Con los "Cuentos de Shakespeare" abiertos frente a él (había elegido como pasaje clave: "Que lo que siga sea feliz"), cifró: "Número 1 del 25 de enero parágrafo A. comienza he reclutado mi asistente y asignándole el símbolo 59200"5"1 stop propongo pago quince pesos mensuales stop parágrafo B. comienza favor investigar los siguientes..."

Todo eso de párrafos le parecía a Wormold extravagancia de tiempo y de dinero, pero Hawthorne le había dicho que era parte de la disciplina, lo mismo que Milly cuando insistía que todas las compras de su tienda tenían que ir envueltas, hasta la cuenta de vidrio solitaria. "Parágrafo C. comienza informe económico solicitado irá brevedad por valija."

Ahora no quedaba nada por hacer más que esperar las respuestas y preparar el informe económico. Esto le preocupaba. Había mandado a López a comprar todos los boletines del Gobierno que pudiera conseguir sobre las industrias del tabaco y del azúcar: era la primera misión de López, y ahora se pasaba horas todos los días marcando cualquier pasaje que pudiera servir al profesor o al ingeniero; era improbable que alguien en Kingston o en Londres estudiara los periódicos de La Habana. Llegó a encontrar un nuevo mundo en esas páginas mal impresas; tal vez en el pasado había dependido demasiado del "New York Times" o el "Herald Tribune" para tener una visión del mundo. Una muchacha había muerto apuñalada a la vuelta del Wonder Bar: "mártir del amor". La Habana estaba llena de mártires de una u otra clase. Un hombre había perdido una fortuna una noche en el Tropicana, trepó al escenario, abrazó a la cantante de color, luego se arrojó al puerto con su coche y se ahogó. Otro se estranguló a duras penas con un cinturón. También había milagros; una virgen lloraba lágrimas de sal, y ante la virgen de Guadalupe ardió inexplicablemente el mismo cirio durante una semana, de viernes a viernes. De este cuadro de violencia, pasión y amor sólo estaban excluidas las víctimas del capitán Segura: éstas sufrían y morían sin el beneficio de la prensa.

El informe económico resultó tarea tediosa, pues Wormold nunca había aprendido a escribir con más de dos dedos ni a usar el tabulador de la máquina. Era necesario alterar las estadísticas oficiales en caso de que a alguien en la oficina central le diera por cotejar ambos informes, y a veces Wormold se olvidaba de que había alterado algún número. Las adiciones y sustracciones nunca habían sido su fuerte. Perdía un punto decimal y tenía que cazarlo por docenas de columnas. Era algo así como guiar un cochecito en miniatura por la máquina tragamonedas.

Al cabo de una semana le empezó a preocupar la falta de respuesta. ¿Se habría dado cuenta Hawthorne? Pero se sintió temporalmente animado por una llamada del consulado, donde un oficinista agrio le entregó un sobre con lacre, dirigido por alguna razón que se le escapaba a "Mistar Luke Penny". Dentro del sobre exterior había otro sobre marcado. "Henry Leadbetter. Servicios de Investigación Civil"; en un tercer sobre estaba inscrito 59200"5 y contenía tres meses de sueldos y gastos en billetes cubanos. Los llevó al banco en Obispo.

-¿Cuenta comercial, mistar Wormold?

-No. Personal -pero tenía una sensación de culpa mientras el cajero contaba; se sentía como si hubiera robado el dinero de la compañía.

## Capítulo II

1

Pasaron diez días sin que recibiera ninguna comunicación. Ni siquiera podía mandar su informe económico hasta que el supuesto agente que lo suministrara hubiera sido investigado y aprobado. Llegó el momento de su visita anual a los distribuidores del exterior de La Habana en Matanzas, Cienfuegos, Santa Clara y Santiago. Tenía el hábito de visitar esas ciudades en su antiguo Hillman. Antes de salir envió un telegrama a Hawthorne: "Bajo pretexto visitar subagentes aspiradoras propongo investigar posibilidades reclutamiento puerto Matanzas, centro industrial Santa Clara, base naval Cienfuegos y centro disidente Santiago, calculando gastos de viaje cincuenta dólares por día." Besó a Milly, le hizo prometer que en su ausencia no subiría al automóvil del capitán Segura y tomó una última copa en el Wonder Bar con el doctor Hasselbacher.

2

Una vez por año Wormold escribía a su hermana menor, que vivía en Northampton. (Tal vez escribiéndole a Mary olvidaba momentáneamente la soledad que sentía lejos de Milly.) Invariablemente, también incluía los últimos sellos de correos cubanos para su sobrino. El muchacho había iniciado la colección a los seis años y con el rápido andar del tiempo, Wormold llegó a olvidar que su sobrino ya había cumplido los diecisiete años hacía mucho tiempo y que probablemente había abandonado la colección años atrás. De todos modos ahora debía ser bastante mayorcito para el tipo de nota que Wormold incluía con los sellos: demasiado infantil hasta para Milly, y su sobrino era varios años mayor que ella.

"Querido Mark -escribía Wormold-, aquí tienes algunos sellos para tu colección. Ya debe ser una colección bastante grande. Me temo que éstos no sean muy interesantes. Me gustaría que tuviéramos aves, animales o mariposas en Cuba como esas de Guatemala tan bonitas que me enseñaste. Tu afectuoso tío. P.D. Te escribo sentado frente al mar y hace mucho calor."

A su hermana le escribía más explícitamente: "Estoy sentado en la bahía de Cienfuegos y la temperatura marca más de treinta, aunque el sol se puso hace más de una hora. Dan una película de Marilyn Monroe en el cine, y en el puerto hay un barco que tiene el extraño nombre de "Juan Belmonte". (¿Recuerdas ese invierno en Madrid cuando fuimos a los toros?) El jefe de máquinas -creo que es el jefe de máquinas- está en la mesa de al lado tomando coñac español. No tiene otra cosa que hacer, salvo ir al cine. Éste debe ser uno de los puertos más tranquilos del mundo. Nada más que las calles rosadas y amarillas, algunas cantinas, la alta chimenea del ingenio azucarero y al extremo de un sendero lleno de malezas, el "Juan Belmonte". En cierto modo me gustaría navegar en él con Milly, pero no sé cómo. Las aspiradoras no se venden bien; en estos tiempos difíciles la corriente eléctrica es demasiado insegura. Anoche se apagaron en Matanzas las luces tres veces: la primera vez yo estaba en el baño. Éstas son tonterías para escribírtelas a Northampton.

"No pienses que soy desdichado. Hay mucho de bueno para escribir sobre el lugar en que estamos. A veces temo regresar a Inglaterra, a Boots y Woolworths, a las cafeterías, y ahora sería un extraño hasta en el White Horse. El jefe tiene una chica con él; supongo que también tendrá una chica en Matanzas: le está haciendo tomar coñac como quien da una medicina al gato. Aquí la luz es maravillosa antes de que se ponga el sol: una larga franja

de oro, y las aves marinas son manchas oscuras contra las olas plateadas. La gran estatua blanca del paseo, que de día parece la reina Victoria, es ahora un trozo de ectoplasma. Los limpiabotas han guardado sus cajas debajo de los sillones de la arcada rosada: uno se sienta en la acera como en los escalones de una biblioteca y apoya los pies en la espalda de los caballos de mar de bronce que pudo haber traído aquí un fenicio. ¿Por qué estoy tan nostálgico? Supongo que porque tengo un poco de dinero ahorrado y pronto debo decidirme a irme para siempre. Me pregunto si Milly podrá acostumbrarse a alguna escuela de comercio en una calle gris del norte de Londres.

"¿Cómo está la tía Alicia y la famosa cera de sus orejas? ¿Y cómo está tío Eduardo? ¿O se murió? He llegado a ese punto de la vida en que los parientes se mueren sin darnos cuenta."

Pagó su cuenta y preguntó cómo se llamaba el jefe de máquinas: se le había ocurrido que le convenía tener algunos nombres anotados cuando volviera, para justificar sus gastos.

3

En Santa Clara, el viejo Hillman yacía como una mula cansada. Había algo seriamente descompuesto en las entrañas del coche; pero sólo Milly lo hubiera entendido. El hombre del garaje dijo que la reparación tardaría varios días y Wormold decidió ir a Santiago en autobús. Tal vez fuera más rápido y seguro así, pues en la provincia de Oriente, donde los rebeldes de siempre tenían las montañas y las tropas del gobierno los caminos y las ciudades, eran frecuentes las barricadas y sufrían menos detenciones los autobuses que los automóviles particulares.

Llegó a Santiago al anochecer, en las vacías horas peligrosas del toque de queda no oficial. Todos los establecimientos de la plaza construida contra la fachada de la catedral estaban cerrados. Una solitaria pareja se apresuraba a cruzar hacia el hotel; la noche era cálida y húmeda y la vegetación colgaba oscura y pesada a la pálida luz de los faroles, que funcionaban a media potencia. En la oficina de recepción le saludaron sospechosamente, como si supusieran que, de un modo u otro, se trataba de un espía. Se sentía como un impostor, porque ése era un hotel de espías de verdad, de informantes policiales de verdad y de agentes rebeldes de verdad. Un borracho hablaba interminablemente en el parduzco bar, como si dijera en el estilo de Gertrude Stein "Cuba es Cuba es Cuba".

Wormold cenó una tortilla plana y seca, manchada y con las orejas carcomidas como un viejo manuscrito, y bebió un poco de vino agrio. Mientras comía, escribió una tarjeta postal al doctor Hasselbacher. Cuando salía de La Habana enviaba a Milly y al doctor Hasselbacher y a veces hasta a López malas postales de malos hoteles con una cruz en una ventana, como la cruz que en la novela policial indica la escena del crimen. "Coche estropeado. Todo muy tranquilo. Espero volver el jueves." Una tarjeta postal es un síntoma de soledad.

A las nueve en punto Wormold se dirigió a ver a su distribuidor. Se había olvidado de lo abandonadas que estaban las calles de Santiago después de oscurecido. Las persianas estaban cerradas tras de las rejas de hierro y, como en una ciudad ocupada, las casas volvían la espalda al caminante. Un cine arrojaba un poco de luz, pero no entraba nadie; por ley tenía que permanecer abierto, pero a nadie que no fuera soldado o policía le daría por visitarlo después de oscurecer. Por una callejuela lateral, Wormold vio pasar una patrulla militar.

Wormold se sentó con su distribuidor en un cuartito caliente. Una puerta abierta daba a un patio, una palmera y un aljibe de hierro forjado, pero el aire de fuera estaba tan caliente

como el de adentro. Se sentaron frente a frente en sillas-hamaca, meciéndose, acercándose y separándose, formando pequeñas corrientes de aire.

Los negocios iban mal -rock rock-, nadie compraba artefactos eléctricos en Santiago -rock rock-, ¿para qué servían? rock rock. Como para ilustrar el detalle la corriente eléctrica se apagó y se hamacaron en la oscuridad. Perdiendo el ritmo, sus cabezas se juntaron en una suave colisión.

-Lo siento.

-La culpa es mía.

Alguien arrastró una silla en el patio.

-¿Su mujer? -preguntó Wormold.

-No. Nadie en absoluto. Estamos completamente solos.

Wormold se mecía hacia adelante, se mecía hacia atrás, volvió a mecerse hacia adelante, escuchando los furtivos movimientos en el patio.

Por supuesto. Así era Santiago. Cualquier casa podía ocultar un hombre huido. Era mejor no oír nada, y no ver nada no era problema, aun cuando regresó la luz con una minúscula claridad amarilla en el filamento.

En su camino de vuelta al hotel le detuvieron dos policías. Querían saber qué hacía fuera tan tarde.

-No son más que las diez -dijo.

-¿Qué hace en esta calle a las diez?

-No hay toque de queda, ¿verdad?

De pronto, sin previo aviso, uno de los policías le abofeteó en la cara. Sintió shock más que rabia. Pertenecía a la clase que acataba las leyes; los policías eran sus protectores naturales. Llevándose la mano a la mejilla, dijo:

-¿Se puede saber qué se cree usted, en nombre de Dios...? -el otro policía, con un golpe en la espalda le hizo trastabillar en la acera. Se le cayó el sombrero a la mugre de la alcantarilla. dijo:- Déme mi sombrero -y sintió que le volvían a empujar. Empezó a decir algo sobre el cónsul inglés y le empujaron de costado hacia la calle. Esta vez aterrizó dentro de un zaguán frente a un escritorio donde dormía un hombre con la cabeza entre las manos. Se despertó y le gritó algo a Wormold: su expresión más suave fue "cerdo". Wormold dijo:- Soy súbdito inglés, mi apellido es Wormold, mi dirección La Habana, Lamparilla 37. Edad cuarenta y cinco, divorciado, y quiero llamar al cónsul.

El hombre que le había llamado cerdo y que llevaba al brazo un brazalete de sargento, le dijo que le mostrara el pasaporte.

-No puedo. Está en mi cartera, en el hotel.

Uno de sus aprehensores dijo, con satisfacción:

-Encontrado en la calle sin documentos.

-Vacíenle los bolsillos -ordenó el sargento. Le quitaron la billetera y la postal para el doctor Hasselbacher, que se había olvidado de despachar, y una botella de whisky en miniatura, Old Granddad, que había comprado en el bar del hotel. El sargento estudió la botella y la postal.

Preguntó:

-¿Por qué lleva esta botella? ¿Qué contiene?

-¿Qué se le ocurre?

-Los rebeldes hacen granadas con botellas -el sargento sacó el corcho, olió y sirvió un poquito en la palma de su mano-. Parece whisky -dijo, y se volvió a la postal. Preguntó:-

¿Por qué hizo una cruz en esta foto?

-Es la ventana de mi cuarto.

-¿Para qué quiere mostrar la ventana de su cuarto?

-¿Por qué no habría de mostrarla? Es..., bueno, es algo que uno hace cuando viaja.

-¿Esperaba un visitante por la ventana?  
-Por supuesto que no.  
-¿Quién es el doctor Hasselbacher?  
-Una vieja amistad.  
-¿Viene a Santiago?  
-No.  
-Entonces, ¿para qué quiere mostrarle cuál es su cuarto?  
Comenzó a comprender eso que la clase criminal conoce tan bien, la imposibilidad de explicar algo a un hombre con poder.  
Dijo con frivolidad:  
-El doctor Hasselbacher es una mujer.  
-¡Una doctora! -exclamó con desaprobación el sargento.  
-Doctora en filosofía. Una mujer hermosísima -hizo dos curvas en el aire.  
-¿Y se reunirá con usted en Santiago?  
-No, no. Pero usted sabe cómo son las mujeres, sargento. Les gusta saber dónde duerme su hombre.  
-¿Usted es su amante? -la atmósfera había cambiado, mejorando-. Pero eso no alcanza a explicar por qué anda usted por las calles de noche.  
-No hay ley...  
-No hay ley, pero la gente prudente se queda en su casa.  
-No podía dormir pensando en Emma.  
-¿Quién es Emma?  
-La doctora Hasselbacher.  
El sargento dijo lentamente:  
-Aquí hay algo que no está bien. Lo huelo. Usted no me dice la verdad. Si está enamorado de Emma, ¿qué hace en Santiago?  
-El marido sospecha.  
-¿Tiene marido? "No es muy agradable". ¿Es católico usted?  
-No.  
El sargento tomó la postal y volvió a estudiarla.  
-La cruz en la ventana del dormitorio, eso tampoco es nada lindo. ¿Cómo se la explicará al marido?  
Wormold pensó rápidamente:  
-El marido es ciego.  
-Eso tampoco es nada bonito. Nada bonito...  
-¿Le vuelvo a pegar? -preguntó uno de los policías.  
-No hay prisa. Primero tengo que interrogarle. ¿Cuánto tiempo hace que conoce a esta mujer, Emma Hasselbacher?  
-Una semana.  
-¿Una semana? Nada de lo que usted dice es bonito. Usted es protestante y adúltero.  
¿Cuándo la conoció?  
-Me la presentó el capitán Segura.  
El sargento sostuvo la postal en el aire. Wormold sintió que uno de los policías tragaba saliva a sus espaldas. Nadie dijo nada durante un rato.  
-¿El capitán Segura?  
-Sí.  
-¿Usted conoce al capitán Segura?  
-Es amigo de mi hija.  
-Así que tiene una hija. Usted es casado -volvió a empezar a decir-. Eso no es n... -cuando uno de los policías le interrumpió:

- Conoce al capitán Segura.
- ¿Cómo sé que dice la verdad?
- Puede llamarle por teléfono y averiguarlo.
- Tardaríamos horas en conseguir hablar con La Habana por teléfono.
- No me puedo ir de Santiago de noche. Esperaré en el hotel.
- O en el calabozo, aquí.
- No creo que le gustara al capitán Segura.

El sargento consideró el asunto largo tiempo, revisando el contenido de la billetera mientras pensaba. Luego dijo a uno de los hombres que acompañara a Wormold al hotel y que allí examinara su pasaporte (de este modo el sargento, evidentemente, creía salvar su dignidad). Los dos se alejaron en un silencio embarazoso, y sólo al acostarse recordó Wormold que la postal para el doctor Hasselbacher seguía sobre el escritorio del sargento. Le pareció que no tenía importancia; siempre podía mandarle otra a la mañana. Cuánto tardamos en comprender en nuestra propia vida, las intrincadas estructuras de que todo - hasta una tarjeta postal- puede formar parte, y lo precipitado de desechar algo porque no tiene importancia. Tres días después Wormold tomó el autobús de regreso a Santa clara; su Hillman estaba listo; el camino a La Habana no le ofrecía problemas.



### Capítulo III

1

Una gran cantidad de telegramas le esperaban al llegar a La Habana, entrada ya la tarde. También había una nota de Milly: "¿En qué andabas? Ya sabes quién -pero él no sabía-, muy insistente... por las malas. El doctor Hasselbacher quiere hablarte urgentemente. Cariños. P.D. Estoy en el Country Club. A "Serafina" le sacan una fotografía para los diarios. ¿Esto es la fama? Ve, di a los soldados que disparen."

El doctor Hasselbacher podía esperar. Dos de los telegramas eran urgentes.

"Nº 2 de marzo 5 parágrafo A. comienza investigación de Hasselbacher ambigua stop use suma cautela en todo contacto y manténgalos al mínimo termina mensaje."

A Vincent C. Parkman le rechazaban de plano como agente. "Usted no repetimos no debe ponerse en contacto con él stop probabilidad ya esté trabajando para servicio norteamericano."

El siguiente telegrama -Nº 1 de marzo 4- decía fríamente: "Favor en el futuro según instrucciones ciña cada telegrama a un tema."

El Nº 1 de marzo 5 era más alentador: "Nada negativo profesor Sánchez ingeniero Cifuentes stop puede reclutarlos stop suponemos hombres de su posición sólo requerirán dinero para gastos."

El último telegrama era casi un anticlímax. "Siguiendo instrucciones A.O. reclutamiento 59200"5"1 -ése era López- aceptado pero favor notar pago propuesto inferior escala europea autorizada debe aumentar a 25 repetimos 25 pesos mensuales termina mensaje."

López gritaba desde abajo:

-Habla el doctor Hasselbacher.

-Dígale que estoy ocupado. Llamaré después.

-Dice que se apresure. Suena muy raro.

Wormold bajó hasta el teléfono. Antes de hablar escuchó una voz agitada y avejentada.

Nunca se le había ocurrido anteriormente considerar viejo a Hasselbacher.

-Por favor, mistar Wormold...

-Sí, ¿qué pasa?

-Por favor, venga. Ha sucedido algo.

-¿Dónde está?

-En mi departamento.

-¿Qué sucede, Hasselbacher?

-No se lo puedo decir por teléfono.

-¿Está enfermo... herido?

-Si eso fuera todo... -dijo Hasselbacher-. Venga, por favor.

En todos los años que hacía que se conocían, Wormold nunca había visitado la casa de Hasselbacher. Se encontraban en el Wonder Bar, y para el cumpleaños de Milly en un restaurante, y una vez el doctor Hasselbacher le había visitado en Lamparilla cuando estaba con fiebre. También había existido una ocasión en que había llorado ante Hasselbacher, sentados en un banco del paseo, contándole que la madre de Milly se había ido en el avión de la mañana para Miami; pero su amistad se cimentaba firmemente en la distancia: siempre las amistades más íntimas eran las que corrían peligro de cortarse. Y ahora hasta tenía que preguntarle a Hasselbacher cómo se llegaba a su casa.

-¿No lo sabe? -preguntó Hasselbacher, perplejo.

-No.

-Venga pronto, por favor -dijo Hasselbacher-, no quiero estar solo.

Pero a esa hora de la tarde la velocidad era imposible. Obispo era una sólida masa de tránsito y pasó media hora antes de que Wormold llegara a la manzana poco distinguida donde vivía Hasselbacher, doce altos pisos de piedra lívida. Veinte años atrás había sido moderno, pero la nueva arquitectura de acero del oeste la superaba en altura y en brillo. Pertenece a la época de las sillas tubulares, y una silla tubular fue lo primero que vio Wormold cuando el doctor Hasselbacher le hizo pasar. Eso y un viejo grabado de un castillo en el Rin.

El doctor Hasselbacher, como su voz, había envejecido súbitamente. No era una cuestión de color. Esa piel sanguínea y arrugada no podía cambiar más que la de una tortuga y nada podía blanquear más su pelo que lo que ya habían hecho los años. Era la expresión lo que se le había alterado; todo un modo de vida había sufrido violencia: el doctor Hasselbacher ya no era un optimista. Dijo humildemente:

-Muy amable de su parte por haber venido, mistar Wormold.

Wormold recordó el día en que el viejo le había arrastrado del paseo, llenándole de bebida en el Wonder Bar, hablando todo el tiempo, cauterizando el dolor con alcohol, risa y esperanza irresistible. Preguntó:

-¿Qué pasó, Hasselbacher?

En la sala reinaba la confusión, era como si un niño malévolo hubiera entrado en acción entre las sillas tubulares, abriendo esto, volteando aquello, destrozando y perdonando al dictado de algún impulso irracional.. Una fotografía de un grupo de jóvenes que sostenían jarras de cerveza había sido arrancada de su marco y destrozada; una reproducción en colores del "Caballero sonriente" colgaba todavía en la pared sobre el sofá, donde uno de los tres almohadones había sufrido un despanzurramiento. El contenido de un armario - viejas cartas y facturas- se desparramaba por el suelo, y un mechón de pelo muy rubio atado con una cinta negra yacía como un pescado muerto entre los escombros.

-¿Por qué? -preguntó Wormold.

-Esto no tiene tanta importancia -dijo Hasselbacher-, pero venga acá.

Un cuartito, que él había convertido en laboratorio, había sido reconvertido al caos. Todavía ardía un mechero de gas entre las ruinas. El doctor Hasselbacher lo cerró. Alzó un tubo de ensayo; el contenido había sido arrojado al lavadero. Dijo:

-Usted no lo comprenderá. Trataba de hacer un cultivo de... no importa. Sabía que nada resultaría. No era más que un sueño.

Se sentó pesadamente sobre una silla tubular ajustable, alta, que se acortó repentinamente bajo su peso y le arrojó al suelo. Alguien deja siempre una cáscara de plátano en la escena de una tragedia. Hasselbacher se incorporó, sacudiéndose los pantalones.

-¿Cuándo sucedió?

-Me llamaron por teléfono: un enfermo. Me pareció que había algo raro, pero tenía que ir. No podía arriesgarme a no ir. Cuando regresé, encontré esto.

-¿Quién fue?

-No sé. Hace una semana me llamaron. Un desconocido. Quería que le ayudara. No era trabajo para un médico. Le dije que no. Me preguntó si simpatizaba con Oriente u Occidente. Traté de bromear con él. Le dije que estaba en el medio -el doctor Hasselbacher le reprochó-. Hace pocas semanas usted me hizo la misma pregunta.

-Era una broma, Hasselbacher.

-Lo sé. Perdóneme. Lo peor que hacen es crear todas estas sospechas -miró hacia el lavadero-. Un sueño infantil. Por supuesto, lo sabía. Fleming descubrió la penicilina por un accidente inspirado. Un médico de segunda categoría nunca tendría un accidente semejante, pero no era asunto de ellos, ¿verdad?, si yo quería soñar.

-No comprendo. ¿Qué hay detrás de esto? ¿Algo político? ¿De qué nacionalidad era ese hombre?

-Hablabla el inglés con acento, como yo. Ahora en todo el mundo la gente habla con acento.

-¿Llamó a la policía?

-Por todo lo que yo sé -dijo el doctor Hasselbacher-, era de la policía.

-¿Se llevaron algo?

-Sí. Papeles.

-¿Importantes?

-Nunca debí conservarlos. Tenían más de treinta años. Cuando uno es joven, uno se mezcla en cosas. Ninguna vida está absolutamente limpia, mistar Wormold. Pero pensé que el pasado era el pasado. Fui demasiado optimista. Usted y yo no somos como la gente de aquí; no tenemos un confesonario donde enterrar el pasado malo.

-Usted debe suponer algo... ¿Qué harán ahora?

-Tal vez me pongan en una ficha -dijo el doctor Hasselbacher-. Tienen que darse importancia. Tal vez en la ficha me asciendan a sabio atómico.

-¿No puede volver a comenzar ese experimento?

-Oh, sí, supongo que sí. Pero, sabe usted, nunca creí en él y ahora se fue por el desagüe -dejó correr el agua para lavar la pileta-. Sólo recordaría toda esta... suciedad. Eso era un sueño, esto es la realidad -algo parecido a excrementos de sapo se atascó en el desagüe. Lo empujó hacia abajo con el dedo-. Gracias por venir, mistar Wormold. Usted es un verdadero amigo.

-Es tan poco lo que puedo hacer...

-Me dejó hablar. Ya me siento mejor. Sólo tengo este miedo por los papeles. Tal vez sea un accidente el que hayan desaparecido. Tal vez no los pude encontrar en este desorden.

-Déjeme que le ayude a buscar.

-No, mistar Wormold. No quiero que vea algo que me avergüenza.

Tomaron dos copas juntos en las ruinas de la sala y luego Wormold se fue. El doctor Hasselbacher estaba de rodillas bajo el "Caballero sonriente", barriendo debajo del sofá. Encerrado en su automóvil, Wormold sintió que la culpa le roía como una rata en un calabozo. Tal vez pronto los dos volverían a acostumbrarse a estar juntos, y la culpa vendría a comer de su mano. Gente similar a él había hecho esto mismo, gente que permitía que los reclutaran mientras estaban sentados en el inodoro, que abría puertas de hotel y recibía instrucciones en tinta secreta y en usos insólitos de los "Cuentos de Shakespeare". Las bromas siempre tenían otro lado, el lado de la víctima.

Sonaban las campanas en el Santo Cristo y las palomas subían desde el tejado en el atardecer dorado y se alejaban en círculos sobre las tiendas de lotería de la calle O'Reilly y los bancos de Obispo; niños y niñas, casi tan indistinguibles en el sexo como los pájaros, brotaban de la Escuela de los Santos Inocentes con sus uniformes blancos y negros, llevando sus carteritas negras. su edad les separaba del mundo adulto de 59200 y su credulidad era de una cualidad diferente. Pensó con ternura: "Pronto vendrá Milly." Le hacía feliz el que ella fuera todavía capaz de aceptar cuentos de hadas: una virgen que daba a luz un hijo, cuadros que lloraban o musitaban palabras de amor en la oscuridad. Hawthorne y los de su clase eran igualmente crédulos, pero lo que se tragaban eran pesadillas, grotescas historias de ciencia ficción.

¿De qué servía jugar una partida descorazonadamente? Por lo menos les daría algo que les hiciera sentir que su dinero estaba bien gastado, algo mejor para poner en sus archivos que un informe económico. Hizo un borrador rápido, "Número 1 de marzo 8 párrafo A. comienza en mi reciente viaje a Santiago escuché informes de diversas fuentes sobre construcción de grandes instalaciones militares en las montañas de la provincia de Oriente

stop dichas construcciones demasiado importantes para ser dirigidas contra pequeñas bandas rebeldes atrincheradas allí stop rumores de enormes registros en la zona forestal bajo pretexto de evitar incendios stop campesinos varios pueblos obligados transportar cargas piedras parágrafo B. comienza en bar de Santiago hotel conocí piloto español cubana Air Line en avanzado estado ebriedad stop dijo haber observado vuelo Habana-Santiago enorme plataforma cemento desproporcionada cualquier edificio parágrafo C. 59200"5"3 que me acompañó viaje Santiago acometió peligrosa misión cerca cuartel general militar en Bayamo haciendo planos de extrañas maquinarias en transporte a la jungla stop planos irán por valija parágrafo D. solicito permiso abonarle un bono en vista enorme riesgo su misión y suspender trabajo por ahora en informe económico en vista naturaleza inquietante y vital de estos informes Oriente parágrafo E. tienen informes Raúl Domínguez piloto Cubana quien espero reclutar como 59200"5"4.\*

Wormold lo cifró lleno de alegría. Pensó: "Nunca me creí capaz." Pensó con orgullo: "59200"5 conoce su trabajo." Su buen humor incluso alcanzaba a Charles Lamb. Eligió como pasaje clave la página 217, línea 12: "Pero yo descorreré el telón y mostraré la escena. ¿No está bien hecho?"

Wormold llamó a López de la tienda. Le entregó veinticinco pesos. Dijo:

-Éste es el adelanto de su pago del primer mes. Conocía a López lo suficiente para no esperar ninguna gratitud por los cinco pesos extra, pero de todos modos se quedó de una pieza cuando López dijo:

-Treinta pesos serían un sueldo decente.

-¿Qué quiere decir con "un sueldo decente"? La agencia ya le paga muy bien.

-Esto va a ser mucho trabajo -dijo López.

-¿Sí? ¿Qué trabajo?

-Servicios personales.

-¿Qué servicios personales?

-Evidentemente, debe ser mucho trabajo, o usted no me pagaría veinticinco pesos -nunca había podido ganarle una discusión a López sobre temas financieros.

Tráigame una pila atómica de la tienda.

-No tenemos más que una.

-Quiero que la suba.

López suspiró.

-¿Es un servicio personal?

-Sí.

Cuando se quedó solo, Wormold desarmó la aspiradora en todas sus partes. Luego se sentó en su escritorio y comenzó a hacer una serie de dibujos. Cuando se echó atrás a contemplar sus esbozos del pulverizador separado de la manguera, de la turboaguja, del acoplamiento y el tubo telescópico, se preguntó: ¿Habré ido muy lejos? Comprendió que se había olvidado de indicar la escala. Trazó una línea y la numeró: un centímetro representaba tres metros. Luego, para mayor seguridad, dibujó un hombrecillo de dos centímetros debajo de la embocadura. Lo vistió con un atildado traje oscuro y le dio un sombrero hongo y un paraguas.

Cuando Milly regresó esa tarde a casa, él todavía estaba ocupado escribiendo su primer informe con un gran mapa de Cuba extendido sobre su escritorio.

-¿Qué estás haciendo, papá?

-Mis primeros pasos en una nueva carrera.

Milly miró por encima del hombro del padre.

-¿Te estás volviendo escritor?

-Sí, escritor de obras de imaginación.

-¿Vas a ganar montones de dinero?

-Una entrada moderada, Milly, si me dedico a esto y lo hago con regularidad. Me propongo preparar uno de esos ensayos todos los sábados por la tarde.  
-¿Serás famoso?  
-Lo dudo. Al revés que la mayoría de los escritores, yo les daré el crédito a mis negros.  
-¿Negros?  
-Así se llaman los que hacen el trabajo verdadero, mientras el autor cobra. En mi caso, yo haré el trabajo verdadero y los negros se llevarán el crédito.  
-Pero ¿tú cobras?  
-Oh, sí.  
-Entonces ¿puedo comprar un par de espuelas?  
-Claro que sí.  
-¿Te sientes bien, papá?  
-Nunca me sentí mejor. Qué sensación de alivio debes haber experimentado cuando prendiste fuego a Thomas Earl Parkman, hija.  
-¿Por qué sigues con eso, papá? Fue hace años.  
-Porque te admiro por eso. ¿No puedes hacerlo de nuevo?  
-Por supuesto que no. En la escuela secundaria no hay muchachos, además. Papá, otra cosa. ¿Puedo comprar una cantimplora?  
-Todo lo que quieras. Oh, espera. ¿Qué le vas a poner?  
-Limonada.  
-Sé buenita y alcánzame otra hoja de papel. El ingeniero Cifuentes es hombre de muchas palabras.

#### Interludio en Londres

-¿Tuvo buen vuelo? -preguntó el jefe.  
-Un poquito de baile sobre las Azores -dijo Hawthorne. Esta vez no había tenido tiempo de cambiar su pálido traje gris tropical; la llamada le había llegado con urgencia en Kingston, y un automóvil le esperaba en el aeropuerto de Londres. Se sentó todo lo cerca que pudo del radiador de la calefacción, pero a veces no podía evitar un escalofrío.  
-¿Qué es esa exótica flor que lleva?  
Hawthorne la había olvidado por completo. Llevó la mano a la solapa.  
-Parece que alguna vez hubiera sido una orquídea -dijo el jefe con desaprobación.  
-Pan American nos la dio con la cena, anoche explicó Hawthorne. Se arrancó el flácido despojo malva y lo puso en el cenicero.  
-¿Con la cena? ¡Qué cosa más rara! -comentó el jefe-. No creo que mejorara mucho la comida. Personalmente, detesto las orquídeas. Cosas decadentes. ¿No había uno que usaba orquídeas verdes?  
-Yo me la puse en el ojal nada más que para desocupar la bandeja. Había tan poco lugar, con los pastelitos y el champaña, la ensalada de frutas, la sopa de tomate, el pollo a la Maryland y el helado...  
-Qué mezcla espantosa. Debiera viajar con la BOAC.  
-Usted no me dio tiempo, señor, para conseguir pasaje.  
-Bueno, el asunto es bastante urgente. Usted sabe que nuestro hombre en La Habana nos ha estado enviando un material bastante inquietante últimamente.  
-Es muy bueno.  
-No lo niego. Ojalá tuviéramos muchos como él. Lo que no comprendo es cómo los norteamericanos no tropezaron con nada de eso.  
-¿Les preguntó, señor?  
-Por supuesto que no. No confío en su discreción.

-Tal vez ellos no confíen en la nuestra.  
El jefe dijo:  
-Esos planos, ¿los examinó usted?  
-No entiendo mucho de eso, señor. Los remití directamente.  
-Bueno, déles una buena ojeada.  
El jefe extendió los planos sobre el escritorio. Hawthorne, de mala gana, se alejó del radiador y en seguida le sacudió un escalofrío.  
-¿Le pasa algo?  
-Ayer estaba a treinta y tres grados en Kingston.  
-A usted se le está licuando la sangre. Un poco de frío le vendrá bien. ¿Qué opina de los planos?  
Hawthorne los miró detenidamente. Le recordaban algo. Sintió que le asaltaba, aunque no sabía por qué, una vaga intranquilidad.  
-¿Recuerda los informes que los acompañaban? -dijo el jefe. La fuente es barra tres.  
¿Quién es?  
-Me parece que debe ser el ingeniero Cifuentes, señor.  
-Bueno, incluso él está perplejo. Con todos sus conocimientos técnicos. Estas máquinas van en transportes desde el cuartel militar de Bayamo al extremo de la jungla. A partir de allí, en mula. En dirección general a esas plataformas de cemento no explicadas.  
-¿Qué dice el ministerio de Aeronáutica, señor?  
-Están preocupados, muy preocupados. Intrigados también, por supuesto.  
-¿Y los de investigaciones atómicas?  
-Todavía no les hemos enseñado los planos. Usted sabe lo que son esos tipos. Van a criticar detalles, van a decir que todo es vago, que el tubo es desproporcionado o que apunta para el lado que no debe. No se puede pretender que un agente que dibuja de memoria consigne detalles perfectos. Quiero fotografías, Hawthorne.  
-Eso es mucho pedir, señor.  
-Tenemos que tenerlas. A cualquier riesgo. ¿Sabe lo que me dijo Savage? Le diré, me causó una pesadilla horrorosa. Dijo que uno de los planos le sugería una gigantesca aspiradora.  
-¡Una aspiradora! -Hawthorne se inclinó, volviendo a examinar los planos, y otra vez sintió frío. Causa escalofríos, ¿verdad?  
-Pero eso es imposible, señor -sintió como si abogara por su propia carrera-. No puede ser una aspiradora, señor. Una aspiradora no.  
-Diabólico, ¿verdad? -dijo el jefe-. La ingeniosidad, la simplicidad, la imaginación satánica del asunto -se quitó el negro monóculo y su ojo azul bebé captó la luz y la hizo bailar en la pared sobre el radiador-. Mire esto, seis veces el tamaño de un hombre. Como un pulverizador gigantesco. Y esto... ¿qué le sugiere esto?  
Hawthorne dijo, sintiéndose infeliz:  
-Una embocadura doble.  
-¿Qué es una embocadura doble?  
-A veces hay aspiradoras que las tienen.  
-Otra vez la aspiradora, Hawthorne, me parece que esto es algo tan grande que la bomba H se convertirá en arma convencional.  
-¿Es de desear eso, señor?  
-Por supuesto que es de desear. A nadie le asustan las armas convencionales.  
-¿Qué le parece a usted, señor?  
-No soy un científico -dijo el jefe-, pero mire este enorme tanque. Debe alcanzar la altura de las copas de los árboles. Una enorme boca abierta en la punta, y esta cañería... el agente sólo la indicó. Por lo que sabemos, tal vez se extienda kilómetros: de las montañas al mar,

tal vez. Usted sabe que dicen que los rusos están trabajando en una idea, algo que tiene que ver con el sol y la evaporación de los mares. No sé de qué se trata, pero sé que esto es grande. Dígale a nuestro hombre que necesitamos fotografías.

-No veo cómo hará para acercarse...

-Que alquile un avión y se pierda en esa zona. Por supuesto, él no, sino barra tres o barra dos. ¿Quién es barra dos?

-El profesor Sánchez, señor. Pero lo bajarían a tiros. Tienen aviones de las fuerzas aéreas patrullando toda esa región.

Tienen, ¿eh?

-Para vigilar a los rebeldes.

-Eso es lo que dicen. Sabe, tengo una corazonada, Hawthorne.

-¿Sí, señor?

-Los rebeldes no existen. Son pura imaginación. Eso da al gobierno todas las excusas que necesita para implantar la censura en esa zona.

-Ojalá tenga razón, señor.

-Sería mejor para todos nosotros -dijo el jefe, con entusiasmo- si yo estuviera equivocado. Me da miedo esto, Hawthorne, me da miedo -volvió a colocarse el monóculo y la luz abandonó la pared-. Hawthorne, la última vez que estuvo aquí, ¿habló con miss Jenkinson acerca de la secretaria para 59200 barra 5?

-Sí, señor. No tenía a nadie disponible, pero pensó que una chica, Beatriz, podría servir.

-¿Beatriz? Odio este asunto de los nombres. ¿Adiestrada?

-Sí.

-Ha llegado el momento de echar una mano a nuestro hombre en La Habana. Esto es demasiado grande para un agente no adiestrado y sin colaboradores. Mejor que enviemos también un radiooperador.

-¿No sería mejor que yo le fuera a ver primero? Podría ver cómo están las cosas y hablar con él.

-Riesgos de seguridad, Hawthorne. Ahora no podemos correr el riesgo de quemarlo. Con radio puede comunicarse directamente con Londres. No me gusta este enredo con el consulado, ni a ellos tampoco.

-¿Y qué hacemos con los informes, señor?

-Tendremos que organizar algún servicio de correo con Kingston. Uno de sus viajantes. Envíele instrucciones con la secretaria. ¿La vio?

-No, señor.

-Véala en seguida. Asegúrese de que es el tipo correcto. Capaz de hacerse cargo del aspecto técnico. Tendrá que ponerla au fait con su negocio. Esta vieja secretaria que tiene nuestro agente tendrá que retirarse. Hable con el A.O. sobre una pensión hasta que le llegue la hora de jubilarse.

-Sí, señor -dijo Hawthorne-. ¿Podría echar otra mirada a esos planos?

-Éste parece interesarle. ¿Qué piensa?

-Parece -dijo Hawthorne, angustiado- un acoplamiento de acción instantánea.

Al llegar a la puerta, el jefe le habló.

-Sabe, Hawthorne, gran parte de eso se lo debemos a usted. Una vez me dijeron que usted no sabía juzgar a la gente, pero yo confíé en mi propio juicio. Buen trabajo, Hawthorne. - Gracias, señor -tenía la mano en el picaporte.

-¿Hawthorne?

-¿Sí, señor?

-¿Encontró esa libretita de hule?

-No, señor.

-Tal vez Beatriz la encuentre.

## **TERCERA PARTE**



## Capítulo Primero

Fue una noche que Wormold no olvidaría jamás. Había elegido el cumpleaños de Milly, diecisiete años, para llevarla al Tropicana. Era un establecimiento más inocente que el Nacional, pese a la sala de ruleta, que atravesaban los visitantes antes de llegar al cabaret. El escenario y la pista de baile estaban al aire libre. Las coristas desfilaban a una altura de ocho metros entre las altas palmeras, mientras reflectores color rosa y malva barrían el suelo. Un hombre con ropa de etiqueta azul eléctrico cantaba en angloamericano algo sobre París. Luego arrastraron el piano entre el follaje, y las bailarinas descendieron como pájaros torpes de las ramas.

-Es como el bosque de Arden -dijo Milly, en éxtasis. La dueña no estaba presente: se había retirado después del primer sorbo de champaña.

-No creo que hubiera palmeras en el bosque de Arden. Ni bailarinas.

-Eres tan literal, papá...

-¿Te gusta Shakespeare? -preguntó el doctor Hasselbacher.

-Oh, Shakespeare no, hay demasiada poesía. Ya sabe cómo es: Entra un mensajero: "Milord, el duque se acerca por la derecha. Entonces vamos nosotros con corazón contento hacia la lucha."

-¿Eso es de Shakespeare?

-Es como Shakespeare.

-Qué tonterías dices, Milly.

-De todos modos, el bosque de Arden también es Shakespeare, me parece -comentó el doctor Hasselbacher.

-Sí, pero yo lo leí en los "Cuentos de Shakespeare", de Lamb. Corta todos los mensajeros y los subduques y la poesía.

-¿Te dan eso en la escuela?

-Oh, no, encontré un ejemplar en el cuarto de papá.

-¿Usted lee a Shakespeare de esa forma, mistar Wormold? -preguntó el doctor Hasselbacher, algo sorprendido.

-Oh, no, no. En realidad lo compré para Milly.

Entonces ¿por qué te enojaste tanto el otro día cuando me lo llevé?

-No me enojé. Simplemente no me gusta que hurgues... cosas que no te conciernen.

-Hablas como si yo fuera una espía -dijo Milly.

-Querida Milly, por favor, no discutas en tu cumpleaños. Estás desatendiendo al doctor Hasselbacher.

-¿Por qué está tan callado, doctor Hasselbacher? -preguntó Milly, sirviéndose su segunda copa de champaña.

-Algún día me tienes que prestar los "Cuentos" de Lamb, Milly. Yo también encuentro difícil a Shakespeare.

Un hombre muy pequeño con un uniforme muy apretado los saludó con la mano.

-¿No está preocupado, verdad, doctor Hasselbacher?

-¿Por qué estaría preocupado, excepto por ti, que cumples años? Nada más que por los años.

-¿Son muchos diecisiete?

-Para mí pasaron demasiado pronto.

El hombre del uniforme apretado se detuvo junto a la mesa con una reverencia. Tenía la cara picada y curtida como los pilares del muelle. Arrastraba una silla casi tan grande como él mismo.

-Es el capitán Segura, papá.

-¿Puedo sentarme? -se insertó entre Milly y el doctor Hasselbacher sin esperar la contestación de Wormold. Dijo:- Es un enorme placer conocer al padre de Milly -tenía ese tipo de insolencia fácil, rápida, ante la cual uno no tiene tiempo siquiera de reaccionar cuando nos da nueva causa de enojo-. Preséntame a tu amigo, Milly.

-Éste es el doctor Hasselbacher.

El capitán Segura pasó por alto al doctor Hasselbacher y llenó la copa de Milly. Llamó a un mozo.

Traiga otra botella.

-Ya nos íbamos, capitán Segura -dijo Wormold.

-Tonterías. Ustedes son invitados míos. Apenas es medianoche.

La manga de Wormold se enredó con un vaso. Cayó destrozándose, como la fiesta de cumpleaños.

-Mozo, otro vaso.

Segura comenzó a cantar en voz baja: "La rosa que arranco del jardín", inclinándose hacia Milly y dando la espalda al doctor Hasselbacher.

Milly dijo:

-Te portas muy mal.

-¿Mal? ¿Contigo?

-Con todos nosotros. Ésta es mi fiesta, cumplo diecisiete años y es la fiesta de mi padre, no la tuya.

-¿Cumple diecisiete años? Entonces, definitivamente son mis invitados. Invitaré a algunas bailarinas a la mesa.

-No queremos bailarinas -dijo Milly.

-¿He caído en desgracia?

-Sí.

-Ah -dijo con satisfacción-, porque hoy no te esperé a la salida de la escuela. Pero Milly, a veces tengo que anteponer el trabajo. Mozo, dígame al director que toque "Feliz cumpleaños".

-No hagas eso -pidió Milly-. ¿Cómo puedes ser tan... tan vulgar?

-¿Yo? ¿Vulgar? -el capitán Segura reía contento-. Es tan bromista -dijo a Wormold-. A mí también me gustan las bromas. Por eso nos llevamos tan bien.

-Me contó que usted tiene una petaca de piel humana.

-Cómo le gusta bromear con eso. Siempre le digo que su piel haría un hermoso...

El doctor Hasselbacher se incorporó de pronto. Dijo:

-Me voy a mirar la ruleta.

-¿No le gusto? -preguntó el capitán Segura-. ¿Tal vez es un viejo admirador, Milly? !Un admirador bastante viejo, ja, ja!

-Es un viejo amigo -dijo Wormold.

-Pero usted y yo, mistar Wormold, sabemos que no existe. eso de la amistad entre un hombre y una mujer.

-Milly todavía no es mujer.

-Usted habla como un padre, mistar Wormold. Ningún padre conoce a su hija.

Wormold miró la botella de champaña y la cabeza de Segura. Tenía una horrible tentación de juntarlas. En la mesa, a espaldas del capitán, una mujer joven, que no conocía, le hizo un grave ademán de asentimiento. Wormold tocó la botella de champaña y ella volvió a asentir. Pensó que tenía que ser tan inteligente como bonita, para haberle leído el pensamiento con tanta exactitud. Sintió envidia de sus acompañantes, dos pilotos de KLM y una azafata.

-Vamos a bailar, Milly, para mostrarme que me has perdonado.

-No quiero bailar.

-Juro que mañana estaré en la puerta del convento.

Wormold hizo un ligero ademán, como diciendo "no tengo coraje, ayúdeme". La mujer le miró con seriedad; a él le pareció que estaba estudiando la situación y que cualquier decisión que tomara sería definitiva y exigiría acción inmediata. Echó ella más soda en su whisky, con el sifón.

-Vamos, Milly, no arruines mi fiesta.

-No es tuya. Es de papá.

-Tus enfados duran tanto... Debes comprender que hay veces en que tengo que poner el trabajo incluso antes que mi querida y pequeña Milly.

La mujer que estaba a espaldas del capitán Segura alteró el ángulo del sifón.

-No -dijo instintivamente Wormold-, no -el pico del sifón estaba directamente dirigido al cuello del capitán Segura. El dedo de la desconocida estaba listo para la acción. Le dolía que alguien tan hermoso le mirara con tanto desdén. Dijo:- Sí, por favor. Sí -y ella apretó el sifón. El chorro de soda siseó contra el cuello del capitán Segura, corriéndole por el cuello. La voz del doctor Hasselbacher dijo Bravo entre las mesas. El capitán Segura exclamó: "Coño."

-Lo siento mucho -se disculpó la joven-. Era para mi whisky.

-!Su whisky;

-Dimpled Haig -dijo ella. Milly rompió a reír.

El capitán Segura hizo una tiesa inclinación de cuerpo. No se podía apreciar su peligrosidad por su tamaño, como sucede con una bebida fuerte.

El doctor Hasselbacher dijo:

-Si ha terminado su sifón, señora, permítame conseguirle otro -los holandeses de la mesa cuchichearon entre sí, incómodos.

-No creo que deba confiarme otro -dijo la muchacha.

El capitán Segura sacó una sonrisa a empujones. Parecía que salía del revés, como cuando se rompe el tubo de dentífrico.

-Por primera vez me han herido por la espalda. Me alegro de que fuera una mujer -se había recobrado admirablemente.; todavía le chorreaba agua del pelo, y el cuello había perdido la dureza-. En otra oportunidad le habría ofrecido el desquite, pero ya es tarde, me esperan en el cuartel. Espero volver a verla.

Vivo aquí.

-¿Vacaciones?

-No, trabajo.

-Si tiene alguna dificultad con el permiso -dijo en forma ambigua- venga a verme. Buenas noches, Milly. Buenas noches, mistar Wormold. Le diré al mozo que la invitación es mía. Pidan lo que gusten.

-Ha tenido una salida bastante airosa -dijo la muchacha.

-Fue un tiro bastante airoso.

-Pegarle con la botella de champaña habría sido un poco exagerado. ¿Quién es?

-Mucha gente le llama el "Cuervo Rojo".

-Tortura prisioneros -dijo Milly.

-Parece que he hecho un gran amigo.

-No estaría muy seguro -intervino el doctor Hasselbacher.

Juntaron las mesas. Los dos pilotos se inclinaron y dieron nombres impronunciables. El doctor Hasselbacher dijo horrorizado a los holandeses:

-Están tomando Coca-Cola.

-Son órdenes. Salimos a las tres y media para Montreal.

Wormold dijo:

-Si paga el capitán Segura, tomemos más champaña. Y Coca-Cola.  
-Yo creo que no puedo seguir tomando Coca-Cola, ¿y tú, Hans?  
-Yo podría tomar una Bols -dijo el piloto más joven.  
-No pueden tomar Bols hasta Amsterdam -dijo la azafata con firmeza.  
El piloto joven dijo en voz baja a Wormold:  
quiero casarme con ella.  
-¿Con quién?  
-Miss Pfunk -o pareció sonar así.  
-¿Y ella no quiere?  
-No.  
El holandés mayor dijo:  
-Yo tengo mujer y tres hijos. -Se abrió el bolsillo del pecho-. Aquí están las fotografías.  
Pasó a Wormold una en colores en que se veía a una muchacha con un apretado suéter amarillo y pantalones de baño ajustándose los patines. En el suéter ponía Mamba Club y debajo de la foto Wormold leyó: "Garantizamos que se divertirá enormemente. Cincuenta hermosas muchachas. No estará solo."  
La joven, que tenía el pelo castaño y, por lo que se podía juzgar con las confusas luces del Tropicana, ojos de avellana, dijo:  
-Bailemos.  
-No bailo bien.  
-No tiene importancia, ¿verdad?  
Wormold la arrastró unos pasos. La muchacha dijo:  
-Ya veo. Se supone que esto es una rumba. ¿Su hija?  
-Sí.  
-Es muy bonita.  
-¿Recién llegada?  
-Sí. La tripulación estaba de fiesta y me uní al grupo. No conozco a nadie aquí -la cabeza de la muchacha le daba en la barbilla, y podía olerle el pelo; le tocaba la boca al moverse. Se sintió vagamente desencantado de que usara anillo de compromiso. Ella dijo:- Me llamo Beatriz Severn.  
-Yo, Wormold.  
-Entonces soy su secretaria.  
-¿Qué quiere decir? Yo no tengo secretaria.  
-Oh, sí que tiene. ¿No le avisaron que venía?  
-No -era innecesario preguntar quién.  
-Pero si yo misma mandé el telegrama:  
-La semana pasada hubo uno que no tenía pies ni cabeza.  
-¿Cuál es su edición de los "Cuentos" de Lamb?  
-La de Everyman.  
-Maldición. Me dieron la edición equivocada. Supongo que el telegrama "fue" un desastre. De todos modos, me alegro de haberle encontrado.  
-Yo también me alegro. Un poquito desconcertado, claro. ¿Dónde se aloja?  
-Esta noche en el Inglaterra; pensé que después me convendría mudarme.  
-¿Adónde?  
-A su oficina, por supuesto. Duermo en cualquier parte. Me instalaré en algún escritorio.  
-No hay sitio, es una oficina pequeña.  
-Bueno, hay sitio para una secretaria.  
-Pero yo nunca he tenido secretaria, mistress Severn.  
-Llámeme Beatriz. Se supone que es mejor para la seguridad.  
-¿Seguridad?

-Ya es bastante problema que no haya sitio ni para la secretaria. Vamos a sentarnos.  
Un hombre de smoking negro convencional entre los árboles de la jungla, como un oficial de distrito inglés, cantaba:

"Gente sensata te rodea,  
viejas amistades.  
Dicen que la tierra es redonda...  
mi locura ofende.  
Dicen que la naranja tiene semillas  
y la manzana cáscara.  
Yo digo que la noche es día.  
Y no tengo hacha que afilar.  
Por favor no creas..."

Se sentaron a una mesa vacía al fondo de la sala de juego. Podían oír el hipo de las bolitas blancas. Beatriz adoptó de nuevo su aire grave, un poco cohibida, como una niña con su primer traje de baile. Dijo:

-Si yo hubiera sabido que era su secretaria jamás habría echado sifón a ese policía... sin que usted me lo dijera.

-No tiene que preocuparse.

-En realidad me mandaron aquí a hacerle las cosas más fáciles, no más difíciles.

-El capitán Segura no importa.

-Sabe, tengo un adiestramiento completo. Aprobé códigos y microfotografía. Puedo hacerme cargo de los contactos con sus agentes.

-Oh.

-Usted ha conseguido tanto que no quieren en modo alguno que se queme. No importa tanto si me quemo yo.

-No quisiera verla quemada. Tostada estaría muy bien.

-No comprendo.

-No importa.

-Por supuesto, si el telegrama estaba mutilado, usted no sabe nada sobre el radiooperador.

-No sé.

-También está en el Inglaterra. Mareakl a mi hija. ¿Reza novenas?

-¿Qué son?

-¿No lo sabe? Gracias a Dios.

El hombre del traje de etiqueta terminaba su canción.

"Yo digo que el invierno es mayo  
y no tengo hacha que afilar".

Las luces cambiaron de azul a rosa y las bailarinas volvieron a posarse en las palmeras. Los dados chocaban en las mesas de juego y Milly y el doctor Hasselbacher se dirigían felices hacia la pista de baile. Era como si su fiesta de cumpleaños se hubiera vuelto a construir con las piezas rotas.

## Capítulo II

1

A la mañana siguiente Wormold se levantó temprano. Tenía un poco de dolor de cabeza por el champaña y la irrealidad de la noche en el Tropicana se extendía al día de trabajo. Beatriz le había dicho que estaban contentos con él, y ella hablaba por boca de Hawthorne y de "esa gente". Experimentó una sensación de desencanto ante la idea de que ella, como Hawthorne, pertenecía al mundo irreal de sus agentes. Sus agentes...

Se sentó frente al índice de fichas. Tenía que hacerlas tan plausibles como fuera posible antes de que ella viniera. Algunos de los agentes le parecían ahora lindar con lo improbable. El profesor Sánchez y el ingeniero Cifuentes estaban muy comprometidos, no podía librarse de ellos; ya habían cobrado casi doscientos pesos para gastos. El piloto borrachín de la línea aérea Cubana había recibido una suculenta bonificación de quinientos pesos por el dato de las construcciones en las montañas, pero tal vez pudieran despedirlo por razones de seguridad. Después estaba el jefe de máquinas del "Juan Belmonte", a quien había visto bebiendo en Cienfuegos: era bastante verosímil y no cobraba más que setenta y cinco pesos mensuales. Pero había otros personajes que temía no resistieran una inspección a fondo: Rodríguez, por ejemplo, a quien describía la ficha como rey de los night-clubs, y Teresa, una bailarina del Shanghai Theatre a quien había anotado como amante simultánea del ministro de Defensa y del director de Correos y Telégrafos (no era sorprendente que Londres no hubiera conseguido informarse sobre Rodríguez ni sobre Teresa). Estaba dispuesto a librarse de Rodríguez, pues cualquiera que llegara a conocer La Habana a fondo desde luego dudaría, tarde o temprano, de su existencia. Pero no podía sobreponerse a la pena de perder a Teresa. Era su única espía mujer, su Mata Hari. Era improbable que su nueva secretaria visitara el Shanghai, donde cada noche se exhibían tres películas pornográficas entre danzas al desnudo.

Milly se sentó a su lado.

-¿Qué son todas estas tarjetas? -preguntó..

-Clientes.

-¿Quién era la chica de anoche?

-Va a ser mi secretaria.

-!Qué grande te estás volviendo;

-¿Te gusta?

-No sé. No me diste oportunidad de charlar con ella. Estabas muy ocupado bailando y ligando.

-No estaba ligando.

-¿Se quiere casar contigo?

-Santo cielo, no.

-¿Quieres casarte con ella?

-Milly, por favor, sé sensata. La conocí anoche.

-Marie, una chica francesa del convento, dice que todo amor verdadero es un "coup de foudre".

-¿Ésas son las cosas de que habláis en el convento?

-Naturalmente. Es el futuro, ¿verdad? No tenemos pasado de que hablar, aunque sor Inés sí lo tiene.

-¿Quién es sor Inés?

-Ya te conté. Es la bonita y adorable. Marie dice que cuando era joven tuvo un coup de foudre desdichado.

-¿Ella se lo dijo a Marie?

-No, por supuesto que no. Pero Marie lo sabe. Ya tuvo dos "coups de foudre" desdichados. Ocurrieron en un instante, como llovidos del cielo.

-Yo ya tengo edad para estar a salvo.

-Oh; no. Había un viejo, tenía como cincuenta años, que tuvo un "coup de foudre" con la madre de Marie. Era casado, sabes, como tú.

-Bueno, mi secretaria es casada también, así que todo va bien.

-¿Es casada de verdad, o es una viuda encantadora?

-No sé. No se lo pregunté. ¿Te parece encantadora?

-Diría que encantadora. A su modo.

López gritó desde abajo:

-Aquí está una señorita. Dice que usted la espera.

Dígale que suba.

-Yo me quedo -le previno Milly.

-Beatriz, ésta es Milly.

Sus ojos, notó, eran del mismo color que la noche anterior, lo mismo que su pelo; después de todo, no habían sido efecto del champaña y las palmeras: "Parece real."

-Buenos días, espero que haya dormido bien -dijo Milly, con la voz de la dueña.

-Tuve sueños espantosos -miró a Wormold, al fichero y a Milly-: Pasé un momento hermoso, anoche.

Estuvo maravillosa con el sifón -dijo Milly, generosamente-, miss...

-Mistress Severn. Pero, por favor, llámeme Beatriz.

-¿Oh, está casada? -preguntó Milly con curiosidad fingida.

-Lo "estaba".

-¿Murió?

-No, que yo sepa. Diría que se esfumó.

-Oh.

-Sucede con los de ese tipo.

-¿De qué tipo era?

-Milly, es hora de que te vayas. No tienes por qué interrogar a mistress Severn..., a Beatriz...

-A mi edad -dijo Milly-, una tiene que aprender con la experiencia de otros.

-Tienes razón. Creo que podría decir que era del tipo intelectual y sensitivo. Yo le creía hermoso, tenía la cara de los pichoncitos que se asoman por el borde del nido en las películas sobre la naturaleza, y una especie de vellón alrededor de la nuez, una nuez bastante prominente. La lástima es que al llegar a los cuarenta años seguía pareciendo un pichón. Las chicas lo adoraban. Iba a conferencias de la UNESCO en Venecia, Viena, y lugares de esa clase. ¿Tiene caja fuerte, mistar Wormold?

-No.

-¿Qué sucedió? -preguntó Milly.

-Llegué a ver lo que había detrás de él. Quiero decir en forma literal, no en un sentido desagradable. Era muy delgado y cóncavo, y se puso como transparente. Cuando le miraba veía a todos los delegados sentados entre sus costillas y al orador principal que se ponía de pie y decía: "La libertad tiene importancia para los escritores creadores." Era algo muy raro a la hora del desayuno.

-¿Y no sabe usted si está vivo?

-Estaba vivo el año pasado, porque vi en los diarios que había leído un discurso sobre "El intelectual y la bomba de hidrógeno" en Taormina. Usted debiera tener una caja fuerte, mistar Wormold.

-¿Por qué?

-No se pueden dejar las cosas tiradas por ahí. Además, es lo que uno espera de un rey de los negocios, a la antigua, como usted.

-¿Quién dice que soy un rey de los negocios, a la antigua?

-Esa es la impresión que tienen en Londres. Iré a buscar una caja fuerte en seguida.

-Me voy -dijo Milly-. Usarás la cabeza, ¿verdad, papá? Ya sabes a qué me refiero.

2

Resultó un día agotador. Primero salió Beatriz y consiguió una enorme caja fuerte, para cuyo transporte necesitó un camión y seis hombres. Rompieron la baranda y un cuadro cuando la arrastraban escaleras arriba. Afuera se congregó una multitud, incluidos varios novilleros de la escuela de al lado, dos hermosas negras y un policía. Cuando Wormold se quejó de que el asunto les ponía en evidencia, Beatriz replicó que el modo de ponerse realmente en evidencia era tratar de escapar a la atención de los demás.

-Por ejemplo, el sifón -dijo-. Todos me recordarán como la mujer que echó soda al policía. Nadie más volverá a preguntar quién soy yo. Ya tienen la respuesta.

Mientras todavía luchaban con la caja fuerte, llegó un taxi del que salió un joven y descargó la maleta más enorme que hubiera visto Wormold.

-Éste es Rudy -dijo Beatriz.

-¿Quién es Rudy?

-El ayudante del cajero. Ya le dije anoche.

-Gracias a Dios parece que olvidé algo de lo que pasó anoche.

-Pasa, Rudy, y descansa.

-De nada vale decirle que pase -dijo Wormold-. ¿Pasar adónde? No hay sitio para él.

Puede dormir en la oficina.

-No hay sitio para una cama, esa caja fuerte y mi escritorio.

-Le conseguiré un escritorio más pequeño. ¿Cómo estás del mareo, Rudy? Éste es mistar Wormold, el patrón.

Rudy era muy joven y muy rubio y tenía los dedos teñidos de amarillo, de nicotina o ácido. Dijo:

-Anoche vomité dos veces, Beatriz. Rompieron un tubo Röntgen.

-Eso no importa. Por ahora nos ocuparemos de los preliminares. Vete a comprar un catre de campaña.

-Muy bien -dijo Rudy, y desapareció.

Una de las negras se acercó a Beatriz y le habló:

-Yo soy inglesa.

-Yo también -dijo Beatriz-; encantada de conocerla.

-¿Usted es la chica que echó agua al capitán Segula?

-Bueno, más o menos. En realidad, fue un chorro de soda.

La negra se volvió, explicando en castellano a la multitud. Varias personas aplaudieron. El policía se alejó, avergonzado. La negra dijo:

-Usted muy encantadola, miss.

-Usted sí que es encantadora -dijo Beatriz-. Ayúdeme con este cajón -lucharon con el equipaje de Rudy, empujando y tirando.



-Perdón -dijo un hombre abriéndose camino a codazos entre la multitud-. Permiso, por favor.

-¿Qué quiere? -preguntó Beatriz-. ¿No ve que estamos ocupados? ¿Por qué no pide hora?

-Lo único que quiero es una aspiradora.

-Oh, una aspiradora. Supongo que lo mejor será que entre. ¿Puede saltar por encima de la maleta?

Wormold gritó a López:

-Atiéndale. Por favor, intente venderle una pila atómica. Todavía no hemos vendido ninguna.

-¿Va a vivir aquí? -preguntó la negra.

-Voy a trabajar aquí. Muchas gracias por su ayuda.

-Nosotros los ingleses tenemos que ayudarnos -dijo la negra.

Los hombres que habían instalado la caja bajaron escupiendo las manos y secándose las en los pantalones para demostrar lo difícil que había sido la operación. Wormold les dio una propina. Subió y miró con tristeza su oficina. El problema era que en realidad había lugar para un catre de campaña, lo que impedía las excusas y le quitaba toda posibilidad de discusión. Dijo:

-No hay sitio para la ropa de Rudy.

-Rudy está acostumbrado a arreglárselas de cualquier manera. Y además, está su escritorio. Puede poner en la caja fuerte el contenido de las cajones, y Rudy puede guardar sus cosas aquí.

-Nunca he usado una cerradura de combinación.

-Muy sencillo. Se eligen tres juegos de números fáciles de recordar. ¿Qué número tiene esta calle?

-No tiene número.

-Bueno, su número de teléfono; no, eso no es seguro. Es lo primero que probarían los ladrones. ¿Cuándo nació?

-1914.

-¿Y el día?

-6 de diciembre.

-Bueno, entonces pongamos 19-6-14.

-No me voy a acordar.

-Oh, sí que se acordará. No se puede olvidar de su propio cumpleaños. Ahora mire cómo lo hago yo. Se hace girar la rueda cuatro veces en el sentido inverso a las agujas del reloj, luego adelante a 19, en el sentido de las agujas del reloj tres veces, luego a 6, en sentido inverso a las agujas del reloj dos veces, adelante a 14, una vuelta completa y está cerrada. Ahora se abre del mismo modo: 19-6-14 y ya está.

En la caja fuerte había una rata muerta. Beatriz dijo:

-Usada. Tenía que haber conseguido una rebaja.

Comenzó a abrir la maleta de Rudy, sacando elementos de un equipo de radio, baterías, cámaras, tubos misteriosos envueltos en calcetines de Rudy. Wormold dijo:

-¿Cómo diablos hicieron para pasar todo eso por la aduana?

-Nosotros no lo pasamos. 59200 barra 4 nos lo trajo desde Kingston.

-¿Quién es?

-Un contrabandista nativo. Contrabandea cocaína, opio y marihuana. Por supuesto, tiene toda la aduana sobornada. Esta vez supusieron que traía lo de costumbre.

-Haría falta un montón de drogas para llenar esta valija.

-Sí. Tuvimos que pagar bastante.

Acomodó todo rápida y ordenadamente tras vaciar sus cajones en la caja fuerte. Dijo:

-Las camisas de Rudy se van a arrugar un poco, pero no importa.

-A mí no.  
-¿Qué es esto? -preguntó ella, examinando las fichas que él había preparado.  
-Mis agentes.  
-¿Me va a decir que las deja tiradas sobre el escritorio?  
-Oh, de noche las guardo con llave.  
-Usted no tiene mucha idea de la seguridad, ¿verdad? -miró una tarjeta-. ¿Quién es Teresa?  
-Baila desnuda.  
-¿Completamente desnuda?  
-Sí.  
Qué interesante para usted. Londres quiere que yo me ponga en contacto con sus agentes. Me presentará a Teresa algún día, cuando tenga sus ropas puestas. Wormold dijo:  
-No creo que trabaje para una mujer. Usted sabe cómo son estas chicas.  
-Yo no. Usted sabe. Ah, el ingeniero Cifuentes. Londres está encantado con él. No puede decirme que a él le importaría trabajar para una mujer.  
-No habla inglés.  
-Tal vez yo pueda aprender castellano. No estaría mal, serviría para disimular, eso de tomar clases de castellano. ¿Es tan interesante como Teresa?  
-Tiene una mujer muy celosa.  
-Oh, me parece que me llevaría bien con ella.  
-Por supuesto, es absurdo, dado su edad.  
-¿Qué edad?  
-Sesenta y cinco. Y además ninguna otra mujer le miraría a causa de su barriga. Pero si usted quiere, le puedo preguntar sobre las lecciones de castellano.  
-No hay prisa. Vamos a dejarlo, por el momento. Podría empezar con éste. Profesor Sánchez. Me acostumbré a los intelectuales con mi marido.  
-Tampoco habla inglés.  
-Confío en que hable francés. Mi madre era francesa. Soy bilingüe.  
-No sé si habla francés. Ya lo averiguaré.  
-Sabe, no debiera tener todos estos nombres escritos así, "en clair", en las fichas. Suponga que el capitán Segura lo investiga. Odio pensar en la barriga del ingeniero Cifuentes sirviendo de petaca. Lo que debe hacer es poner algunos detalles debajo del símbolo para recordarlos: 59200 barra 5 barra 3, mujer celosa y barriga. Yo lo haré por usted y quemaré las fichas viejas. Maldición. ¿Dónde están esas hojas de celuloide?  
-¿Hojas de celuloide?  
-Para ayudar a quemar papeles con rapidez. Oh, espero que Rudy las haya puesto con las camisas.  
-Qué montón de chucherías llevan ustedes.  
-Ahora tenemos que preparar el cuarto oscuro.  
-No tengo cuarto oscuro.  
-Nadie lo tiene en la actualidad. Ya vine preparada. Cortinas negras y lámpara roja. Y un microscopio, por supuesto.  
-¿Para qué queremos un microscopio?  
Microfotografía. Sabe, si viene algo realmente urgente que no se puede mandar por telegrama, Londres quiere que nos comuniquemos directamente para ahorrar todo el tiempo que se pierde vía Kingston. Podemos enviar una microfotografía en una carta común. Se pega como si fuera un punto y aparte y allá ponen la carta a remojo en el agua hasta que se despegue. Supongo que a veces escribiré a Londres. Cartas comerciales...  
-Ésas van a Nueva York.  
-¿Amigos y parientes?

-Perdí contacto con ellos, son ya diez años. Excepto con mi hermana. Y por supuesto, envío tarjetas para Navidad.

-Quizá no podamos esperar hasta Navidad.

-A veces mando sellos a mi sobrinito.

-Eso es perfecto. Podemos mandar la microfotografía en el reverso de un sello.

Rudy subió pesadamente las escaleras arrastrando su catre de campaña y volvió a romperse el cuadro. Beatriz y Wormold se retiraron a la otra habitación, para hacerle sitio, sentándose sobre la cama de Wormold. Se escuchó un gran ruido de cosas que chocaban y sonaban, y algo que se rompía.

-Rudy no tiene mucha habilidad manual -dijo Beatriz. Su mirada se echó a volar. Dijo:- No veo ni una sola fotografía. ¿No tiene vida privada?

-Creo que no. Excepto Milly. Y el doctor Hasselbacher.

-A Londres no le gusta el doctor Hasselbacher.

-Que se vaya al diablo Londres -dijo Wormold. De pronto, quiso describirle la ruina del piso del doctor Hasselbacher y la destrucción de sus fútiles experimentos-. Es la gente como esos tipos suyos de Londres..., lo lamento. Usted es uno de ellos.

-Usted también.

-Sí, por supuesto. Yo también.

Rudy llamó desde la otra habitación.

-Ya lo arreglé.

-Me gustaría que usted no fuera uno de ellos -dijo Wormold.

-Es un modo de ganarse la vida -le contestó Beatriz.

-No es una vida verdadera. Todo esto de espiar. ¿Espiar qué? Agentes secretos que descubren lo que ya conocen todos...

-O que lo inventan, simplemente -dijo ella. Wormold se quedó petrificado, y la mujer prosiguió, sin cambiar de tono de voz:- Hay otros muchos trabajos que no son verdaderos. Diseñar una nueva jabonera de plástico, escribir chistes sucios para las casas públicas, crear frases publicitarias, ser miembro del parlamento, hablar en conferencias de la UNESCO. Pero el dinero es verdadero. Lo que pasa después de trabajar es verdadero. Quiero decir, su hija es verdadera y su cumpleaños es verdadero.

-¿Qué hace usted después de trabajar?

-No mucho ahora, pero cuando estaba enamorada... íbamos al cine y tomábamos café en bares donde servían café exprés y nos sentábamos en los atardeceres de verano en el parque.

-¿Qué pasó?

-Hacen falta dos para que algo siga siendo verdadero. Y él estaba permanentemente representando un papel. Se creía el gran amante. A veces llegué a desear que se quedara impotente por algún tiempo, como para que perdiera la confianza en sí mismo. No se puede amar y tener la confianza que él tenía. Si uno ama, teme perder lo que ama, ¿verdad? Vamos a sacar microfotografías y a cifrar telegramas -miró por la puerta-. Rudy está acostado de nuevo. Supongo que vuelve a sentirse mareado. ¿Puede durar tanto el efecto del vuelo? ¿No tiene alguna habitación donde no haya camas? Las camas siempre hacen hablar -abrió una puerta-. Hay una mesa servida para el almuerzo. Carne fría y ensalada. Dos cubiertos. ¿Quién hace todo esto? ¿Un hada?

-Viene una mujer dos horas todas las mañanas. -¿Y el otro cuarto?

-Es el de Milly. Y también tiene una cama.

### Capítulo III

1

La situación, de cualquier modo que la mirara, era incómoda. Wormold ya tenía la costumbre de cobrar gastos ocasionales para el ingeniero Cifuentes y el profesor, y sueldos mensuales para sí mismo, el jefe de máquinas del "Juan Belmonte" y Teresa, la bailarina desnuda. Al piloto borracho se le pagaba casi siempre en whisky. El dinero que Wormold acumulaba lo ponía en su cuenta de ahorros: un día sería la dote para Milly. Naturalmente, para justificar estos pagos tenía que componer una serie de informes. Con la ayuda de un gran mapa, la edición semanal de "Time", que dedicaba un generoso espacio a Cuba en su sección "Hemisferio Occidental", varias publicaciones económicas editadas por el gobierno y sobre todo con la colaboración de su imaginación, había despachado por lo menos un informe por semana, y antes de la llegada de Beatriz destinaba los sábados a la tarde a hacer los deberes. El profesor era la autoridad económica y el ingeniero Cifuentes se las entendía con las misteriosas construcciones de las montañas de Oriente (a veces el piloto de la Cubana confirmaba y otras contradecía sus informes, contradicción que tenía un sabor de autenticidad). El jefe de máquinas informaba sobre el movimiento gremial en Santiago, Matanzas y Cienfuegos y el creciente descontento en la marina. En cuanto a la bailarina desnuda, proporcionaba sabrosos detalles sobre la vida privada y las excentricidades sexuales del ministro de Defensa y el director de Correos y Telégrafos. Sus informes se parecían mucho a los artículos sobre artistas de cine de "Confidential", pues la imaginación de Wormold, en este sentido, no era muy poderosa.

Ahora, con Beatriz aquí, Wormold tenía muchos más motivos de preocupación que sus ejercicios de los sábados por la tarde. No sólo estaba la instrucción básica en microfotografía que Beatriz insistía en darle, sino también los telegramas que tenía que urdir para que Rudy estuviera contento, y cuantos más telegramas enviaba Wormold, tantos más recibía. Ahora Londres le molestaba todas las mañanas pidiendo fotografías de las instalaciones en Oriente, y cada semana Beatriz se impacientaba más por entrar en contacto con sus agentes. Era algo contrario a todas las reglas, decía ella, que el jefe del destacamento entrevistara a sus propios informantes. Una vez la llevó a comer al Country Club, y quiso su mala suerte que llamaran al ingeniero Cifuentes por los altavoces. Un hombre sumamente alto, delgado y bizco, se levantó de una mesa cercana.

-¿Ése es Cifuentes? -preguntó en seguida Beatriz.

-Sí.

-Pero usted me dijo que tenía sesenta y cinco años.

-No representa la edad que tiene.

-Y dijo que tenía barriga.

-No dije barriga, dije berriga. Es el término local para decir bizco -se había salvado por muy poco.

A continuación empezó a interesarse por una figura más romántica de la imaginación de Wormold: el piloto de la Cubana. Trabajó con entusiasmo para hacer que su ficha fuese la más completa, y quería los detalles más personales. Raúl Domínguez, por cierto, tenía "pathos". Había perdido a su esposa durante una matanza en la guerra civil española y se sentía desilusionado con ambos bandos, con sus amigos comunistas en particular. Cuanto más le preguntaba Beatriz a Wormold sobre Raúl, tanto más complejo se volvía y ella

sentía mayores deseos de conocerle. A veces Wormold sentía celos de Raúl y trataba de ennegrecer el cuadro.

-Se bebe una botella de whisky al día -dijo.

-Así se escapa de la soledad y los recuerdos -repuso Beatriz-. ¿Nunca quiso escapar "usted"?

-Supongo que a todos nos pasa a veces.

-Yo conozco esa soledad -dijo Beatriz con compasión-. ¿Bebe todo el día?

-No. Lo peor viene a las dos de la mañana. Cuando se despierta a esa hora, los pensamientos no le dejan dormir, y entonces bebe.

Wormold se quedaba atónito ante la rapidez con que podía responder a cualquier pregunta sobre sus personajes; parecía que vivían en el umbral de su conciencia; lo único que tenía que hacer era encender una luz, y allí estaban, congelados en alguna actitud característica. Al poco tiempo de llegar Beatriz llegó el cumpleaños de Raúl, y la muchacha sugirió que le regalaran un cajón de champaña.

-Ni lo tocará -dijo Wormold, sin saber por qué-. Sufre de acidez. Si toma champaña le salen manchas. Sin embargo, el profesor no bebe otra cosa.

-Gusto caro.

-Gusto depravado -replicó Wormold, sin pensarlo siquiera-. Prefiere el champaña español -a veces le asustaba la forma en que esa gente crecía en la oscuridad, sin que él lo supiera. ¿Qué estaría haciendo Teresa allá abajo, escondida? No quería ni pensarlo. Las desvergonzadas descripciones de lo que era su vida con esos dos amantes a veces conseguían molestarle. Pero el problema inmediato era Raúl. Había momentos en que Wormold creía que todo hubiera sido más fácil si hubiese reclutado verdaderos agentes.

Donde Wormold pensaba mejor era en el baño. Una mañana, cuando trataba de concentrarse con toda su capacidad, le pareció oír ruidos indignados, un puño que golpeaba la puerta repetidas veces, alguien que bajaba las escaleras a saltos; pero había llegado un momento creador y no le importaba nada del mundo que empezaba más allá del vapor. A Raúl le había despedido la línea aérea Cubana por ebriedad. Estaba desesperado; sin empleo; hubo una desagradable entrevista entre él y el capitán Segura, que amenazaba con...

-¿Se siente bien? -preguntó Beatriz desde fuera-. ¿Está muriéndose? ¿Quiere que tire abajo la puerta?

Se envolvió una toalla a la cintura y salió a su dormitorio, que era ahora su oficina.

Milly se fue furiosa -dijo Beatriz-. Perdió su baño.

-Éste es uno de esos momentos -dijo Wormold- que pueden cambiar el curso de la historia. ¿Dónde está Rudy?

-Usted sabe que le dio el fin de semana libre.

-No importa. Tendremos que mandar el telegrama por el consulado. Busque el libro del código.

-Está en la caja fuerte. ¿Qué combinación es? Su cumpleaños, ¿verdad? ¿Seis de diciembre?

-Cambié.

-¿La fecha de su nacimiento?

-No, no, la combinación, por supuesto -agregó sentenciosamente-. Cuantos menos sean los que conocen la combinación, tanto mejor será para todos. Rudy y yo somos suficientes. Es la disciplina, usted sabe, lo que importa -pasó al cuarto de Rudy y empezó a girar la rueda, cuatro veces a la izquierda, luego tres veces a la derecha, serenamente. Se le caía constantemente la toalla-. Además, cualquiera puede averiguar mi fecha de nacimiento por la cédula de identidad. Demasiado peligroso. Ese número es el primero que buscarían.

-Siga -dijo Beatriz-. Otra vuelta.

-Este número nadie podrá descubrirlo. Absolutamente seguro.  
-¿Qué espera?  
-Debo haber cometido un error. Tendré que empezar de nuevo.  
-Esta combinación sí que parece segura.  
-Por favor, no me mire. Me pone nervioso. -Beatriz se puso de cara a la pared.  
Dijo:  
-Avísame cuando pueda darme vuelta.  
-Esto es muy raro. La condenada cosa debe haberse roto. Llame por teléfono a Rudy.  
-No puedo. No sé adónde. Fue a la playa de Varadero.  
-¡Maldición!  
-Tal vez si me dice cómo recordó ese número, si a eso llama usted recordar...  
-Era el teléfono de mi tía abuela.  
-¿Dónde vive?  
-95 Woodstock Road, Oxford.  
-¿Por qué su tía abuela?  
-¿Por qué no mi tía abuela?  
-Supongo que podemos pedir la información a larga distancia.  
-No creo que sirva de mucho.  
-¿Cómo se llama su tía?  
-También me olvidé.  
-Es una combinación realmente segura, ¿verdad?  
Siempre le llamamos tía abuela Kate. Además, hace quince años que murió, y el número debe haber cambiado.  
-No me explico por qué eligió ese número.  
-¿No tiene usted algunos números que se le grabaron para siempre en la cabeza, sin saber por qué?  
-Éste parece que no se grabó bien.  
-En seguida lo recordaré. Es algo como 7, 7, 5, 3, 9.  
Ay, Dios. Oxford tenía que tener cinco números.  
-Podríamos probar todas las combinaciones de 77539.  
-¿Sabe cuántas son? Algo así como seiscientas, creo. Espero que el telegrama no sea urgente.  
-Estoy seguro de todos menos del 7.  
-Qué bien. ¿Cuál de los siete? Supongo que ahora tendremos que probar alrededor de seis mil combinaciones; no sé, no soy matemática.  
-Rudy debe de haberlo escrito en alguna parte.  
-Probablemente en papel impermeable para poder llevarlo consigo cuando se baña. Somos una oficina organizada.  
-Tal vez -dijo Wormold- pudiéramos usar el viejo código.  
-No es muy seguro. Pero... -encontraron el Charles Lamb junto a la cama de Milly; una esquina doblada indicaba que estaba leyendo "Los dos hidalgos de Verona".  
Wormold dijo:  
-. Tome este telegrama. Tantos de marzo de tantos.  
-¿No sabe la fecha siquiera?  
-Siguiente de 59200 barra 5 parágrafo A. comienza 59200 barra 5 barra 4 despedido por ebriedad en el trabajo teme deportación a España donde su vida peligra stop.  
-¡Pobre Raúl!  
-Parágrafo B. comienza 59200 barra 5 barra 4.  
-¿No puede decir "él"?

-Muy bien. Él. Él podría estar dispuesto dadas circunstancias y por bono razonable con refugio asegurado en Jamaica a volar avión privado sobre construcciones secretas para obtener fotografías stop parágrafo C. comienza tendría que despegar en Santiago y aterrizar en Kingston si 59200 puede hacer arreglos para recepción stop.

-Por fin estamos haciendo algo, ¿verdad? -dijo Beatriz.

-Parágrafo D. comienza autorización ustedes quinientos dólares para alquilar avión 59200 barra 5 barra 4 stop, además pueden hacer falta doscientos dólares más para sobornar personal aeropuerto Habana stop parágrafo E. comienza bono para 59200 barra 5 barra 4 debe ser generoso dado considerable riesgo intercédtenlo aviones patrullan montañas Oriente stop sugiero mil dólares.

-Qué montón de dinero encantador -dijo Beatriz.

-Termina mensaje. Vaya. ¿Qué espera?

-Estoy tratando de encontrar una frase adecuada. No me gustan mucho los "Cuentos" de Lamb, ¿y a usted?

-Mil setecientos dólares -dijo Wormold pensativo.

-Debiera haber puesto dos mil. Al A.O. le gustan las cantidades redondas.

-No quiero parecer dispendioso -dijo Wormold. Mil setecientos dólares cubrirían seguramente un año en un internado de señoritas de Suiza.

-Parece estar contento con usted mismo -dijo Beatriz-. ¿No se le ha ocurrido pensar que puede estar enviando un hombre a la muerte?

Wormold pensó: "Eso es exactamente lo que pienso hacer." Dijo:

-Dígales a los del consulado que este telegrama debe recibir la mayor prioridad.

-Es un telegrama largo. ¿Le parece que esta frase sirve? "Y él presentó a Polidoroe y Cadwal al rey, diciéndole que eran sus dos hijos desaparecidos, Guiderio y Arvirago." Hay veces, ¿verdad?, que Shakespeare resulta un poquito aburrido.

## 2

A la semana siguiente llevó a Beatriz a comer pescado a un restaurante cerca del puerto. Habían recibido la autorización, aunque reducida en doscientos dólares, de modo que el A.O. se quedó con su cifra redonda, después de todo. Wormold pensó en Raúl, que estaría llegando al aeropuerto para embarcarse en su azaroso vuelo. Todavía no estaba completo el argumento. Como en la vida real, los accidentes podían ocurrir: otro personaje podía asumir el control. Tal vez Raúl sería interceptado antes de despegar, tal vez le detuviera un coche policial en el camino. Podía desaparecer en las cámaras de tortura del capitán Segura. Ninguna referencia aparecería en los diarios. Wormold avisaría a Londres que dejaría de transmitir en caso de que Raúl hablara. El aparato retransmisor sería desmantelado y escondido después de despachar el último mensaje, las hojas de celuloide estarían dispuestas para la quema final... O tal vez Raúl partiera y nunca se sabría exactamente lo que le ocurrió sobre las montañas de Oriente. Solamente un punto en el argumento era seguro: no llegaría a Jamaica y no habría fotos.

-¿En qué piensa? -le preguntó Beatriz. No había tocado la langosta rellena.

-Pensaba en Raúl -el viento venía del Atlántico. El Castillo del Morro parecía un transatlántico que navegara hacia la tormenta en el otro extremo del muelle.

-¿Nervioso?

-Por supuesto. -Si Raúl hubiera despegado a medianoche, tendría que reabastecerse poco antes del amanecer en Santiago, donde el personal de tierra es amigo, ya que en la provincia de Oriente todos son rebeldes en el fondo. Y entonces, cuando hubiera

justamente luz para sacar fotografías y todavía fuera demasiado temprano para que salieran los aviones patrulleros, empezaría su reconocimiento sobre las montañas y la selva.

-¿Estuvo bebiendo?

-Me prometió que no. Pero no se sabe.

-Pobre Raúl.

-Pobre Raúl.

-Nunca tuvo alegrías, ¿verdad? Usted tenía que haberle presentado a Teresa.

La miró sorprendido, pero Beatriz parecía muy ocupada con su langosta.

-Eso no hubiera sido muy prudente, ¿verdad?

Después de comer caminaron por la avenida de Maceo, de vuelta a casa. Había poca gente en la húmeda noche ventosa y el tránsito era escaso. Las olas venían del Atlántico y se aplastaban contra el malecón. La espuma cubría la calle, sobre los cuatro carriles de tránsito, y caía como lluvia al pie de los pilares picados que Wormold y Beatriz iban dejando atrás. Las nubes corrían desde el este, y él sintió que formaba parte de la lenta erosión de La Habana. Quince años era mucho tiempo. Dijo:

-Una de esas luces, allá arriba, debe de ser él. Qué solo debe sentirse.

-Usted habla como un novelista.

Se detuvo junto a un pilar y la miró con ansiedad y recelo.

-¿Qué quiere decir?

-Oh, nada en particular. A veces creo que para usted sus agentes son números, personajes.

Ése de allá arriba es un hombre de carne y hueso, ¿verdad?

-No es nada agradable eso que acaba de decirme.

-Oh, olvídalo. Hábleme de algo que le interese de veras. Su mujer. Hábleme de ella.

-Era guapa.

-¿La echa en falta?

-Por supuesto. Cuando la recuerdo.

-Yo no echo en falta a Peter.

-¿Peter?

-Mi marido. El de la UNESCO.

-Entonces es afortunada. Es libre -miró el reloj y luego al cielo-. Ya debe estar sobre Matanzas. A menos que haya tenido retraso.

-¿Lo mandó por ahí?

-Oh, él decide su propia ruta, por supuesto.

-¿Y su propio fin?

Algo en su voz -cierta animosidad- volvió a sorprenderle. ¿Era posible que hubiera empezado a sospechar de él? Siguió caminando rápidamente. Pasaron al Carmen Bar y el Cha Cha Club: brillantes anuncios pintados sobre las viejas persianas de la fachada siglo dieciocho. Hermosas caras miraban desde oscuros interiores, ojos castaños, pelo negro, españolas y amarillas; hermosos traseros se apoyaban contra las barandas, esperando cualquier vida que surgiera de la calle húmeda del mar. Vivir en La Habana era vivir en una fábrica que entregaba belleza humana en una línea de montaje. Él no quería belleza. Se detuvo bajo un farol y miró directamente a los ojos que le miraban directamente. Quería sinceridad.

-¿Adónde vamos?

-¿No lo sabe usted? ¿No está todo planeado, como el vuelo de Raúl?

-Yo caminaba, simplemente.

-¿No quiere sentarse junto al receptor? Rudy está de servicio.

-No tendremos noticias antes de mañana.

-¿Entonces, no planeó el último mensaje antes de... del choque en Santiago?



La boca de Wormold estaba seca de sal y de aprensión. Le pareció que ella debía haber adivinado todo. ¿Le denunciaría a Hawthorne? ¿Cuál sería el próximo movimiento de "ellos"? Legalmente no podían hacerle nada, pero suponía que podían impedirle regresar a Inglaterra para siempre. Pensó: "Ella se irá en el primer avión, la vida seguirá como antes; y, por supuesto, es mejor así." Su vida pertenecía a Milly. Dijo:

-No comprendo.

Una enorme ola se había destrozado contra el malecón de la avenida y ahora se alzaba como un árbol de Navidad cubierto de escarcha plástica. Luego se hundió, perdiéndose de vista, y otro árbol se alzó más lejos, frente al Nacional. Dijo:

-Usted ha estado rara toda la noche -no tenía sentido demorarlo; si el juego llegaba a su fin, lo mejor era acabar pronto-. ¿Qué quiere insinuar?

-¿Quiere decir que no habrá un choque en el aeropuerto, ni en el camino?

-¿Cómo puedo saberlo?

-Toda la tarde procedió como si lo supiera. No habló de Raúl como si fuera una persona viva. Se pasó el rato hablando bien de él, como un mal novelista prepara un efecto -el viento les empujó uno contra otro. Beatriz prosiguió: ¿No se cansa de que sean los otros los que corren los riesgos? ¿Para qué? ¿Para jugar al "Diario de los muchachos"?

-Usted juega a ese juego.

-No creo en él, como cree Hawthorne -repuso enfurecida-. Prefiero ser delincuente a ser tonta o adolescente. ¿No gana bastante con las aspiradoras como para meterse en todo esto?

-No. Está Milly.

-¿Y si Hawthorne no hubiera entrado en su vida?

Hizo una broma desdichada:

-Tal vez me habría vuelto a casar, por dinero.

-¿Se volvería a casar? -parecía -haberse decidido por la seriedad.

-Bueno, no creo. Milly no lo consideraría un matrimonio y uno no puede chocar con su propia hija. ¿Vamos a casa a oír la radio?

Pero usted no espera ningún mensaje, ¿verdad? Usted lo dijo.

Respondió evasivamente:

-No, por lo menos hasta dentro de tres horas. Pero confío que hable por radio antes de aterrizar -lo extraño era que él mismo comenzaba a sentir la tensión. Casi deseaba que le llegara algún mensaje del cielo barrido por el viento.

-¿Me asegura que no ha preparado... nada? -pidió Beatriz.

Wormold evitó responder volviéndose hacia el palacio presidencial, con las ventanas oscuras, donde nunca había vuelto a dormir el presidente desde el último atentado contra su vida; y allí, caminando por la acera con la cabeza gacha para evitar las salpicaduras del mar, venía el doctor Hasselbacher. Probablemente camino a su casa, del Wonder Bar.

-Doctor Hasselbacher -le llamó Wormold.

El viejo les miró. Durante un momento, Wormold pensó que les volvería la espalda sin hablar.

-¿Qué pasa, Hasselbacher?

-Oh, es usted, mistar Wormold. Estaba pensando en usted. Hablando del diablo -dijo en broma, pero Wormold podría haber jurado que el diablo le había dado un susto.

-¿Se acuerda de mistress Severn, mi secretaria?

-La fiesta del cumpleaños, sí, y el sifón. ¿Qué hace a estas horas, mistar Wormold?

-Fuimos a comer... un paseo... ¿y usted?

-Lo mismo.

Desde el cielo revuelto bajó el ruido de un motor, espasmódicamente, creciendo, desvaneciéndose, muriendo entre el ruido del viento y del mar. El doctor Hasselbacher dijo:

-El avión de Santiago, pero va muy retrasado. Debe hacer mal tiempo en Oriente.

-¿Espera a alguien? -preguntó Wormold.

-No, no. No espero. ¿Querrían mistress Severn y usted tomar una copa en mi casa?

La violencia había llegado y se había ido. Los cuadros estaban de nuevo en su lugar, las sillas tubulares se agrupaban como invitados torpes. El piso había sido reconstruido como un hombre para su entierro. El doctor Hasselbacher sirvió whisky.

-Es bueno que mistar Wormold tenga secretaria -dijo-. Hace poco tiempo tenía usted preocupaciones, recuerdos. No iban bien los negocios. La nueva aspiradora...

-Las cosas cambian sin motivo.

Por primera vez se fijó en la fotografía de un joven doctor Hasselbacher con anticuado uniforme de oficial de la primera guerra mundial; tal vez era uno de los cuadros que los intrusos descolgaron de la pared.

-No sabía que había estado en el ejército, Hasselbacher.

-Todavía no tenía el título de médico, míster Worfold, al estallar la guerra. Me pareció un asunto muy estúpido: curar hombres para que pudieran matarlos más pronto. Uno quería curar para que la gente viviera más.

-¿Cuándo salió de Alemania, doctor Hasselbacher? -preguntó Beatriz.

-En 1934. De modo que puedo declararme inocente, jovencita, de eso que usted está pensando.

-No quise decir eso.

-Entonces deberá perdonarme. Pregúntele a mistar Wormold. Había un tiempo en que yo no era sospechoso. ¿Quieren oír música?

Puso un disco de "Tristán". Wormold pensó en su mujer; era incluso menos real que Raúl. Ella no tenía nada que ver con la vida y la muerte, sólo con el "Woman's Home Journal", un anillo de compromiso, sueño crepuscular. Miró a Beatriz Severn y le pareció que pertenecía al mismo mundo de la bebida fatal, del desesperanzado viaje de Irlanda, de la rendición en el bosque. De pronto el doctor Hasselbacher se incorporó y desconectó el enchufe. Dijo:

-Perdonen. Espero una llamada. La música es demasiado fuerte.

-¿Un enfermo?

-No exactamente -sirvió más whisky.

-¿Reanudó sus experimentos, doctor Hasselbacher?

-No -miró en torno, con desaliento-. Lo siento. No hay más soda.

-Me gusta puro -dijo Beatriz, caminando hasta la biblioteca-. ¿No lee nada más que libros de medicina, doctor Hasselbacher?

-Muy poco. Heine, Goethe. Todos alemanes. ¿Usted lee alemán, mistress Severn?

-No. Pero tiene algunos libros en inglés.

-Me los regaló un paciente, en vez de pagarme los honorarios. Me temo que no los leí. Aquí está su whisky, mistress Severn.

Ella se alejó de la biblioteca y cogió el whisky.

-¿Es ése su hogar, doctor Hasselbacher? -miraba una litografía victoriana en colores que colgaba junto al retrato del joven capitán Hasselbacher.

-Allí nací. Sí. Es una ciudad muy pequeña, unas viejas murallas, un castillo en ruinas...

-Estuve allí antes de la guerra -dijo Beatriz-. Mi padre nos llevó. Queda cerca de Leipzig, ¿verdad?

-Sí, mistress Severn -respondió el doctor Hasselbacher, mirándola helado-, queda cerca de Leipzig.

-Espero que los rusos la hayan dejado tranquila.

Comenzó a sonar el teléfono en el recibidor del doctor Hasselbacher. El médico titubeó un momento.

-Disculpeme, mistress Severn -dijo. Cuando salió, cerró la puerta que daba al recibidor.

-Oriente, Occidente, no hay lugar como el hogar -murmuró Beatriz.

-¿Supongo que querrá informar a Londres? Pero yo le conozco hace quince años, hace más de veinte que vive aquí. Es un buen hombre, el mejor amigo...

Se abrió la puerta y regresó el doctor Hasselbacher. Dijo:

-Lo siento. No me encuentro bien. Tal vez volverán otro día a oír música -se sentó pesadamente, alzó su whisky, y lo volvió a dejar. Le sudaba la frente, pero después de todo era una noche húmeda.

-¿Malas noticias? -preguntó Wormold.

-Sí.

-¿Puedo hacer algo?

-!Usted! -dijo el doctor Hasselbacher-. No. "Usted" no puede hacer nada. Ni mistress Severn.

-¿Un enfermo?

El doctor Hasselbacher sacudió la cabeza. Sacó un pañuelo y se secó la frente. Dijo:

-¿Quién no es enfermo?

-Mejor es que nos vayamos.

-Sí, váyanse. Es lo que dije. Se tendría que poder curar a la gente para que viva más.

-No comprendo.

-¿Existió alguna vez la paz? -preguntó el doctor Hasselbacher-. Lo siento. Se supone que los médicos deben acostumbrarse a la muerte. Pero yo no soy un buen médico.

-¿Quién ha muerto?

-Ha habido un accidente -dijo el doctor Hasselbacher-. Sólo un accidente. Por supuesto, un accidente. Chocó un automóvil en el camino al aeropuerto. Un hombre joven... -dijo furiosamente-. Siempre hay accidentes en todas partes. Y esto debe haber sido un accidente, con toda seguridad. Le gustaban demasiado las copas.

Beatriz preguntó:

-Por casualidad, ¿se llamaba Raúl?

-Sí -dijo el doctor Hasselbacher-. Así se llamaba.

## **CUARTA PARTE**

## Capítulo Primero

### 1

Wormold abrió la puerta. El farol de la calle descubría vagamente las aspiradoras paradas como catafalcos. Se dirigió a la escalera. Beatriz susurró:

-Espere, espere. Me pareció oír...

Eran las primeras palabras que hablaban desde que Wormold había cerrado la puerta del departamento del doctor Hasselbacher.

-¿Qué pasa?

Beatriz extendió la mano y agarró una pieza metálica del mostrador; la asió como un garrote y dijo:

-Tengo miedo.

"Ni la mitad del mío", pensó él. ¿Es que con la pluma se pueden traer seres humanos al mundo? ¿Y qué clase de mundo? ¿Había escuchado Shakespeare la noticia de la muerte de Duncan en una taberna o es que oyó el golpe en la puerta de su propio dormitorio después que hubo terminado de escribir "Macbeth"? Se puso a cantar en el centro de la pieza, para darse ánimo:

"Dicen que la tierra es redonda;  
mi locura ofende".

-Silencio -pidió Beatriz-. Alguien se mueve arriba.

Wormold pensó que lo único que temía era a sus personajes imaginarios, no a seres vivientes que hicieran crujir tablas. Subió corriendo y le interceptó una sombra. Sintió la tentación de nombrar a todas sus creaciones al mismo tiempo y acabar con ellas: Teresa, el jefe, el profesor, el ingeniero.

-Qué tarde vienes -se oyó la voz de Milly. No era nada más que Milly, de pie en el pasillo entre el baño y su cuarto.

-Fuimos a dar un paseo.

-¿Y la volviste a traer? -preguntó Milly-. ¿Por qué?

Beatriz subió cuidadosamente las escaleras, llevando en guardia su garrote improvisado.

-¿Está despierto Rudy?

-No creo.

Beatriz dijo:

-Si hubiera recibido algún mensaje, le habría esperado despierto.

Si los personajes de uno eran bastante reales como para morir, seguro que serían bastante reales como para enviar mensajes. Abrió la puerta de la oficina. Rudy se movió.

-¿Algún mensaje, Rudy?

-No.

Milly dijo:

-Se perdieron todo el entretenimiento.

-¿Qué entretenimiento?

-La policía andaba enloquecida por todas partes. Tienes que haber oído las sirenas. Creía que había una revolución y llamé al capitán Segura.

-¿Y bien?

-Alguien trató de asesinar a alguien que salía del Ministerio del Interior. Debieron confundirle con el ministro, pero no era. Disparó desde un automóvil y se escapó.

-¿Quién era?

-Todavía no lo apresaron.  
-El asesinado, digo.  
-Nadie importante. Pero se parece al ministro. ¿Dónde habéis comido?  
-En el Victoria.  
-¿Langosta rellena?  
-Sí.  
-Me alegro mucho de que no te parezcas al presidente. El capitán Segura dice que el pobre doctor Cifuentes estaba tan asustado que se mojó los pantalones y después se emborrachó en el Country Club.  
-¿El doctor Cifuentes?  
-¿Le conoces?; el ingeniero.  
-¿Le dispararon?  
-Te dije que fue un error.  
-Vamos a sentarnos -dijo Beatriz. Hablaba por los dos.  
Wormold dijo:  
-El comedor...  
-No quiero sillas duras. Quiero algo blando. Tal vez me dé por llorar.  
-Bueno, si no le importa el dormitorio -dijo él, mirando a Milly, dudoso.  
-¿Usted conoce al doctor Cifuentes? -preguntó Milly a Beatriz, llena de compasión.  
-No. Lo único que sé es que tiene berriga.  
-¿Qué es berriga?  
-Tu padre dijo que así llaman aquí a los bizcos.  
-¿Él se lo dijo? Pobre papá. Te has metido en honduras.  
-Mira, Milly, ¿quieres irte a la cama, por favor? Beatriz y yo tenemos que trabajar.  
-¿Trabajar?  
-Sí, trabajar.  
-Es muy tarde para trabajar.  
-Me paga horas extras -dijo Beatriz.  
-¿Está estudiando las aspiradoras? -preguntó Milly-. Eso que tiene en la mano es un pulverizador.  
-¿Ah, sí? Lo levanté para estar prevenida si tenía que golpear a alguien.  
-No sirve para eso -dijo Milly-. Tiene un tubo telescópico.  
-¿Y qué tiene que ver?  
-Puede estirarse en el momento menos oportuno.  
-Milly, por favor... -suplicó Wormold-. Son casi las dos.  
-No te enfades. Ya me voy. Y rezaré por el doctor Cifuentes. No tiene gracia que le tiren a uno. La bala atravesó una pared de ladrillos. Piensa lo que le podría haber hecho al doctor Cifuentes.  
-Ruega por alguien llamado Raúl también -pidió Beatriz. A él lo "agarraron".  
Wormold se estiró en la cama, cerrando los ojos.  
-No entiendo nada -dijo-. Nada. Es una coincidencia. Tiene que serlo.  
-Se están poniendo malos, quienes quiera que sean.  
-Pero ¿por qué?  
-El espionaje es una profesión peligrosa.  
-Pero Cifuentes realmente no..., quiero decir que no era importante.  
-Esas construcciones en Oriente son importantes. Parece que sus agentes tienen la costumbre de quemarse. Me pregunto cómo. Creo que debe prevenir al doctor Sánchez y a la muchacha.  
-¿La muchacha?  
-La bailarina desnuda.

-Pero ¿cómo? -no le podía explicar que no tenía agentes, que no conocía al doctor Sánchez ni a Cifuentes, que no existían Teresa ni Raúl: Raúl había nacido a la vida nada más que para que lo mataran.

-¿Cómo dijo Milly que se llamaba esto?

-Un pulverizador.

-He visto algo parecido a esto en alguna otra parte.

-Supongo que sí. La mayoría de las aspiradoras los tienen -se lo quitó. No podía recordar si lo había incluido en los planos que envió a Hawthorne.

-¿Y ahora qué hago, Beatriz?

-Creo que su gente debe ocultarse por un tiempo. Aquí no, por supuesto. Estaríamos muy apretados y además no sería seguro. ¿Qué le parece su jefe de máquinas? ¿Podría meterlos a bordo de contrabando?

-Está navegando rumbo a Cienfuegos.

-De todos modos, probablemente se quemó también -dijo ella, pensativa-. Me pregunto cómo nos dejaron volver aquí a usted y a mí.

-¿Qué quiere decir?

-Podían habernos tiroteado tranquilamente en el puerto. O tal vez nos están usando como cebo. Por supuesto, uno tira el cebó que no sirve.

-Qué mujer macabra es usted.

-Oh, no. Hemos vuelto al mundo del "Diario de los muchachos". Puede considerarse afortunado.

-¿Por qué?

-Pudo haber sido el "Sunday Mirror". Hoy el mundo está modelado según las revistas populares. Mi marido salía del "Encounter". La pregunta que debemos considerar es a qué diario pertenecen ellos.

-¿Ellos?

-Supongamos que también son del "Diario de los muchachos". ¿Son agentes rusos, alemanes, agentes norteamericanos, qué? Lo más probable es que sean cubanos. Esas plataformas de hormigón deben ser oficiales, ¿verdad? Pobre Raúl. Espero que haya muerto instantáneamente.

Sintió la tentación de contarle todo, pero ¿qué era "todo"? Ya no lo sabía. Había matado a Raúl. Hasselbacher lo había asegurado.

-Primero al Shanghai Theatre -dijo ella-. ¿Estará abierto?

-Todavía no habrá terminado la segunda función.

-Si la policía no llegó antes. Por supuesto, no habrán empleado a la policía contra Cifuentes. Probablemente era demasiado importante. Al asesinar a alguien, hay que evitar el escándalo.

-Nunca lo había mirado desde ese aspecto.

Beatriz apagó la lámpara de la mesilla de noche y caminó hasta la ventana. Dijo:

-¿Tenemos puerta de servicio?

-No.

-Tendremos que ocuparnos de cambiar eso -dijo ella, tranquilamente, como si también fuera arquitecto-. ¿Conoce a un negro cojo?

-Debe ser Joe.

-Está pasando lentamente.

-Vende postales pornográficas. Se va a dormir, eso es todo.

-Por supuesto, nadie esperará que le siga a usted, con esa cojera. Puede ser un hombre que usan. De todos modos, tendremos que arriesgarnos. Evidentemente, están haciendo una redada esta noche. Mujeres y niños primero. El profesor puede esperar.

-Pero nunca vi a Teresa en el teatro. Probablemente usa otro nombre.

Usted la reconocerá, verdad, aunque sea sin ropas. Aunque desnudas, supongo que todas somos parecidas, como los japoneses.

-Me parece que usted no debiera venir.

Tengo que ir. Si a uno lo detienen, el otro puede jugársela para llegar.

-Al Shanghai, digo. No es exactamente el "Diario de los muchachos".

-Tampoco el matrimonio -dijo ella-, ni siquiera la UNESCO.

2

El Shanghai quedaba en una callejuela rodeada de bares. Una marquesina anunciaba "Posiciones", y por alguna razón las entradas se vendían fuera, en la acera. Tal vez porque no había sitio para una taquilla, ya que el vestíbulo estaba ocupado por una librería pornográfica para beneficio de aquellos que querían entretenimiento durante el entreacto. Los alcahuetes negros les miraban desde la acera, con curiosidad. No estaban acostumbrados a mujeres europeas en ese lugar.

-Uno se siente lejos de la patria -comentó Beatriz.

Las entradas costaban un peso con veinticinco y había muy pocos asientos vacíos. El portero ofreció a Wormold un paquete de postales pornográficas por un peso. Cuando Wormold las rechazó, sacó otro juego del bolsillo.

Compre si quiere -dijo Beatriz-. Si le da vergüenza por mí, miraré la función.

-No hay mucha diferencia -dijo Wormold- entre las postales y la función.

El acomodador preguntó si la señora querría un cigarrillo de marihuana.

-"Nein, Danke" -dijo Beatriz, confundiendo de idioma.

A cada lado del escenario había cartelones que anunciaban clubs del vecindario donde las muchachas, decían, eran hermosas. Un aviso en castellano e inglés prohibía al público molestar a las bailarinas.

-¿Cuál es Teresa? -preguntó Beatriz.

-Creo que debe ser la gorda de la careta -dijo Wormold al azar.

Se alejaba del escenario con un vaivén de su desnudo trasero gordo, y el público aplaudía y silbaba. Luego las luces se apagaron y bajó una pantalla. Comenzó la película, bastante suave al principio. Se vio un ciclista, un bosque, una goma pinchada, un encuentro casual, un caballero que se quitaba el sombrero de paja; un temblor y mucha niebla.

Beatriz seguía sentada en silencio. Había una extraña intimidad entre ellos, mientras miraban juntos esa diagramación del amor. Alguna vez, movimientos similares del cuerpo habían significado más para ellos que cualquier otra cosa que el mundo les pudiera ofrecer. El acto de lujuria, y el acto de amor son el mismo; no se puede falsificar, como a un sentimiento.

Se encendieron las luces. Siguieron callados.

-Tengo la boca seca -dijo Wormold.

-Me he quedado sin saliva. ¿No podemos ir a ver a Teresa ahora?

-Hay otra película después de ésta, y después vuelven las bailarinas.

-No tengo fuerzas para ver otra película -dijo Beatriz.

-No nos dejarán pasar hasta que acabe la función.

-Podemos esperar en la calle, ¿no? Por lo menos sabremos si nos han seguido.

Salieron cuando comenzaba la segunda película. Fueron los únicos en levantarse, así que si les había seguido alguien tenía que esperarles en la calle, pero no había candidato evidente entre los chóferes de taxi y los alcahuetes.

Un hombre dormía contra el farol con un número de lotería colgado torcidamente del cuello. Wormold recordó aquella noche con el doctor Hasselbacher. Entonces fue cuando



aprendió el nuevo uso para los "Cuentos de Shakespeare", de Lamb. El pobre Hasselbacher se emborrachó mucho. Wormold recordó cómo dormitaba en el vestíbulo cuando él salió del cuarto de Hawthorne. Dijo a Beatriz:

-¿Es fácil descifrar un código si uno tiene el libro qué corresponde?

-No es difícil para un experto, sino cuestión de paciencia -caminó hasta el vendedor de lotería y enderezó el número. El hombre no se despertó. Dijo-: Era difícil leerlo torcido.

¿Llevaba él su Lamb bajo el brazo, en el bolsillo o en la cartera? ¿Habría dejado el libro sobre la mesa al ayudar al doctor Hasselbacher a levantarse? No recordaba nada, y tales sospechas eran poco caritativas.

-Me pareció una coincidencia graciosa -dijo Beatriz-. El doctor Hasselbacher lee los "Cuentos" de Lamb en la edición que usamos nosotros. -Era como si su adiestramiento hubiera incluido la telepatía.

-¿Lo vio en el departamento?

-Sí.

-Pero lo hubiera escondido -protestó- de haber tenido algo que ver.

-Tal vez quería prevenirnos. Recuerde, él nos llevó a su casa. Él nos habló de Raúl.

-No podía haber sabido que nos encontraría.

-¿Cómo lo sabe?

Quiso protestar que nada tenía sentido, que Raúl no existía, que Teresa no existía, y luego pensó que ella haría sus maletas y se iría y que todo sería como un cuento sin sentido.

-Viene gente -dijo Beatriz.

Encontraron una puerta lateral que llevaba a un gran camarín. Iluminaba el pasillo un foco desnudo que ya había ardido demasiados días y noches. Bloqueaban casi completamente el pasillo enormes cajones de desperdicios y un negro con una escoba barría trozos de algodón manchado de polvos para la cara, lápiz de labios y cosas ambiguas. El lugar tenía un olor peculiar. Tal vez, después de todo, no hubiera allí nadie llamado Teresa, pero deseó no haber elegido una santa tan popular. Abrió una puerta, y fue como entrar en un infierno medieval lleno de humo y mujeres desnudas.

Dijo a Beatriz:

-¿No cree que sería más conveniente que se fuera a casa?

-Usted es el que necesita protección aquí -dijo ella.

Nadie los tomó en cuenta siquiera. La careta de la gorda le colgaba de una oreja y tomaba un vaso de vino con una pierna sobre una silla. Una muchacha muy delgada, con costillas como teclas de piano, se alzaba las medias. Ondulaban senos, doblábanse nalgas, cigarrillos a medio fumar humeaban en platillos; el aire olía a papel quemado. Sobre una escalera un hombre arreglaba algo con un destornillador.

-¿Dónde está? -preguntó Beatriz.

-Me parece que no está aquí. Tal vez esté enferma, o con su amante.

El aire se agitó en torno a ellos cuando alguien se puso un vestido. Granos de polvo se posaron como cenizas.

-Llámela.

Gritó sin ganas:

-Teresa.

Nadie le prestó atención. Volvió a probar, y el hombre del destornillador le miró.

- "¿Pasa algo?" -preguntó.

Wormold dijo en castellano que buscaba a una muchacha llamada Teresa. El hombre sugirió que María sería igual. Señaló a la gorda con el destornillador.

-¿Qué dice?

-Parece que no conoce a Teresa.

El hombre del destornillador se sentó en la escalera y comenzó a hablar. Dijo que María era la mejor mujer de La Habana. Pesaba cien kilos sin nada.

-Evidentemente, Teresa no está -explicó Wormold, aliviado.

-Teresa, Teresa. ¿Para qué quiere a Teresa?

-Sí. ¿Qué quiere conmigo? -preguntó la muchacha flaca, adelantándose hacia él con una media en la mano. Sus senitos eran como peras.

-¿Quién es usted?

Soy Teresa.

-¿Ésa es Teresa? Usted dijo que era gorda, como aquélla de la careta -dijo Beatriz.

-No, no -repuso Wormold-. No es Teresa. Es la hermana de Teresa. Soy quiere decir hermana. Le mandaré el mensaje con ella -tomó a la muchacha del brazo y la llevó un poco más lejos. Trató de explicarle en castellano que tuviera cuidado.

-¿Quién es usted? No comprendo.

-Ha habido un error. Es muy largo de explicar. Hay gente que puede tratar de herirla. Por favor, no salga de su casa durante unos cuantos días. No venga al teatro.

-Tengo que venir. Aquí recibo a mis clientes.

Wormold sacó un fajo de billetes. Preguntó:

-¿Tiene parientes?

-Mi madre.

-Váyase con ella.

-Pero ella está en Cienfuegos.

-Aquí tiene dinero suficiente para ir a Cienfuegos.

Todo el mundo escuchaba ahora. Se acercaban. El hombre del destornillador había descendido de la escalera. Wormold vio a Beatriz fuera del círculo; trataba de acercarse, trataba de comprender lo que se decía.

El hombre del destornillador dijo:

-Esa chica es de Pedro. No se la puede llevar así como así. Tiene que hablar con Pedro primero.

-Allí estará segura.

Ella se dirigió al hombre.

-Me da miedo. No entiendo qué es lo que quiere -mostró los pesos-. Esto es mucho dinero -les ponía de testigos-. Yo soy una buena chica.

-Mucho trigo no hace mal año -dijo la gorda, con solemnidad.

-¿Dónde está tu Pedro? -preguntó el hombre.

-Está enfermo. ¿Por qué me da este hombre todo este dinero? Yo soy una buena chica.

Usted sabe que cobro quince pesos. No soy una buscona.

-A perro flaco todo son pulgas -dijo la gorda. Parecía tener un proverbio para cada ocasión.

-¿Qué pasa? -preguntó Beatriz.

Una voz chistó:

-!Psst, psst! -era el negro que barría el pasaje. Dijo:- "¡Policía!"

-Oh, al diablo -maldijo Wormold-. Eso lo arregla todo. Tengo que sacarla a usted de aquí -nadie parecía molestarse más de la cuenta. La gorda terminó el vino y se puso las bragas; la muchacha que se llamaba Teresa se puso la otra media.

-No se preocupe por mí -dijo Beatriz-. Tiene que sacarla de aquí a "ella".

-¿Qué quiere la policía? -preguntó Wormold al hombre de la escalera.

-Una mujer -contestó cínicamente.

-Quiero llevarme a esta chica -dijo Wormold-. ¿No hay puerta trasera?

-Con la policía siempre hay una puerta trasera. -¿Dónde?

-¿Le sobran cincuenta pesos?

-Sí.

-Déselos a éste. Oye, Miguel -dijo el negro-. Diles que se duerman tres minutos. Bueno, ¿quién quiere elegir la libertad?

-Prefiero la comisaría -dijo la gorda-. Pero una debe estar correctamente vestida -se ajustó el corpiño.

-Venga conmigo -dijo Wormold a Teresa.

-¿Qué obligación tengo?

-Usted no comprende, la buscan a usted.

-Lo dudo -dijo el hombre del destornillador-. Es demasiado flaca. Le conviene apresurarse. Cincuenta pesos no duran mucho.

-Tome mi abrigo -dijo Beatriz. Lo colocó sobre los hombros de la chica, que tenía puestas las medias y nada más.

La muchacha dijo:

-Pero yo me quiero quedar.

El hombre le dio un pellizco en el trasero y un empujón.

-Recibiste el dinero que te dio -dijo-. Vete con él.

Les guió por un pequeño y espantoso baño y luego hasta una ventana. Se encontraron en la calle. Un policía que montaba guardia en la puerta del teatro miró hacia otra parte con toda naturalidad. Un chulo silbó señalando el auto de Wormold. La muchacha volvió a decir:

-Quiero quedarme -pero Beatriz la empujó dentro del automóvil, y la siguió en el asiento de atrás-. Voy a gritar -les dijo la chica, y sacó la cabeza por la ventanilla.

-No sea tonta -la reconvino Beatriz, empujándola hacia adentro. Wormold puso el coche en marcha.

La muchacha gritó, pero con poco entusiasmo. El policía se volvió, mirando en otra dirección. Los cincuenta pesos parecían seguir surtiendo efecto. Doblaron hacia la derecha y se dirigieron al puerto. Ahora que no tenía elección, la muchacha se ajustó el abrigo, con modestia, y se reclinó cómodamente en el asiento. Dijo:

- "Hay mucha corriente".

-¿Qué dice?

-Se queja de la corriente de aire -le explicó Wormold.

-Parece una muchacha muy desagradecida. ¿Dónde está la hermana?

-Con el director de Correos y Telégrafos, en Cienfuegos. Por supuesto, podría llevarla hasta allí. Llegaríamos a la hora del desayuno, pero está Milly.

-Está más que Milly. Se olvidó del profesor Sánchez.

-Seguramente el profesor Sánchez podrá escapar.

-Parece que ellos, quienes quiera que sean, actúan rápido.

-No sé dónde vive.

-Yo lo sé. Me fijé en la lista de socios del Country Club antes de salir.

-Usted se lleva esta chica a casa y me espera allí.

Llegaron al puerto.

-Doble a la izquierda -dijo Beatriz.

-La llevo a casa.

-Es mejor seguir juntos.

-Milly...

-No querrá "comprometerla", ¿verdad?

De mala gana, Wormold dobló a la izquierda.

-¿Adónde?

-Vedado -dijo Beatriz.

Los rascacielos de la ciudad nueva se alzaban frente a ellos como carámbanos a la luz de la luna. Un enorme "H.H." estaba grabado en el cielo, como el monograma del bolsillo de Hawthorne, pero tampoco era de la realza: sólo anunciaba a mistar Hilton. El viento sacudía el coche, y la espuma del mar se quebraba sobre la calle, empañando la ventanilla del lado de la costa. La cálida noche sabía a sal. Wormold se alejó del mar. La chica dijo:

- "Hace demasiado calor".

- ¿Qué dijo ahora?

- Dice que hace mucho calor.

- Qué chica más difícil. Mejor será que vuelva a bajar la ventanilla.

- ¿Y si grita?

- Le daré una bofetada.

Estaban en el sector nuevo de Vedado: casas pequeñas color crema de propiedad de gente rica. Se podía calcular la fortuna de un hombre por los escasos pisos de su casa. Sólo un millonario podía permitirse un bungalow en el sitio que pudiera haber ocupado un rascacielos. Cuando Beatriz bajó la ventanilla, sintieron el perfume de las flores. Ella le hizo detenerse frente a un portón en medio de un enorme paredón blanco. Dijo:

- Se ve luz en el patio. Parece que todo está bien. Yo custodiaré su precioso montoncito de carne mientras usted entra.

- Parece demasiado rico para un profesor.

- No es demasiado rico si cobra gastos, según sus libros.

Wormold pidió:

- Déme tiempo. No se vaya.

- ¿Le parece que me iría? Le conviene ir de prisa. Hasta ahora sólo se han apuntado un tanto sobre tres, y, por supuesto, casi dieron en un blanco.

Intentó abrir la verja forjada. No estaba cerrada. Su posición era absurda. ¿Qué haría para explicar su presencia? "Usted es agente mío sin saberlo. Está en peligro. Debe ocultarse."

Ni siquiera sabía de qué era profesor Sánchez.

Un sendero corto entre dos palmeras daba a una segunda verja, y más allá estaba el patiecito con las luces encendidas. Un gramófono tocaba suavemente y dos figuras altas giraban en silencio mejilla contra mejilla. Al avanzar renqueando por el patio, sonó un timbre de alarma, oculto. Los bailarines se detuvieron y uno salió al patio a recibirle.

- ¿Quién es?

- ¿El profesor Sánchez?

- Sí.

Ambos convergieron a la zona iluminada. El profesor llevaba un traje de etiqueta, blanco, tenía el pelo blanco, tenía la barba crecida desde la mañana, blanca, y llevaba en la mano un revólver con el que apuntaba a Wormold. Wormold vio que la mujer que quedaba atrás era muy joven y muy bonita. La mujer detuvo la música.

- Perdóneme por venir a esta hora -dijo Wormold. No tenía idea de cómo empezar, y le inquietaba el revólver. Los profesores no debieran portar armas.

- Me temo que no le conozco -el profesor hablaba cortésmente y mantenía el revólver apuntado hacia el vientre de Wormold.

- No hay motivo para que me conozca. A menos que tenga una aspiradora.

- ¿Aspiradora? Creo que tengo. ¿Por qué? Mi mujer debe saberlo -la joven atravesó el patio, yendo a reunirse con ellos. Estaba descalza. Los zapatos parecían trampas para ratones, tirados junto al tocadiscos.

- ¿Qué quiere? -preguntó con fastidio.

- Lamento molestarla, señora Sánchez.

-Dile que no soy la señora Sánchez.  
-Dijo algo sobre aspiradoras -contestó el profesor-. ¿Te parece que María, antes de irse...?  
-¿Qué quiere aquí a la una de la mañana?  
-Deberá perdonarme -dijo el profesor con aire incómodo-, pero es una hora intempestiva - permitió que el revólver se desviara un poco del blanco-. Por regla general, uno no espera visitas...  
-Usted parece esperarlas.  
-Oh, esto... hay que ser precavido. Sabe, tengo unos Renoirs muy buenos.  
-No anda detrás de los cuadros. Lo mandó María. Usted es un espía, ¿verdad? -preguntó con ferocidad la muchacha.  
-Bueno, en cierto modo.  
La joven rompió a lamentarse, golpeándose los delgados flancos, con un tintinear y rebrillar de sus pulseras.  
-No, querida, no. Estoy seguro de que debe haber alguna explicación.  
-Ésa tiene envidia de nuestra felicidad -dijo la joven-. Primero mandó al cardenal, ¿no?, y ahora a este hombre... ¿Es sacerdote usted? -preguntó.  
-Querida mía, por supuesto que no es sacerdote. Mírale la ropa.  
-Tú puedes ser profesor de educación comparada -dijo la joven-, pero te embauca cualquiera. ¿Es usted sacerdote? -repitió.  
-No.  
-¿Qué es?  
-En realidad, vendo aspiradoras.  
-Usted dijo que era espía.  
-Bueno, sí, supongo que en cierto sentido...  
-¿A qué vino aquí?  
-A avisarle.  
La joven lanzó un extraño aullido, como perra castigada.  
-¿Ves? -dijo al profesor-, ahora nos amenaza. Primero el cardenal y luego...  
-El cardenal no hacía más que cumplir con su deber. Al fin y al cabo es primo de María.  
-Tú le temes. Quieres dejarme.  
-Querida mía, sabes que eso no es cierto -preguntó a Wormold-: ¿Dónde está María ahora?  
-No sé.  
-¿Cuándo la vio por última vez?  
-Pero si no la vi jamás.  
-Usted se contradice bastante, ¿no?  
-Es un perro mentiroso -dijo la joven.  
-No necesariamente, querida. Probablemente trabaja para alguna agencia. Lo mejor será que nos sentemos tranquilos a escuchar lo que tenga que decirnos. La cólera es siempre un error. Está cumpliendo con su deber, que es más de lo que se puede decir de nosotros -el profesor les guió volviendo al patio. Había vuelto a meterse el revólver en el bolsillo. La joven esperó hasta que Wormold le siguió, y luego ocupó la retaguardia, como un perro guardián. Él casi esperaba que le mordiera los tobillos. Pensó: "Si no hablo pronto, no hablaré nunca."  
-Siéntese -dijo el profesor. ¿Qué era educación comparada?-. ¿Puedo ofrecerle algo para beber?  
-No se moleste, por favor.  
-¿No bebe mientras cumple con su deber?  
-¡Deber! -dijo la joven-. Le tratas como a un ser humano. ¡Servir a esos despreciables patrones!  
-Vine para informarle de que la policía...

-Vamos, vamos, el adulterio no es un crimen -dijo el profesor-. Me parece que rara vez se lo ha considerado así, salvo en las colonias norteamericanas del siglo diecisiete. Y en la ley mosaica, por supuesto.

-El adulterio no tiene nada que ver con esto -dijo la joven-. No le importa si dormimos juntos, lo que le importa es si estamos juntos.

-Es casi imposible lo uno sin lo otro, a menos que pienses en el Nuevo Testamento -dijo el profesor-. Adulterio en el corazón.

-No tendrás corazón si no despidas a este hombre. Aquí estamos hablando como si hiciera años que estamos casados. Si todo lo que se te ocurre hacer es sentarte a conversar toda la noche, ¿por qué no seguiste a María?

-Mi querida, fue idea tuya bailar antes de dormir.

-¿A eso que hiciste le llamas bailar?

-Ya te dije que voy a tomar lecciones.

-Oh, sí, para estar con las chicas.

A Wormold le parecía que la conversación se perdía de vista. Dijo desesperadamente:

-Han tiroteado al ingeniero Cifuentes. Usted corre el mismo peligro.

-Si quisiera mujeres, querida, hay bastantes en la Universidad. Vienen a mis conferencias. Sin duda, tú lo sabes, ya que estuviste en ellas.

-¿Me lo reprochas?

-Nos estamos desviando del tema, querida. El tema es qué actitud tomará probablemente María.

-Tenía que haber dejado de comer féculas hace un par de años -dijo la joven, con suma ordinariéz-, conociéndote. Lo único que te importa es su cuerpo. Tendrías que tener vergüenza, a tu edad.

-Si no quieres que te ame...

-Amar, amar -la muchacha comenzó a pasearse por el patio. Hacía ademanes en el aire, como si descuartizara el amor.

Wormold dijo:

-No deben afligirse por María.

-Perro mentiroso -gritó ella-. Dijo que no la conocía.

-No la conozco.

-Y entonces, ¿por qué la llama María? -gritó, y rompió a bailar con un compañero imaginario.

-Dijo algo de Cifuentes.

-Lo han tiroteado esta tarde.

-¿Quiénes?

-No sé exactamente, pero todo es parte de la misma redada. Es un poquito difícil de explicar, pero, verdaderamente, usted parece correr un grave peligro, profesor Sánchez. Todo es una equivocación, por supuesto. La policía estuvo también en el Shanghai Theatre.

-¿Qué tengo que ver yo con el Shanghai Theatre?

-Verdaderamente, ¿qué? -gritó la joven melodramáticamente-. ¡Hombres -dijo-, hombres; Pobre María. No se las tendrá que ver con una sola mujer. ¡Deberá planear una matanza;

-Nunca tuve nada que ver con nadie del Shanghai Theatre.

-María está mejor informada. Supongo que eres sonámbulo.

-Ya has oído lo que ha dicho, todo es una equivocación. Después de todo, han tiroteado a Cifuentes. No la puedes culpar a ella de eso.

-¿Cifuentes? ¿Dijo Cifuentes? Oh, pedazo de español imbécil. Nada más que porque conversó conmigo un día en el club cuando estabas en la ducha tuviste que ir a contratar forajidos que le asesinaran.

-Por favor, querida, sé razonable. Me acabo de enterar cuando este caballero...  
-No es un caballero. Es un perro mentiroso -se había completado un ciclo en la conversación.  
-Si es un mentiroso no tenemos que escucharle. Probablemente también difama a María.  
Ah, por supuesto que saltarías a defenderla.  
Wormold dijo con desesperación, era su última tentativa:  
-Esto no tiene nada que ver con María, con la señora de Sánchez, quiero decir.  
-¿Qué tiene que ver la señora de Sánchez con esto? -preguntó el profesor.  
-Yo pensé que ustedes decían que María...  
-Jovencito, ¿no querrá decirme que María piensa hacer algo contra mi mujer así como contra mí... mi amiga, esta señorita? Es demasiado absurdo.  
Hasta entonces, el error le había parecido bastante fácil de manejar a Wormold. Pero ahora era como si hubiera tirado de un hilo de algodón y todo un traje hubiera comenzado a desintegrarse. ¿esto era educación comparada? Dijo:  
-Pensé que le hacía un favor viniendo a avisarle, pero parece que la mejor solución para usted es la muerte.  
-Usted es un joven muy sorprendente.  
-Joven, no. Profesor, parece que usted es el joven -en su confusión, habló en voz alta:- Ojalá estuviera aquí Beatriz.  
El profesor se apresuró a decir:  
-Te aseguro solemnemente, querida, que no conozco a ninguna Beatriz. Absolutamente ninguna.  
La joven lanzó una risa de tigresa.  
-Al parecer usted vino aquí -dijo el profesor- con el único propósito de hacer lío -era su primera queja, y parecía muy suave, dadas las circunstancias-. No veo qué ganará con ello -dijo, y entró en la casa, cerrando la puerta.  
-Es un monstruo -dijo la muchacha-. Un monstruo. Un monstruo sexual. Un sátiro.  
-Usted no comprende.  
-Ya conozco ese estribillo: saberlo todo es perdonarlo todo. Pero en este caso, no -parecía haber perdido su hostilidad hacia Wormold-. María, yo, Beatriz... no cuento a su esposa, pobre mujer. No tengo nada contra su esposa. ¿Tiene revólver, usted?  
-Claro que no. Vine simplemente para salvarle.  
-Deje que le disparen. En la barriga. Abajo -y entró en la casa con aire determinado.  
A Wormold no le quedaba por hacer nada sino irse. El timbre de alarma volvió a anunciar su paso hacia el portón, pero nadie se movió en la blanca casita. "Hice lo que pude", pensó Wormold. El profesor parecía preparado contra todos los peligros, y tal vez la llegada de la policía fuera un alivio para él. Sería más fácil de manejar que la jovencita.

4

Al alejarse entre el perfume de las plantas de flores nocturnas sólo tenía un deseo: contarle todo a Beatriz: no soy ningún agente secreto, soy un farsante, ninguna de estas personas es agente mío, no entiendo lo que sucede. Estoy perdido. Tengo miedo. Seguramente ella, de algún modo, asumiría el control de la situación; al fin y al cabo era una profesional. Pero sabía que no recurriría a ella. Significaba renunciar a la seguridad de Milly. Preferiría ser eliminado, como Raúl. ¿Pensionaban a los descendientes de uno, en este servicio? Pero ¿quién era Raúl?

Antes de llegar a la segunda verja, Beatriz le gritó:

-Jim, cuidado. No se acerque.

Hasta en ese urgente momento se le ocurrió pensar: me llamo Wormold, mistar Wormold, "señor" Vommel, nadie me llama Jim. Luego corrió -brincando sobre su pierna buena- hacia la voz, y tropezó en la calle con un coche patrullero, tres agentes de policía y otro revólver apuntado contra su estómago. Beatriz estaba de pie en la acera y la muchacha junto a ella, tratando de abrocharse un abrigo que no había sido diseñado para eso.

-¿Qué pasa?

-No entiendo una palabra de lo que dicen.

Uno de los policías les dijo que entraran al coche patrulla.

-¿Y el mío?

-Será llevado a la comisaría -antes de que obedeciera le cachearon. Dijo a Beatriz-: No sé de qué se trata, pero parece el final de una brillante carrera. -El policía volvió a hablar-: Quiere que venga usted también.

-Dígale -contestó Beatriz- que me quedo con la hermana de Teresa. No me inspiran confianza.

Los dos automóviles se alejaron en la noche, entre las casitas de los millonarios, silenciosamente, para no molestar a ninguno, como si estuvieran en una calle de hospital; los ricos necesitan dormir. No tuvieron que ir lejos: un patio, una verja que se cerró tras ellos, y luego el olor a comisaría, como el olor de amoníaco de los zoológicos de todo el mundo. A lo largo del pasillo encalado colgaban retratos de hombres buscados con aspecto espúreo de viejos maestros barbudos. En el cuarto del fondo el capitán Segura jugaba a las damas.

-Soplo -dijo, y se comió dos piezas. Luego les miró-. Mistar Wormold -dijo, sorprendido, y se levantó de su asiento como una pequeña culebra verde al ver a Beatriz. Luego miró a Teresa; el abrigo se había vuelto a abrir, tal vez intencionadamente. Dijo-: ¿Quién, en nombre de Dios...? -y luego al policía que jugaba con él-: "¡Anda!"

-¿Qué significa esto, capitán Segura?

-¿Usted me lo pregunta, mistar Wormold?

-Sí.

-Me gustaría que usted me explicara qué significa. No tenía idea de verle a usted, al padre de Milly. Mistar Wormold, nos llamó el profesor Sánchez para avisar que un hombre había entrado en su casa con vagas amenazas. Pensó que era algo que tenía que ver con sus cuadros; tiene cuadros muy valiosos. Despacho en seguida un coche patrulla, y es a usted a quien detienen, con la señorita (ya nos hemos visto antes) y una prostituta desnuda -como el sargento de la policía de Santiago, agregó-: Eso no es nada bonito, mistar Wormold.

-Habíamos estado en el Shanghai.

-Eso tampoco es nada bonito.

-Estoy cansado de que la policía me diga que no soy bonito.

-¿Para qué visitó al profesor Sánchez?

-Todo fue un error.

-¿Por qué lleva en su coche a una prostituta desnuda?

-Le hacíamos el favor de acercarla a su casa.

-No tiene derecho a andar desnuda por la calle -el oficial se inclinó sobre el escritorio y susurró algo-. Ah -dijo el capitán Segura-. Empiezo a entender. Esta noche hubo una inspección policial en el Shanghai. Supongo que la chica se había olvidado los documentos y quiso evitar pasarse una noche en el calabozo. Le pidió...

-No fue así de ninguna manera.

-Mejor que haya sido así, mistar Wormold. -Dijo en castellano a la chica-: Tus documentos. No tienes documentos.

Ella repuso indignada:



- "Sí, yo tengo" -se agachó y comenzó a sacar pedazos de papel arrugado de la vuelta de la media. El capitán Segura los recibió y los examinó. Se le escapó un profundo suspiro.

- Mistar Wormold, mistar Wormold, los documentos están en regla. ¿Por qué anda por la calle en auto con una mujer desnuda? ¿Por qué se metió en la casa del profesor Sánchez a hablarle de su mujer y a amenazarle? ¿Qué le importa la mujer de Sánchez? -Y dirigiéndose a la muchacha, le dijo secamente:- Vete.

Ella titubeó y comenzó a quitarse el abrigo.

- Mejor dígame que se lo lleve -pidió Beatriz.

El capitán Segura se sentó cansadamente frente al tablero de damas.

- Mistar Wormold, por su bien se lo digo: no se enrede con la mujer del profesor Sánchez. No es mujer que se pueda tratar a la ligera.

- No estoy enredado...

- ¿Juega a las damas, mistar Wormold?

- Sí. No muy bien, me temo.

- Espero que mejor que estos cochinos de la comisaría. Alguna vez tenemos que jugar los dos, usted y yo. Pero con las damas del juego hay que avanzar con cuidado, igual que con la mujer del profesor Sánchez -movió una pieza al azar en el tablero y dijo:- Esta noche estuvo con el doctor Hasselbacher.

- Sí.

- ¿Fue sensato esto, mistar Wormold? dijo sin mirarle, moviendo las piezas desordenadamente, jugando contra sí mismo.

- ¿Sensato?

- El doctor Hasselbacher frecuenta ahora extrañas compañías.

- No sé nada de eso.

- ¿Por qué le mandó una postal desde Santiago con una marca que le indica la posición de su habitación?

- Qué cantidad de cosas carentes de importancia conoce usted, capitán Segura.

- Tengo motivos para interesarme por usted, mistar Wormold. No quiero verle comprometerse. ¿Qué quería decirle esta noche el doctor Hasselbacher? Como sabe, su teléfono está intervenido.

- Quería poner para nosotros un disco de "Tristán".

- ¿Y tal vez hablar de esto? -el capitán Segura dio vuelta a una fotografía que había sobre su escritorio, una foto tomada con flash, con el brillo característico de las caras blancas congregadas junto a un haz de metal retorcido que alguna, vez fuera un automóvil-. ¿Y de esto? -la cara de un hombre joven a quien no molestaba la luz del flash: un paquete de cigarrillos vacío como su vida: el pie de un hombre rozándole los hombros.

- ¿Le conoce?

- No.

El capitán Segura apretó una palanca y una voz habló en inglés desde una caja, sobre el escritorio.

- Hola. Hola. Habla Hasselbacher.

- ¿Hay alguien con usted, H... Hasselbacher?

- Sí. Amigos.

- ¿Qué amigos?

- Si quiere saberlo, mistar Wormold.

- Dígame que Raúl ha muerto.

- ¿Muerto?-Pero usted prometió...

- No siempre se puede controlar un accidente, H... Hasselbacher -la voz tenía un pequeño titubeo, antes de aspirar.

- Usted me dio su palabra...

-El auto dio demasiadas vueltas.  
-Me dijo que sería sólo un aviso.  
-Sigue siendo un aviso. Vaya y díg...gale que Raúl ha muerto.  
Seguía el susurro de la cinta magnetofónica; una puerta se cerró.  
-¿Insiste en que no sabe nada de Raúl? -preguntó Segura.  
Wormold miró a Beatriz. La muchacha hizo un ligero ademán negativo con la cabeza.  
Wormold dijo:  
-Le doy mi palabra de honor, Segura, de que hasta esta noche ni sabía que existía.  
Segura movió una pieza.  
-¿Su palabra de honor?  
-Mi palabra de honor.  
-Usted es el padre de Milly. Debo aceptarla. Pero aléjese de mujeres desnudas o de la esposa del profesor. Buenas noches, mistar Wormold.  
-Buenas noches.  
Cuando llegaban a la puerta, Segura volvió a hablar:  
-Y nuestra partida de damas, mistar Wormold. No la olvidaremos.  
El viejo Hillman esperaba en la calle. Wormold dijo:  
-La dejaré con Milly.  
-¿Usted no se queda?  
-Ya es tarde para dormir.  
-¿Adónde va? ¿No puedo ir con usted?  
-Quiero que esté con Milly por si hay algún accidente. ¿Vio las fotos esas?  
-No.  
No volvieron a hablar hasta llegar a Lamparilla. Entonces dijo Beatriz:  
-Hubiera querido que no le diera su palabra de honor. No era necesario ir tan lejos.  
-¿No?  
-Oh, fue muy profesional lo que hizo, lo reconozco. Lo siento. Qué estúpida soy. Pero usted es más profesional de lo que yo me imaginaba.  
Él le abrió la puerta de la calle y la vio pasar junto a las aspiradoras como un deudo por un cementerio.

## Capítulo II

Cuando llegó a la casa del doctor Hasselbacher llamó al timbre de un desconocido del segundo piso, donde se veía luz. Hubo un zumbido, y se abrió la puerta. Tomó el ascensor hasta el piso del doctor Hasselbacher. También Hasselbacher parecía no dormir. Se veía luz por la rendija de la puerta. ¿Estaría solo o en conferencia con la voz del grabador?

Comenzaba a aprender los subterfugios y tretas de su irreal ocupación. Había en el descansillo una ventana que conducía a un balcón inútil, demasiado angosto. Desde este balcón veía la luz en el departamento del doctor, y no había sino un paso entre ambos balcones. Lo dio sin mirar para abajo. Las cortinas estaban descorridas. Miró hacia adentro.

El doctor Hasselbacher, sentado frente a él, tenía puesto un viejo casco "pickelhaubes", pechera, beotas, guantes blancos, algo que sólo podía ser el antiguo uniforme de un ulano. Tenía los ojos cerrados y parecía un extra en un estudio cinematográfico. Wormold golpeó la ventana. El doctor Hasselbacher abrió los ojos y se quedó mirándole.

-Hasselbacher.

El movimiento imperceptible del doctor Hasselbacher pudo haber sido de pánico. Trató de quitarse el casco, pero se lo impidió la correa sujeta a la barbilla.

-Soy yo, Wormold.

El doctor llegó de mala gana hasta la ventana. Los pantalones eran demasiado ajustados. Los habían hecho para un hombre más joven.

-¿Qué hace aquí, mistar Wormold?

-¿Qué hace aquí, Hasselbacher?

El doctor abrió la ventana y le hizo pasar. Se encontró en el dormitorio del doctor. El gran ropero estaba abierto, y en él colgaban dos trajes blancos como los dientes de una vieja loba. Hasselbacher comenzó a quitarse los guantes.

-¿Estuvo en un baile de disfraces, Hasselbacher?

El doctor Hasselbacher dijo con voz avergonzada:

-Usted no lo comprendería -comenzó a librarse de su uniforme pieza por pieza: primero los guantes, después el casco, la pechera, en la que se reflejaban Wormold y los muebles de la habitación, distorsionados como figuras en un salón de espejos-. ¿Por qué volvió? ¿Por qué no tocó el timbre?

-Quiero saber quién es Raúl.

-Ya lo sabe.

-No tengo ni idea.

El doctor Hasselbacher se sentó y quitóse las botas.

-¿Es admirador de Charles Lamb, doctor Hasselbacher?

-Milly me lo prestó. ¿Se acuerda cuando lo mencionó... ? -se sentó distante, con sus pantalones apretados. Wormold vio que tenían descosida una costura para dar cabida al Hasselbacher contemporáneo. Sí, ahora recordaba la noche en el Tropicana.

-Supongo -dijo Hasselbacher- que este uniforme necesitará una explicación.

-Otras cosas la necesitan más.

-Era oficial de ulanos... oh, hace cuarenta y cinco años.

-Recuerdo una foto suya en el otro cuarto. No estaba vestido así. Parecía más... práctico.

-Eso fue después de comenzar la guerra. Mire en mi mesilla. 1913, las maniobras de junio, el káiser nos pasó inspección -la vieja fotografía con el sello del fotógrafo grabado en un rincón mostraba hileras de caballería, sables desnudos y una menuda figura imperial con

un brazo seco cabalgando un caballo blanco-. Había tanta paz -dijo el doctor Hasselbacher- en esos días.

-¿Paz?

Hasta que vino la guerra.

-Pero yo creía que usted era médico.

-Le engañé sobre eso. Después estudié medicina. Al terminar la guerra. Después de matar a un hombre. Es tan fácil matar a un hombre -dijo el doctor Hasselbacher-, no se necesita habilidad. Uno tiene la seguridad de lo que ha hecho, se puede juzgar a la mujer, pero salvar a un hombre..., para eso hace falta más que seis años de aprendizaje, y al final no se puede nunca estar seguro de que fuimos nosotros quienes lo salvamos. A los gérmenes los matan otros gérmenes. La gente sobrevive, simplemente. No tengo seguridad de haber salvado a un solo paciente, pero al hombre que maté, le conozco. Era ruso y muy delgado. Choqué con el hueso cuando empujé el acero. Me dio dentera. No había más que pantanos alrededor, y lo llamaban Tannenberg. Odio la guerra, mistar Wormold.

-Entonces, ¿por qué se disfraza de soldado?

-No vestía así cuando maté a un hombre. Esto era la paz. Amo esto -tocó la pechera, en la cama, a su lado-. Pero allí teníamos el lodo de los pantanos encima -dijo-. ¿Alguna vez siente el deseo, mistar Wormold, de regresar a la paz? Oh, no, me olvido, usted es joven, no lo ha conocido nunca. Ésta era la última paz para todos nosotros. Los pantalones ya no me entran.

-¿Qué le llevó a vestirse así esta noche, Hasselbacher?

-La muerte de un hombre.

-¿Raúl?

-Sí.

-¿Le conocía?

-Sí.

-Hábleme de él.

-No quiero hablar.

-Sería mejor hablar.

-Los dos somos responsables de su muerte, usted y yo -dijo Hasselbacher-. Yo no sé cómo le atraparon a usted, pero si yo me hubiera negado a ayudarles me habrían hecho deportar. ¿Qué podría hacer fuera de Cuba? Le dije que se me habían perdido unos papeles.

-¿Qué papeles?

-No tiene importancia. ¿No tenemos todos en el pasado algo que nos avergüenza? Ahora sé por qué me asaltaron el departamento. Porque soy amigo suyo. Váyase, por favor. ¿Quién sabe lo que me obligarían a hacer si supieran que usted está aquí?

-¿Quiénes?

-Usted lo sabe mejor que yo, mistar Wormold. No se presentan con tarjeta de visita -algo se movió rápidamente en el otro cuarto-. No es más que una rata, mistar Wormold. De noche, le dejo un pedacito de queso.

-Así que Milly le prestó los "Cuentos" de Lamb. -Me alegro de que haya cambiado de código -dijo el doctor Hasselbacher-. Tal vez ahora me dejarán tranquilo. Ya no les puedo ayudar. Se empieza con acrósticos y crucigramas, y luego, antes de darse cuenta, uno tiene empleo... Ahora hay que ser cuidadoso hasta con los pasatiempos.

-Pero Raúl... ni siquiera existía. Usted me aconsejó que mintiera, y mentí. No eran más que inventos, Hasselbacher.

-¿Y Cifuentes? ¿Me va a decir que tampoco existía?

-Era distinto. Pero a Raúl lo inventé.

-Entonces lo inventó demasiado bien, mistar Wormold. Ahora existe todo un legajo sobre Raúl.

- No era más real que el personaje de una novela.
- ¿Son siempre inventados? No sé cómo trabajan los novelistas, mistar Wormold. No conocí a ninguno antes de usted.
- No había ningún piloto borracho en la línea aérea Cubana.
- Oh, de acuerdo; ese detalle debió inventarlo usted. No sé por qué.
- Si usted descifraba mis telegramas, debe haber comprendido que nada era verdad; usted conoce la ciudad. Un piloto despedido por borracho, un amigo con un avión, todo eran inventos.
- No conozco sus motivos, mistar Wormold. Tal vez quisiera disfrazar su identidad en caso de que descifráramos su código. Tal vez si sus amigos hubieran sabido que era rico y tenía su propio avión no hubieran pagado tanto. ¿Cuánto fue a parar a su bolsillo, digo yo, y cuánto al suyo, mistar Wormold?
- No comprendo una palabra de lo que dice.
- Usted lee los diarios, mistar Wormold. Sabe que hace un mes le quitaron el permiso de vuelo después de aterrizar borracho en una plaza de juegos infantiles.
- No leo los diarios locales.
- ¿Nunca? Por supuesto que negé trabajar para usted. Le ofrecieron un montón de dinero si trabajaba para ellos. Ellos también quieren fotos, mistar Wormold, de esas plataformas que descubrió en las montañas de Oriente.
- No hay plataformas.
- No espere que crea demasiado, mistar Wormold. En un telegrama usted se refería a los planos que había enviado a Londres. Ellos también necesitan fotografías.
- Usted debe saber quiénes son ellos.
- "Cui bono?"
- ¿Y a mí qué me tienen preparado?
- Al principio me prometieron que no planearían nada. Usted les ha resultado útil. Sabían lo suyo desde el primer momento, mistar Wormold, pero no le tomaron en serio. Hasta llegaron a creer que inventaba sus informes. Pero después cambió los códigos y aumentó su personal. El Servicio Secreto Británico no sería tan fácil de engañar, ¿verdad? -cierta lealtad hacia Hawthorne mantuvo callado a Wormold-. Mistar Wormold, mistar Wormold, ¿por qué empezó?
- Usted sabe por qué. Necesitaba el dinero -se encontró asimilando la verdad como un calmante.
- Yo le hubiera prestado dinero. Se lo ofrecí.
- Necesitaba más de lo que usted pudiera prestarme.
- ¿Por Milly?
- Sí.
- Cuidela mucho. Está usted en una profesión donde no es bueno amar a nadie, ni a nada. Eso es lo que atacan. ¿Se acuerda del cultivo que yo preparaba?
- Sí.
- Tal vez si no hubieran destrozado mi voluntad de vivir, no me habrían convencido con tanta facilidad.
- ¿Cree realmente...?
- Lo único que le pido es que tenga cuidado.
- ¿Puedo usar su teléfono?
- Sí.
- Wormold llamó a su casa. ¿Se imaginó simplemente el suave click que indicaba que la cinta empezaba a grabar? Contestó Beatriz. Él dijo:
- ¿Está todo en orden?
- Sí.

-Espere hasta que yo llegue. ¿Está bien Milly?

-Profundamente dormida.

-Ya voy.

El doctor Hasselbacher dijo:

-No hubiera debido mostrar su amor en la voz. Sabe Dios quién escuchaba -caminó con dificultad hasta la puerta a causa de los pantalones apretados-. Buenas noches, mistar Wormold. Aquí está el Lamb.

-Ya no lo necesitaré.

-Puede que Milly lo quiera. ¿Le importaría no decir nada a nadie sobre esta... vestimenta? Una vez el káiser me dirigió la palabra.

-¿Qué le dijo?

-Me dijo: "Le recuerdo. Usted es el capitán Müller".

#### Interludio en Londres

Cuando el jefe tenía visitas a cenar en su casa, cocinaba él, pues ningún restaurante satisfacía su minucioso y romántico nivel. Se contaba que una vez que estaba enfermo se negó a cancelar la invitación a un viejo amigo, y cocinó por teléfono desde la cama. Con un reloj delante, en la mesilla, interrumpía la conversación en el momento necesario, para dar instrucciones a su valet.

-Hola, hola, Brewer, hola, ahora saque el pollo y vuelva a bañarlo con la salsa.

También se decía que una vez que se había tenido que retrasar en la oficina trató de cocinar desde allí, pero la cena se había arruinado porque, por la fuerza de la costumbre, usó el teléfono rojo, el distorsionador, y lo único que había llegado a oídos del valet eran ruidos extraños como si alguien hablara rápidamente en japonés.

La comida que había servido al subsecretario permanente era sencilla y excelente: carne asada con un deje de ajo. Sobre el trinchante descansaba un queso Wensleydale, y el silencio de Albany les envolvía como nieve. Después de sus afanes en la cocina, el mismo jefe olía ligeramente la salsa.

-Verdaderamente excelente. Excelente.

-Una vieja receta de Norfolk. "Granny Brown's Ipswich Roast".

-Y la carne... se derrite, realmente.

-Ya enseñé a Brewer a hacer las compras, pero nunca será buen cocinero. Necesita constante supervisión.

Durante un rato comieron en silencio reverente; la única distracción fue un taconear de mujer por Rope Walk.

-Buen vino -dijo por fin el subsecretario permanente.

-Buena cosecha la del cincuenta y cinco. Pero todavía un poco joven.

-Poco.

Con el queso, el jefe volvió a hablar.

-La nota rusa... ¿Qué opina el Foreign Office?

-Estamos algo sorprendidos por la referencia a las bases del Caribe -crujieron unos bizcochos Romary-. Pero no pueden referirse a las Bahamas, que valen más o menos lo que los yanquis nos pagaron por ellas, unos cuantos destructores viejos. Y sin embargo, siempre supusimos que esas construcciones de Cuba eran de origen comunista. ¿Le parece que, después de todo, puedan ser de origen norteamericano?

-¿No nos habrían informado?

-No necesariamente, me temo. Desde el caso de Fuchs. Dicen que también nosotros nos guardamos bastantes cosas entre pecho y espalda. ¿Qué dice nuestro hombre en La Habana?

-Le pediré un informe completo de la situación. ¿Qué le parece el Wensleydale?

-Perfecto.

-Sírvasle oporto.

-Cockburn treinta y cinco, ¿verdad?

-Veintisiete.

-¿Le parece que eventualmente querrán la guerra? -preguntó el jefe.

-Usted sabe tanto como yo.

-Están muy activos en Cuba, aparentemente con ayuda de la policía. Nuestro hombre en La Habana ha pasado malos momentos. Asesinaron a su mejor agente, ya lo sabe (por supuesto, accidentalmente), cuando partía para tomar fotografías aéreas de las construcciones. Una gran pérdida para nosotros. Pero yo daría mucho más que la vida de un hombre por esas fotos. Ya dimos mil quinientos dólares. Tirotearon a otro de nuestros agentes en la vía pública, y se asustó. El tercero se ha ocultado. También hay una mujer, y también la interrogaron, a pesar de ser la querida del director de Correos y Telégrafos. Hasta ahora han dejado tranquilo a nuestro hombre, tal vez para vigilarle. De todos modos, es un pájaro listo.

-Pero sin duda debe haberse descuidado algo para perder todos esos agentes.

-Al comienzo debemos esperar bajas. Descifraron su código. No me hacen feliz esos códigos de libro. Hay un alemán allá que parece su principal operador y experto criptógrafo. Hawthorne previno a nuestro agente, pero ya sabe cómo son estos viejos comerciantes; tienen una obstinada lealtad. Tal vez valgan la pena unas cuantas bajas para abrirle los ojos. ¿Cigarro?

-Gracias. ¿Será capaz de empezar de nuevo si se quema?

-Tiene algo que vale por todo. Se introdujo directamente en el campo enemigo. Reclutó un doble agente en la misma central de policía.

-¿Los agentes dobles no son siempre algo... peligrosos? Uno nunca sabe si le están dando lo flaco o lo gordo.

-Confío en nuestro hombre para soplarlo siempre -dijo el jefe-. Y digo soplar porque los dos son grandes jugadores de damas. En realidad, ésa es la excusa que tienen para reunirse.

-No exagero al hablar de la importancia que asignamos a esas construcciones. ¡Si ese hombre hubiera conseguido sacar las fotografías antes de que le asesinaran! El primer ministro nos apremia para informar a los yanquis y pedirles ayuda.

-No le deje hacerlo. No se puede confiar en sus medidas de seguridad.

## **QUINTA PARTE**



## Capítulo Primero

1

-Soplo -dijo el capitán Segura.

Se habían encontrado en el Havana Club. En el Havana Club, que no era un club, y cuyo propietario era el rival de Baccardi, todas las bebidas a base de ron eran gratis, y esto permitía a Wormold aumentar sus ahorros, pues naturalmente seguía incluyendo las bebidas en su lista de gastos: el hecho de que las bebidas fueran gratuitas hubiera sido tedioso de explicar, si no inexplicable, para Londres. El bar quedaba en el primer piso de una casa del siglo diecisiete y las ventanas daban a la catedral, donde una vez yació el cuerpo de Colón. Una estatua de Colón en piedra gris se alzaba frente a la catedral, como si se hubiera formado durante siglos bajo el agua, como un arrecife coralino, por acción de los insectos.

-Sabe -dijo el capitán Segura-, hubo un tiempo en que pensé que yo le disgustaba.

-Hay otros motivos para jugar a las damas fuera de gustar de una persona.

-Sí, para mí también -dijo el capitán Segura-. Mire, tengo una dama.

-Y yo le soplo tres veces.

-Cree que no le vi, pero ya comprobará que la jugada es a favor mío. Ahora me llevo su única dama. ¿Para qué fue a Santiago, Santa Clara y Cienfuegos hace dos semanas?

-Siempre visito a mis distribuidores en esta época.

-En realidad, parecía como si ésa "fuera" la causa. Usted se alojó en el hotel nuevo de Cienfuegos. Comió solo en un restaurante del puerto. Fue a un cine y luego a dormir. Al día siguiente...

-¿Cree en realidad que soy un agente secreto?

-Comienzo a dudarlo. Me parece que nuestros amigos cometieron una equivocación.

-¿Quiénes son nuestros amigos?

-Oh, digamos los amigos del doctor Hasselbacher.

-¿Y quiénes son?

-Mi trabajo es conocer lo que sucede en La Habana -dijo el capitán Segura-, no tomar partido ni dar información -movía su dama por todo el tablero, sin oposición.

-¿Hay algo en Cuba bastante importante para interesar a un Servicio Secreto?

-Por supuesto, no somos más que un pequeño país, pero estamos muy cerca de la costa norteamericana. Y estamos frente a la base de ustedes en Jamaica. Si un país se encuentra rodeado, como está Rusia, tratará de abrir un agujero desde dentro.

-¿De qué serviría yo, o el doctor Hasselbacher, en la estrategia global? Un hombre que vende aspiradoras. Un médico retirado.

-Hay piezas carentes de importancia en todos los juegos -dijo el capitán Segura-. Como ésta. La como, y a usted no le importa. El doctor Hasselbacher, por supuesto, es muy bueno para los crucigramas.

-¿Qué tienen que ver los crucigramas?

-Un hombre así hace un buen criptógrafo. Alguien me mostró una vez un telegrama suyo, con la interpretación dada por ellos, o mejor dicho, me dejó descubrirlo. Tal vez creyeron que le echaría de Cuba -se echó a reír-. El padre de Milly. Qué poco sabían.

-¿Qué decía?

-Usted afirmaba haber reclutado al ingeniero Cifuentes. Por supuesto, era absurdo. Le conozco bien. Tal vez le tirotearon para que el telegrama sonara más convincente. Tal vez lo escribieron porque querían librarse de usted. O tal vez son más crédulos que yo.

-¿Qué historia extraordinaria -movió una pieza-. ¿Cómo tiene la seguridad de que Cifuentes no es agente mío?

-Por su modo de jugar a las damas, mistar Wormold, y porque interrogué a Cifuentes.

-¿Le torturó?

El capitán Segura rompió a reír.

-No. No pertenece a la clase torturable.

-No sabía que había distinciones de clase en la tortura.

-Querido mistar Wormold, seguramente usted comprende que hay gente que espera que la torturen y otros a quienes ultrajaría la sola idea de que los torturen. Nunca se tortura, excepto por una especie de acuerdo mutuo.

-Hay torturas y torturas. Cuando destrozaron el laboratorio del doctor Hasselbacher estaban torturando...

-Nunca se sabe lo que pueden hacer los aficionados. La policía no tuvo nada que ver en eso. El doctor Hasselbacher no pertenece a la clase torturable.

-¿Quién pertenece?

-Los pobres de mi país, de cualquier país latinoamericano. Los pobres de Europa central y del Oriente. Por supuesto, ustedes no tienen pobres, de modo que son intorturables. En Cuba la policía puede tratar con la dureza que quiera a los emigrados de América Latina y del Báltico, pero no a los visitantes de su país ni de Escandinavia. Es cuestión de instinto por ambas partes. Los católicos son más torturables que los protestantes, así como son más criminales. Ya ve cómo tenía razón al coronar esa dama, y ahora como por última vez.

-Usted gana siempre, ¿verdad? Esa teoría suya es interesante.

-Una de las razones por las que Occidente odia a los grandes estados comunistas es porque no reconocen distinciones de clase. A veces torturan a quienes no deben. Lo mismo hizo Hitler, por supuesto, y horrorizó al mundo. A nadie le importa lo que pasa en nuestras cárceles, ni en las de Lisboa, o Caracas, pero Hitler era demasiado promiscuo. Era como si en su país un chófer se hubiera acostado con una dama de la nobleza.

-Eso ya no nos horroriza.

-Hay un peligro enorme para todos cuando cambian las cosas que nos horrorizan.

Tomaron otro daiquiri gratis cada uno, tan helado que debían beberlo a gotitas para evitar un dolor en los senos frontales.

-¿Y cómo está Milly? -preguntó el capitán Segura.

-Bien.

-Me gusta mucho la niña. Ha sido muy bien criada.

-Me alegra que piense así.

-Ésa es otra de las razones por las que no quiero que se meta en líos, mistar Wormold, porque podría significar su pérdida del permiso de residencia. La Habana quedaría empobrecida sin su hija.

-No espero que me crea, capitán, pero realmente Cifuentes no era agente mío.

-Le creo. Pienso que tal vez lo quisieron usar como cebo, o de señuelo, como esos patos pintados que atraen a posarse a los patos de verdad -terminó el daiquiri-. Por supuesto, eso me viene bien. Me encanta ver cómo vienen a posarse los patos silvestres de Rusia, de América, Inglaterra, hasta de Alemania, nuevamente. Desprecian al pobre cazador local, al latino, pero un día, cuando se hayan posado todos, ¡qué tiroteo voy a hacer!

-Es un mundo complicado. Me resulta más fácil vender aspiradoras.

-¿Prosperan los negocios, espero?

-Oh, sí, sí.

-Me interesó ver que aumentaba su personal. Esa encantadora secretaria del sifón y el abrigo que no cerraba. Y el joven.

-Necesito alguien que revise las cuentas. López no es de fiar.

-Ah, López. Otro de sus agentes -el capitán Segura se reía-. O así me informaron.

-Sí. Me trae informes secretos sobre el departamento de policía.

-Tenga cuidado, mistar Wormold. Ése es uno de los torturables -ambos reían, sorbiendo daiquiri. Es fácil reírse de la idea de torturas en un día de sol-. Tengo que irme, mistar Wormold.

-Supongo que los calabozos están repletos de espías míos.

-Siempre podemos hacer sitio para más con unas cuantas ejecuciones.

-Algún día, capitán, le voy a ganar a las damas.

-Lo dudo, mistar Wormold.

Desde la ventana vio pasar al capitán Segura junto a la figura de Colón, camino de la oficina. Luego tomó otro daiquiri gratis. El Havana Club y el capitán Segura parecían haber ocupado el lugar del Wonder Bar y el doctor Hasselbacher. No se podía hacer retroceder el tiempo. El doctor Hasselbacher había sufrido una humillación en su presencia, y la amistad no tolera la humillación. No había vuelto a ver al doctor Hasselbacher.

En el club se sentía, como en el Wonder Bar, ciudadano de La Habana; el elegante joven que le servía la bebida no trataba de vender ninguna de las distintas botellas de ron colocadas sobre la mesa. Un hombre de barba gris leía el diario de la mañana como siempre a la misma hora; como de costumbre, el cartero había interrumpido su recorrido para tomar su copita gratis: todos eran ciudadanos también. Cuatro turistas salían del bar con canastos de mimbre llenos de botellas de ron; estaban acalorados y contentos y albergaban la ilusión de que las bebidas no les habían costado nada. Pensó: "Son extranjeros y, por supuesto, intorturables."

Wormold bebió su daiquiri demasiado rápidamente y salió del Havana Club con dolor de ojos. Los turistas se inclinaban sobre el aljibe del siglo diecisiete; habían arrojado monedas adentro en cantidad bastante para pagar otra vez toda la bebida: así se aseguraban un feliz retorno. Una voz de mujer le llamó y vio a Beatriz de pie entre los pilares de la arcada, entre las calabazas, las maracas y las muñecas negras de la tienda de recuerdos.

-¿Qué hace aquí?

-No me hacen feliz sus encuentros con Segura. Esta vez quise asegurarme...

-¿Asegurarse de qué? -se preguntó si por fin habría entrado en sospechas de la inexistencia de sus agentes. Tal vez habría recibido instrucciones de vigilarle, de Londres o de 59200, en Kingston. Comenzaron a caminar de vuelta a casa.

-Asegurarme de que no era una trampa, de que la policía no sé lo llevaba. Un agente doble es difícil de manejar.

-Usted se preocupa demasiado.

-Y usted tiene muy poca experiencia. Mire lo que les pasó a Raúl y a Cifuentes.

-A Cifuentes le interrogó la policía -agregó con alivio-. Está quemado, así que ya no nos sirve.

-¿Y no está quemado usted también, entonces?

-No dejó escapar nada. El capitán Segura condujo el interrogatorio, y Segura es uno de los nuestros. Creo que tal vez es hora de darle una bonificación. Está tratando de compilar una lista completa de los agentes extranjeros que operan aquí. Americanos y rusos por igual. Patos silvestres, así les llama.

-Sería un gran golpe. ¿Y las construcciones?

-Tendremos que darles un descanso por un tiempo. No puedo hacerle trabajar contra su propio país.

Al pasar frente a la catedral le dio la moneda de costumbre al mendigo ciego sentado en las escalinatas del templo. Beatriz dijo:

-Casi parece que valdría la pena ser ciego, con este sol.

En Wormold se agitó el instinto creador. Dijo:

-Sabe, no es ciego. Ve todo lo que pasa.

-Debe ser un buen actor. Le estuve mirando todo el tiempo que usted estuvo con Segura.

-Y él la estaba mirando a usted. En realidad, es uno de mis mejores informantes. Siempre lo estaciono aquí cuando me encuentro con Segura. Una precaución elemental. No soy tan descuidado como usted cree.

-Nunca informé al cuartel general.

-No tiene objeto. No iba a saber nada sobre un mendigo ciego, y no lo uso para información. Pero si me hubieran arrestado, usted lo habría sabido en diez minutos. ¿Qué hubiese hecho?

-Quemar todos los documentos y llevar a Milly a la embajada.

-¿Y con Rudy?

-Le hubiera dicho que mandara una carta a Londres para informar que nos desbandábamos, y luego que desapareciera.

-¿Qué hace uno para desaparecer? -no insistió en recibir respuesta. Dijo lentamente, a medida que la historia crecía de por sí: El mendigo se llama Miguel. En realidad, hace todo esto por cariño. Sabe, le salvé la vida.

-¿Cómo?

-Oh, no fue nada. Un accidente en el ferry. Lo que sucedió fue que yo sabía nadar y él no.

-¿Le dieron una medalla? -la miró rápidamente, pero en su cara no leyó más que inocente interés.

-No. No hubo gloria. En realidad, me multaron por traerlo a tierra en una zona prohibida.

-Qué anécdota romántica. Y ahora, por supuesto, daría la vida por usted.

-Oh, no iría tan lejos.

-Dígame, por favor, ¿tiene por ahí una libretita de hule con sus primeras compras anotadas?

-No creo. ¿Por qué?

-¿Con sus primeras compras de plumas de acero y gomas de borrar?

-¿Por qué demonios plumas de acero?

-Se me ocurrió, simplemente.

-Nadie las usa en la actualidad.

-Olvídelo. Fue algo que me dijo Henry. Una equivocación natural.

-¿Quién es Henry? -preguntó él.

-59200.

Sintió una extraña punzada de celos, pues a pesar de las reglas de seguridad, solamente una vez le había llamado Jim.

La casa estaba vacía como de costumbre cuando regresaron; tuvo conciencia de que ya no echaba en falta a Milly, y sintió el triste alivio del hombre que comprende que al fin hay un amor que ya no duele.

-Rudy salió -dijo Beatriz-, a comprar dulces, supongo. Come demasiados. Debe consumir montones de energía, porque no engorda, pero no sé en qué.

Mejor si nos ponemos a trabajar. Hay que mandar un telegrama. Segura me dio valiosos informes sobre infiltración comunista en la policía. No lo creerá usted...

-Puedo creer casi cualquier cosa. Mire esto. Acabo de descubrir algo fascinante en el libro del código. ¿Sabía que había un grupo para "eunuco"? ¿Cree que se telegrafía a menudo esa palabra?

-Supongo que la necesitarán en la oficina de Estambul.

-Me gustaría poder usarla. ¿No podemos?

-¿Piensa volver a casarse?

Beatriz dijo:

-Sus asociaciones de ideas son a veces demasiado obvias. ¿Cree que Rudy tiene una vida secreta? No puede consumir toda esa energía en la oficina.

-¿Cómo se aprende a llevar una vida secreta? ¿Hay que pedir permiso a Londres antes de empezar?

-Bueno, por supuesto, habría que pedir informes antes de ir más lejos. Londres prefiere mantener al sexo dentro del Departamento.

## Capítulo II

1

-Me debo estar volviendo importante -dijo Wormold-. Me invitaron a pronunciar un discurso.

-¿Dónde? -preguntó Milly, mirando cortésmente por encima del "Horsewoman's Year Book". Era la hora de la tarde en que terminado el trabajo, el último rayo de oro se aplastaba contra los techos y tocaba el pelo color de miel y el whisky de su vaso.

-En la comida anual de la Asociación de Comerciantes Europeos. El doctor Blaun, el presidente, me invitó a hablar como socio más antiguo. El huésped de honor es el cónsul general norteamericano -agregó con orgullo. Parecía que hacía tan poco tiempo de su llegada a La Habana y de su encuentro en el Floridita Bar con la joven que sería madre de Milly, y con su familia; ahora era el comerciante más antiguo de la ciudad. Muchos se habían retirado: algunos habían vuelto a la patria a luchar en la última guerra (ingleses, alemanes, franceses), pero a él le habían rechazado por su pierna. Ninguno había vuelto a Cuba.

-¿De qué hablarás?

Dijo tristemente:

-No hablaré. No sabría qué decir.

-Apuesto a que hablas mejor que cualquiera de ellos.

-Oh, no. Puede que sea el socio más antiguo, Milly, pero también soy el menos importante. Los exportadores de ron y los de los cigarros, éstos son la gente verdaderamente importante.

-Tú eres tú.

-Me gustaría que hubieras elegido un padre "más" inteligente.

-El capitán Segura dice que eres bastante bueno a las damas.

-Pero no tan bueno como él.

-Por favor, papá, acepta -dijo ella-. Estaría muy orgullosa.

-Quedaría como un tonto.

-No. Por mí.

-Por ti daría saltos mortales. Muy bien. Aceptaré.

Rudy llamó a la puerta. Era la hora en que recibía por última vez; sería medianoche en Londres. Dijo:

-Hay un telegrama de Kingston, urgente. ¿Llamo a Beatriz?

-No, me arreglaré solo. Se va al cine.

-Parece que marchan los negocios.

-Sí.

-Pero ya no "vendes" aspiradoras...

-Es una promoción a largo tiempo.

Pasó a su dormitorio, a descifrar el telegrama. Era de Hawthorne. Wormold debía tomar el primer avión posible a Kingston y presentarse. Pensó: "Así que por fin lo saben."

2

El encuentro era en el Myrtle Bank Hotel. Wormold no había pisado Jamaica en muchos años y le abrumaron la suciedad y el calor. ¿A qué obedecía la mugre de las posesiones

británicas? Los españoles, los franceses y los portugueses construían ciudades donde se afincaban, pero los ingleses se limitaban a permitirles crecer. La calle más pobre de La Habana tenía dignidad, comparada con la vida en las cabañas de Kingston: chozas hechas con latas de gasolina y techadas con metal conseguido en algún cementerio de automóviles abandonados.

Hawthorne, sentado en un sillón de la galería del Myrtle Bank, sorbía una bebida con una pajita. Vestía un traje tan immaculado como cuando Wormold le vio por primera vez; el único signo del enorme calor era el talco que se había apelotonado debajo de la oreja derecha. Dijo:

-Busque un reclinatorio -había vuelto con su argot.

-Gracias.

-¿Tuvo buen viaje?

-Sí, gracias.

-Supongo que estará contento de sentirse en suelo patrio.

-¿Patrio?

-Claro, aquí. De vacaciones de los hispanos. Otra vez en territorio británico.

Wormold pensó en las chozas que había visto junto al puerto, en un viejo sin esperanza que dormitaba en un parche de sombra y en el chico harapiento que chupaba un trozo de madera de la playa. Dijo:

-La Habana no está tan mal.

-Sírvese un ponche de plantador. Los hacen muy bien aquí.

-Gracias.

Hawthorne dijo:

-Le pedí que viniera porque hay una pequeña dificultad.

-¿Sí? -suponía que estaba surgiendo la verdad. ¿Podían arrestarle ahora que estaba en territorio británico? ¿De qué le acusarían? De obtener dinero con falsos pretextos, tal vez, o algún cargo aún más oscuro oído "in camera", bajo las actas del Servicio Oficial.

-Sobre esas construcciones.

Quería explicar que Beatriz no sabía nada de todo eso; que no tenía otro cómplice que la credulidad de otros hombres.

-¿Qué pasa con las construcciones? -preguntó.

-Me gustaría que hubiera conseguido fotografiarlas.

-Lo intenté. Ya sabe lo que pasó.

-Sí. Los planos son un poquito confusos.

-No los hizo un dibujante especializado.

-No lo tome a mal, amigo. Usted ha conseguido maravillas, pero, sabe, hubo un momento en que pensé que... casi sospeché.

-¿Qué?

-Bueno, algunos me recordaban..., para ser franco, me recordaban las piezas de una aspiradora.

-Sí, a mí también me lo pareció.

-Y después, sabe, recordé todas las chucherías de su negocio.

-¿Se creyó que estaba tomando el pelo al Servicio Secreto?

-Por supuesto, ahora resulta fantástico, lo reconozco. De todos modos, me sentí aliviado cuando descubrí que los otros han decidido asesinarle.

-¿Asesinarme?

-Verá usted, eso prueba que los planos son auténticos.

-¿Quiénes?

-El otro bando. Por supuesto, afortunadamente me había reservado mis sospechas.

-¿Cómo me van a asesinar?

-Oh, ya llegaremos a eso. Cuestión de veneno. Lo que quiero decir es que, después de las fotografías, no podemos tener mejor confirmación de sus informes. Los habíamos mantenido en reserva, pero ahora los hemos hecho circular por todos los departamentos. Los enviamos a Investigaciones Atómicas, también. No fueron muy explícitos. Dijeron que no tenían conexión con la fisión nuclear. Lo que pasa es que nos hemos cegado con los chicos del átomo olvidando casi que puede haber otras formas de guerra científica, igualmente peligrosas.

-¿Cómo me van a envenenar?

-Primero lo primero, amigo. No se debe olvidar la economía en la guerra. Cuba no puede permitirse el lujo de construir bombas H, pero ¿habrán descubierto algo igualmente efectivo a corto alcance y "barato"? Esa es la palabra importante: barato.

-Por favor, ¿tendría algún inconveniente en decirme cómo me van a matar? Sabe, me interesa personalmente.

-Por supuesto que se lo voy a decir. Primero quería darle los antecedentes y decirle qué satisfechos estamos... de la confirmación de sus informes, me refiero. Piensan envenenarle en algo así como una comida de negocios.

-¿La Asociación de Comerciantes Europeos?

-Creo que ése era el nombre.

-¿Cómo lo sabe?

-Hemos penetrado su organización aquí. Se sorprendería de todo lo que sabemos sobre su territorio. Por ejemplo, puedo decirle que la muerte de barra cuatro fue un accidente. Querían asustarle simplemente, como asustaron a barra tres cuando le dispararon. Usted es el primero que se han decidido a asesinar realmente.

-Es un consuelo.

-En cierto modo, usted sabe, es un cumplido. Usted es peligroso ahora -Hawthorne hizo un prolongado ruido de succión, al sorber el resto del líquido entre las capas de hielo, la naranja, la piña y la cereza del tope.

-Supongo -dijo Wormold- que será mejor no asistir -se sintió sorprendentemente desencantado-. Será el primer almuerzo que me pierdo en diez años. Hasta me pidieron que hable. La firma confía en que siempre concurra. Es como izar la bandera.

-Pero "por supuesto" que tiene que ir.

-¿Y dejar que me asesinen?

-No necesita comer nada, ¿verdad?

-¿Alguna vez intentó ir a una comida y no probar nada? Y también está la cuestión de las bebidas.

-No pueden envenenar una botella de vino. Usted podría dar la impresión de ser un alcohólico, alguien que no come, pero bebe.

-Gracias. Eso sería bueno para mis negocios, con toda seguridad.

-La gente es compasiva con los alcohólicos -dijo Hawthorne-. Además, si no va, sospecharán algo. Y pone en peligro a mi informante. Tenemos que proteger a nuestros informantes.

-Supongo que ésas son las instrucciones.

-Exactamente, amigo. Otra cuestión: conocemos el complot, pero no conocemos a los conjurados, excepto sus símbolos. Si descubrimos quiénes son, podemos insistir en hacerlos prender. Les desarmaremos la organización.

-Así es, no existe el crimen perfecto, ¿verdad? Me atrevería a decir que cuando practiquen la autopsia habrá alguna pista que usted podrá utilizar para convencer a Segura de que entre en acción.

-No tiene miedo, ¿verdad? Éste es un trabajo peligroso. No debiera haberlo aceptado a menos de estar preparado...



-Parece una madre espartana, Hawthorne. Vuelve vencedor o quédate debajo de la mesa.  
-Ésa es una excelente idea, sabe. Se puede deslizarse bajo la mesa en el momento oportuno. Los asesinos creerán que está muerto y los otros supondrán que está borracho simplemente.  
-Esto no es una reunión de los cuatro grandes en Moscú. Los comerciantes europeos no caen debajo de la mesa.  
-¿Nunca?  
-Nunca. Usted piensa que me preocupo innecesariamente, ¿verdad?  
-Me parece que no hay ninguna necesidad de que usted se preocupe desde ahora. Ellos no le servirán la comida, se la sirve usted mismo.  
-Por supuesto. Excepto que siempre hay cangrejo de Morro para empezar en el Nacional. Y eso se prepara con anticipación.  
-No debe comerlo. Infinidad de personas no comen cangrejo. Cuando sirvan los otros platos, no se sirva en ningún caso la porción contigua a la suya. Es como si el prestidigitador le obligara a elegir una carta. Tiene que rechazarla.  
-Pero el prestidigitador generalmente se las arregla para obligarnos a tomar su carta lo mismo.  
-Le diré lo que debe hacer: ¿dijo que la comida era en el Nacional?  
-Sí.  
-Entonces ¿por qué no usa a barra siete?  
-¿Quién es barra siete?  
-¿No recuerda a sus propios agentes? ¿No es el jefe de mozos del Nacional? Él puede colaborar con usted para asegurarse de que nadie se meta con su plato. Ya es hora de que haga algo para ganarse el sueldo. No recuerdo que usted nos haya enviado un solo informe suyo.  
-¿No me puede dar ninguna idea de quién será el hombre del almuerzo? Digo el que intentará... -tropezaba con la palabra "matar"- ¿hacerlo?  
-Ni idea, amigo. Simplemente, cuídese de todos. Sírvese otra copa.

### 3

El avión de vuelta a Cuba traía pocos pasajeros: una española con un rebaño de hijos: algunos que gritaban y algunos que se marearon en cuanto despegaron; una negra con un gallo vivo envuelto en su chal; un exportador de cigarros cubanos con quien Wormold cambiaba saludos, y un inglés con traje de "tweed" que fumaba en pipa hasta que la camarera le dijo que la apagara. Entonces hizo ostentación de chupar la pipa vacía durante el resto del viaje, y sudó copiosamente enfundado en su "tweed". Tenía la cara malhumorada del hombre que siempre tiene razón.  
Cuando sirvieron el almuerzo vino a sentarse junto a Wormold, varios asientos atrás. Dijo:  
-No puedo aguantar a esos bastardos que chillan. ¿No le incomoda? -miró los papeles que Wormold sostenía en las rodillas-. ¿Usted está con Phastkleaners? -dijo.  
-Sí.  
-Yo con Nucleaners. Mi apellido es Carter.  
-oh.  
-Éste es mi segundo viaje a Cuba. Lugar alegre, me han dicho -dijo, soplando la pipa y poniéndola a un lado para almorzar.  
-Puede resultarlo, si le gustan la ruleta o los burdeles.  
Carter acarició su bolsa de tabaco como si se tratara de la cabeza de un perro: "mi fiel sabueso me hará compañía".

-No quise decir exactamente... aunque no soy puritano, eh. Supongo que sería interesante. En Roma hay que hacer como los romanos -cambió de tema-. ¿Vende muchas máquinas?

-No están mal los negocios.

-Nosotros tenemos un nuevo modelo que se va a hacer con el mercado -se sirvió un enorme bocado de torta y después cortó un trozo de pollo.

-No me diga.

-Avanza a motor, como una máquina de cortar césped. La mujercita no necesita hacer ningún esfuerzo. Nada de tubos que acarrear por todas partes.

-¿Ruidosa?

-Silenciador especial. Menos ruido que su modelo. Lo llamamos Esposa Susurrante -después de tomar un trago de sopa de tortuga empezó a comer la ensalada de frutas, aplastando con los dientes las semillas de las uvas. Dijo-: Pronto inauguramos nuestra agencia en Cuba. ¿Conoce al doctor Braun?

-Sí. De la Asociación de Comerciantes Europeos. Es nuestro presidente. Importa instrumentos de precisión de Ginebra.

-Ése es el hombre. Nos ha dado consejos sumamente valiosos. En realidad, yo voy a la comilona de ustedes invitado por él. ¿Sirven buena comida?

-Ya sabe lo que es la comida de hotel.

-Mejor que ésta, de todos modos -dijo, escupiendo un hollejo. Se había olvidado de los espárragos con mahonesa, y ahora los atacaba. Después hurgó en sus bolsillos-. Ésta es mi tarjeta -la tarjeta decía: "William Carter B. Tech. (Nottwich)", y en el costado "Nuclearners Ltd."-. Estaré una semana en el Sevilla-Biltmore.

-Creo que no llevo tarjetas encima. Mi apellido es Wormold.

-¿Conoce a un tipo que se llama Davis?

-Creo que no.

-Vivíamos juntos en la Universidad. Está con Gripfix y se vino a esta parte del mundo. Es gracioso: uno encuentra hombres de Nottwich en todas partes. Usted no estuvo allí, ¿verdad?

-No.

-¿En la de Reading?

-No fui a la Universidad.

-No lo hubiera notado -dijo Carter, con amabilidad-. Yo hubiera ido a Oxford, sabe, pero están muy atrasados en tecnología. Está bien para maestros de escuela, supongo -empezó a chupar de nuevo la pipa vacía como un niño el chupete, hasta que le silbó entre los dientes. De pronto habló otra vez, como si restos de tanino le hubieran tocado la lengua, con un sabor amargo-. Antiguadas reliquias, viven del pasado. Las aboliría.

-¿Qué aboliría?

-Oxford y Cambridge -tomó el único resto de comida que quedaba en la bandeja, un panecillo, y lo desmenuzó como el tiempo y la hiedra desmenuzan la piedra. Wormold lo perdió en la aduana. Tenía dificultades con su aspiradora de muestra, y Wormold no vio ninguna razón para que el representante de Phastkleaners ayudara a entrar al país al de Nuclearners. Beatriz estaba allí, esperándole con el Hilman. Hacía muchos años que no le esperaba una mujer.

-¿Todo bien? -preguntó ella.

-Sí. Oh, sí. Parece que están satisfechos conmigo -le miró las manos sobre el volante; no llevaba guantes en la cálida tarde; eran manos hermosas y competentes. Dijo-: No se puso el anillo.

-No creí que nadie se fijara. Milly lo notó también. Son ustedes una familia observadora.

-¿No lo perdió?

-Me lo quité ayer para lavar y olvidé ponérmelo. ¿No tiene sentido, verdad, usar un anillo que uno olvida?

Fue entonces cuando le contó lo del almuerzo.

-¿No irá?

-Hawthorne espera que vaya. Para proteger a su informante.

-Maldito sea su informante.

-Hay un motivo mejor. Algo que el doctor Hasselbacher me dijo una vez. A esa gente le gusta atacar lo que uno ama. Si no voy, inventarán algo peor. Y no lo sabremos. La próxima vez podría no ser yo, no creo que me ame a mí mismo tanto como para satisfacerles. Podría ser Milly. O usted -no se dio cuenta de lo que implicaban sus palabras hasta que ella le dejó en la puerta de su casa y siguió con el auto.

### Capítulo III

1

Milly dijo:

-Has tomado una taza de café y eso es todo. Ni siquiera un pedazo de tostada.

-No tengo ganas, sencillamente.

-Hoy vas a ir a comer al almuerzo de la Asociación, y sabes perfectamente que el cangrejo no te cae bien al estómago.

-Te prometo que tendré mucho, mucho cuidado.

-Lo mejor que podrías hacer sería tomar un buen desayuno. Necesitas cereal para que absorba todo el alcohol que vas a tomar -era uno de sus días de dueña.

-Lo siento, Milly, no puedo. Tengo cosas en la cabeza. Por favor, no me cargues. Hoy no.

-¿Preparaste el discurso?

-Hice lo que pude, pero no soy orador, Milly. No me explico por qué me eligieron -pero tenía una intranquila noción de conocer el porqué. Alguien debía de haber influido en el doctor Braun, alguien que había que identificar a cualquier precio. Pensó: "Yo soy el precio."

-Apuesto a que serás una sensación.

-Estoy haciendo todo lo posible por no causar sensación en este almuerzo.

Milly salió para la escuela y él quedó sentado a la mesa. La compañía de cereales que patrocinaba Milly había impreso en la caja de Wheatbrix la última aventura del enanito Doodoo. El enanito Doodoo, en un episodio bastante condensado, encontraba una rata del tamaño de un perro San Bernardo y la ahuyentaba haciéndole creer que él era un gato y diciendo "miau". Era una historia muy sencilla. Se la podía llamar una preparación para la vida. La compañía regalaba también una escopeta de aire comprimido a cambio de doce tapas. Como la caja estaba casi vacía, Wormold comenzó a recortar la tapa, llevando el cuchillo cuidadosamente por la línea de puntos. Doblabla la última esquina cuando entró Beatriz. Preguntó:

-¿Qué está haciendo?

-Pensé que podría hacer falta una escopeta en la oficina. No necesitamos más que otras once tapas.

-No pude dormir anoche.

-¿Demasiado café?

-No. Algo que me dijo usted que había dicho Hasselbacher. Lo de Milly. Por favor, no vaya al almuerzo.

-Es lo menos que puedo hacer.

-Ya hace bastante. Están contentos con usted en Londres. Me doy cuenta por los telegramas que le mandan. Diga lo que diga Henry, Londres no querrá que usted corra riesgos inútiles.

-Es muy cierto lo que dijo. Si no voy, probarán otra cosa.

-No se preocupe por Milly. La cuidaré como un lince.

-¿Y quién la cuidará a usted?

-Yo trabajo en esto; lo he elegido yo. No tiene que sentirse responsable de mí.

-¿Alguna vez se encontró en esta situación?

-No, pero nunca tuve un jefe como usted. Parece que usted les incita. Sabe, este trabajo es generalmente nada más que un escritorio, legajos y telegramas aburridos; no nos gusta el

asesinato. Y no quiero que le asesinen a usted. Usted es real. No pertenece al "Diario de los muchachos". En nombre de Dios, deje esa estúpida caja y escúcheme.

-Releía al enanito Doodoo.

-Entonces, quédese hoy en casa con él. Iré a comprarle todas las cajas atrasadas para que se ponga al día.

-Todo lo que dijo Hawthorne tenía sentido. Lo único que debo hacer es tener cuidado con lo que como. Es importante descubrir quiénes son. Entonces tendré algo concreto a cambio de lo que me pagan.

-Ya ha hecho bastante por ahora. No tiene sentido asistir a ese maldito almuerzo.

-Sí, hay un sentido. Orgullo.

-¿Ante quién quiere lucirse?

-Ante usted.

## 2

Se abrió camino por el vestíbulo del Nacional Hotel entre las vitrinas rebosantes de zapatos italianos, cristal sueco, ceniceros daneses y tejidos ingleses. El comedor privado donde siempre se reunían los comerciantes europeos quedaba justo a espaldas de la silla donde estaba sentado el doctor Hasselbacher, evidentemente esperando a alguien. Wormold se le acercó con pasos cada vez más lentos: era la primera vez que veía al doctor Hasselbacher desde la noche en que, sentado en la cama con su uniforme de ulano, había hablado del pasado. Los socios de la Asociación, al pasar al comedor privado, se detenían y conversaban con el doctor Hasselbacher; él no les prestaba atención.

Wormold llegó al sillón. El doctor Hasselbacher dijo:

-No entre, mistar Wormold -hablaba sin bajar la voz, las palabras temblando entre las vitrinas, llamando la atención.

-¿Cómo está, Hasselbacher?

-Le he dicho que no entre.

-Le oí la primera vez.

-Le van a matar, mistar Wormold.

-¿Cómo lo sabe, Hasselbacher?

-Piensan envenenarle.

Varios de los invitados se detuvieron a mirar y sonreían. Uno de ellos, un norteamericano, dijo:

-¿Tan mala es la comida? -todos se rieron.

Wormold dijo:

-No se quede aquí, Hasselbacher. Llamará la atención.

-¿Va a entrar?

-Por supuesto, soy uno de los oradores.

-Está Milly. No se olvide de Milly.

-No se preocupe por ella. Saldré por mi propio pie, Hasselbacher. Por favor, váyase a su casa.

-Muy bien, pero tenía que intentarlo -dijo el doctor Hasselbacher-. Estaré esperando junto al teléfono.

-Le llamaré cuando salga.

-Adiós, Jim.

-Adiós, doctor -el uso de su nombre de pila le tomó desprevenido. Recordó lo que siempre pensaba en broma: que el doctor Hasselbacher le llamaría por su nombre sólo en su lecho

de muerte, cuando hubiera perdido toda esperanza. De pronto se sintió asustado, solo, lejos de su hogar.

-Wormold -dijo una voz, y al volverse vio que era Carter, de Nucleonics; pero para Wormold en ese momento era también el corazón industrial de Inglaterra, el esnobismo de Inglaterra, la vulgaridad de Inglaterra, todo ese sentimiento de hermandad y seguridad que para él implicaba la palabra Inglaterra.

-¿Carter? -exclamó, como si Carter fuera el único hombre que deseara ver en La Habana, y en ese instante lo era.

-Condenadamente contento de verle -dijo Carter-. No conozco un alma en este almuerzo. Ni siquiera a mi..., ni siquiera al doctor Braun -el bolsillo rebosaba con la pipa y la bolsa; los acarició como para darse confianza, como si también él se sintiera lejos del hogar.

-Carter, éste es el doctor Hasselbacher, un viejo amigo mío.

-Buenas, doctor -y dirigiéndose a Wormold-: Anoche le busqué por todas partes. Pero parece que no sirvo para encontrar los puntos adecuados.

Pasaron juntos al comedor privado. Era más que irracional la confianza que tenía en un compatriota, pero del lado en que pisaba Carter se sentía protegido.

3

El comedor había sido decorado con dos grandes banderas de los Estados Unidos en honor del cónsul general, y banderitas de papel, como en un comedor de aeropuerto, indicando dónde debía sentarse cada uno. A la cabecera de la mesa había una bandera suiza para el doctor Braun, el presidente; incluso había una bandera de Mónaco para el cónsul monegasco, uno de los mayores exportadores de cigarros de La Habana, quien tomaría la derecha del cónsul general en reconocimiento de la boda real. Circulaban los combinados al entrar Wormold y Carter, y en seguida se les acercó un mozo. ¿Era la imaginación de Wormold, o cambió el mozo la posición de la bandeja, de modo que el único daiquiri fue a quedar junto a la mano de Wormold?

-No. No, gracias.

Carter estiró la mano, pero ya el mozo se retiraba por la puerta de servicio.

-¿Tal vez prefiera un martini seco, señor? -preguntó una voz. Se volvió. Era el jefe de mozos.

-No. No me gustan.

-¿Un whisky, señor? ¿Un jerez? ¿Un Old-Fashioned? Lo que guste.

-No bebo -dijo Wormold, y el jefe de mozos le abandonó por otro huésped. Presumiblemente, era barra siete; sería extraño que por irónica coincidencia resultara también ser el asesino potencial. Wormold buscó a Carter con la mirada, pero se había alejado en busca de su anfitrión.

-Le conviene beber todo lo que pueda -dijo una voz con acento escocés-. Me llamo MacDougall. Parece que somos compañeros de mesa.

-No le he visto anteriormente, ¿verdad?

-Reemplazo a McIntyre. Conoció a McIntyre, seguramente.

-Oh, sí, sí.

El doctor Braun, que se había deshecho del insignificante Carter endosandoselo a otro suizo que vendía relojes, guiaba al cónsul general norteamericano por el salón, presentándole a los miembros más distinguidos. Los alemanes formaban un grupo aparte, convenientemente cerca de la pared oeste; llevaban la superioridad del "deutschmark" en sus rasgos como cicatrices de duelo: el honor nacional que había sobrevivido a Belsen dependía ahora del tipo de cambios. Wormold se preguntó si habría sido alguno de ellos el

que había traicionado el secreto del almuerzo al doctor Hasselbacher. ¿Traicionado? No necesariamente.

Tal vez habían obligado al doctor a suministrarles el veneno. De cualquier modo, habría elegido, en nombre de su vieja amistad, algo indoloro, si había algún veneno indoloro.

-Le decía -mistar MacDougall prosiguió enérgicamente, como una danza escocesa- que le conviene beber todo lo que pueda ahora. Es lo único que le van a dar.

-¿Habrá vino, no?

-Mire la mesa -botellitas individuales de leche adornaban cada lugar-. ¿No leyó su invitación? Un almuerzo americano en honor de nuestros grandes aliados norteamericanos.

-¿Americano?

-¿No sabe lo que es, hombre? Le meten bajo las narices todo el almuerzo, ya servido en su plato: pavo, salsa de arándanos, salchichas, zanahorias y patatas fritas. No tolero las patatas fritas, pero no es cuestión de elegir con esta clase de almuerzos.

-¿No es cuestión de elegir?

-Se come lo que le dan a uno. Eso es democracia, hombre.

El doctor Braun les invitaba a sentarse a la mesa. Wormold tenía la esperanza de que los compatriotas se sentaran juntos y de que Carter estuviera al otro lado suyo, pero a su izquierda se sentó un desconocido escandinavo que fruncía el ceño ante la botella de leche. Wormold pensó: "Alguien arregló esto bien. Nada es seguro, ni siquiera la leche". Ya se ocupaban los mozos del cangrejo al Morro, en el mostrador. Luego vio con alivio que enfrente estaba Carter. Uno podía recurrir a él como podía recurrir a un policía inglés, porque conocía sus pensamientos.

-No -dijo al mozo-. No me sirva cangrejo.

-Hace bien en no comer esas cosas -dijo MacDougall-. Yo también las rechazo. No van bien con el whisky. Ahora, si pone un poco de agua helada y sostiene el vaso debajo de la mesa, yo tengo un frasco de bolsillo con lo bastante para nosotros dos.

Sin pensarlo, Wormold extendió la mano para tomar el vaso, y luego le asaltó la duda. ¿Quién era MacDougall? No le había visto nunca, y acababa de enterarse de que había partido McIntyre. ¿No era posible que el agua estuviera envenenada, o el whisky del frasco?

-¿Por qué se fue McIntyre? -preguntó, con el vaso en la mano.

-Oh, una de esas cosas -dijo mistar MacDougall-, ya sabe cómo es. Tire el agua, no querrá ahogar el whisky. Es la mejor cebada de Escocia.

-Es demasiado temprano para mí. Gracias de todos modos.

-Si no confía en el agua, hace bien -dijo ambiguamente mistar MacDougall-. Yo también lo tomo puro. Si no le importa compartir el tapón del frasco...

-No, realmente. No bebo a esta hora.

-Los ingleses inventaron horas para beber, no los escoceses. En seguida inventarán horas para morir.

Carter dijo al otro lado de la mesa:

-A mí no me importa. Mi apellido es Carter -y Wormold vio con alivio que mistar MacDougall servía el whisky; un sospechoso menos, pues seguramente no trataría de envenenar a Carter. De todos modos, pensó, hay algo raro en el colorido escocés de MacDougall. Olía a fraude, como Ossian.

-Svenson -dijo el taciturno escandinavo secamente desde atrás de su banderita sueca; por lo menos Wormold pensó que era sueca; no podía distinguir jamás con certeza entre los colores escandinavos.

-Wormold -dijo.

-¿Qué es esta idiotez de la leche?

-Me parece -dijo Wormold- que el doctor Braun está siendo demasiado literal.

-O gracioso -dijo Carter.

-No creo que el doctor Braun tenga un gran sentido del humor.

-¿Y qué hace usted, mistar Wormold? -preguntó el sueco-. No creo que nos hayamos visto antes, aunque le conozco de vista.

-Aspiradoras. ¿Y usted?

-Vidrio. Como usted sabe, el cristal sueco es el mejor del mundo. Este pan es muy rico. ¿No come pan usted? -podría haber preparado sus frases por anticipado con un libro de conversación.

-Lo dejé. Engorda, sabe usted.

-Yo hubiera dicho que a usted le convendría engordar un poquito -mistar Svenson lanzó una risita melancólica, como la alegría en una larga noche septentrional-. Discúlpeme. Eso queda para los pavos.

A la cabecera de la mesa, donde se sentaba el cónsul general, comenzaban a llegar los platos. MacDougall se había equivocado respecto al pavo; el plato principal era pollo a la Maryland. Pero había acertado con las zanahorias, las patatas fritas y las salchichas. El doctor Braun iba un poquito atrasado respecto a los demás; seguía picoteando su cangrejo al Morro. El cónsul general debía haberle retrasado con la formalidad de su conversación y sus lentes convexos. Dos mozos rodearon la mesa, uno llevándose los restos del cangrejo, el otro sirviendo los nuevos platos. Solamente al cónsul general se le había ocurrido abrir su botella de leche. La palabra "Dulles" flotó aburridamente hasta donde se sentaba Wormold. El mozo se aproximó con dos platos; puso uno frente al escandinavo, el otro era para Wormold. El pensamiento de que toda la amenaza contra su vida pudiera ser una disparatada broma pesada cruzó por la mente de Wormold. Tal vez Hawthorne era un humorista, y el doctor Hasselbacher... Recordó cuando Milly le había preguntado si el doctor Hasselbacher le tomaba el pelo alguna vez. A veces parece más sencillo correr peligro de muerte que hacer el ridículo. Quería confiar en Carter y escuchar su sensata respuesta; luego, mirando su plato, notó algo raro. No había zanahorias. Dijo rápidamente:

-Usted lo prefiere sin zanahorias -y pasó el plato a MacDougall.

-Lo que no me gustan son las patatas fritas -dijo mistar MacDougall, rápidamente, y pasó el plato al cónsul de Luxemburgo. El cónsul de Luxemburgo, entusiasmado en su conversación con un alemán que tenía al frente, pasó el plato con ausente cortesía a su vecino. La cortesía infectó a todos los que no se habían servido todavía, y el plato fue volando de mano en mano hacia el doctor Braun, a quien le acababan de retirar los restos del cangrejo al Morro. El jefe de mozos vio lo que estaba ocurriendo y comenzó a perseguir el plato por la mesa, pero le llevaba una ventaja de un comensal. El otro mozo, que regresaba con más platos, fue interceptado por Wormold, que se sirvió uno. El mozo quedó confundido. Wormold empezó a comer con apetito.

-Las zanahorias están riquísimas -dijo.

El jefe de mozos se acercó al doctor Braun.

-Disculpe, doctor Braun -dijo-, pero no le han servido zanahorias.

-No me gustan las zanahorias -dijo el doctor Braun, cortando un trozo de pollo.

-Lo siento mucho -se excusó el jefe de mozos, y apoderándose del plato del doctor Braun, dijo: un error en la cocina -plato en mano, como sacristán con la colecta, atravesó el comedor hacia la puerta de servicio. Mistar MacDougall sorbía un trago de su propio whisky.

-Creo que me voy a arriesgar ahora -dijo Wormold. A modo de celebración.

-Así me gusta. ¿Agua o puro?

-¿Podría tomar su vaso de agua? El mío tiene una mosca.

-Por supuesto -Wormold tomó dos tercios del agua y luego lo extendió para recibir el whisky del frasco de mistar MacDougall. Mistar MacDougall le sirvió un doble generoso.



Vuelva a servirse. Va atrasado con respecto a nosotros dos -dijo, y Wormold estuvo otra vez en el territorio de la confianza. Sintió una especie de ternura hacia el vecino de quien había desconfiado. Dijo:

-Tenemos que volver a vernos.

-Una ocasión como ésta no serviría de nada si no reuniera a la gente.

-Sin ella no hubiera conocido a usted ni a Carter.

Los tres tomaron otro whisky.

-Ustedes dos tienen que conocer a mi hija -dijo Wormold, cobrando ánimos con el whisky.

-¿Cómo van sus negocios?

-No del todo mal. Estamos agrandando la oficina.

El doctor Braun golpeó la mesa, pidiendo silencio.

-Seguramente -dijo Carter en su voz alta incontinente de Nottwich, tan llena de calor como el whisky- tendrán que servir bebida para brindar.

-Muchacho -dijo MacDougall-, habrá discursos, pero no brindis. Tendremos que escuchar a los bastardos sin ayuda alcohólica.

-Yo soy uno de los bastardos -dijo Wormold.

-¿Usted tiene que hablar?

-En mi carácter de socio más antiguo.

-Me alegro de que haya sobrevivido para eso -dijo mistar MacDougall.

El cónsul general norteamericano, invitado por el doctor Braun, comenzó a hablar. Habló de los vínculos espirituales entre las democracias: parecía contar a Cuba entre las democracias. El comercio era importante porque sin comercio no había vínculos espirituales, o tal vez era al revés. Habló de la ayuda norteamericana a los países necesitados, que les permitiría comprar más mercancías, y comprando más mercancías reforzar los vínculos espirituales... Aullaba un perro por alguna parte del inmenso hotel, y el jefe de mozos hizo señas de que cerraran la puerta. Había sido un enorme placer para el cónsul general recibir la invitación para este almuerzo y conocer a los representantes del comercio europeo, aumentando así la fuerza de los vínculos espirituales... Wormold se sirvió dos whiskies más.

-Y ahora -dijo el doctor Braun- voy a invitar al socio más viejo de nuestra Asociación. Por supuesto, no me refiero a sus años, sino al tiempo que lleva sirviendo la causa del comercio europeo en esta hermosa ciudad donde, señor ministro -se inclinó hacia su otro vecino, un hombre moreno y bizco-, tenemos el privilegio y la dicha de ser sus huéspedes. Ustedes saben que me refiero a mistar Wormold -echó una rápida ojeada a sus notas-. Mistar James Wormold, representante en La Habana de Phastkleaners.

Mistar MacDougall dijo:

-Hemos acabado el whisky. Justo ahora, imagínese. Justo cuando necesita ganar coraje.

Carter dijo:

-Yo también vine armado, pero me lo tomé casi todo en el avión. No queda más que un vaso en el frasco.

-Evidentemente, nuestro amigo aquí presente lo merece -dijo mistar MacDougall-. Su necesidad es más grande que la nuestra.

Dijo el doctor Braun:

-Podemos tomar a mistar Wormold como símbolo de todo lo que representa nuestra labor: modestia, silencio, perseverancia y eficacia. Nuestros enemigos pintan al vendedor a menudo como un fanfarrón charlatán que lo único que quiere es colocar un producto inútil, innecesario y hasta dañino. Ése no es el verdadero cuadro de la situación...

Wormold agradeció:

-Muy amable de su parte, Carter. Claro que necesito un trago.

-¿No está acostumbrado a hablar en público?

-No es sólo de hablar en público -se inclinó hacia adelante, hacia esa cara vulgar de Nottwich en la que sentía que podía apoyarse, por su incredulidad, por su calma, por el sano humorismo basado en la inexperiencia; estaba a salvo con Carter. Dijo-: Sé que no me va a creer una palabra de lo que voy a decirle -pero no quería que Carter le creyera. Quería aprender de él el modo de no creer. Algo le rozó la pierna, y al mirar hacia abajo vio la cara de un basset que le pedía un bocado entre las orejas colgantes como rizos: el perro debía haberse deslizado por la puerta de servicio, invisible para los mozos, y ahora llevaba una existencia de prófugo, a medias escondido por el mantel.

Carter le alcanzó el frasco.

-No hay más que para uno. Bébaselo todo.

-Muy amable de su parte, Carter. -Desenroscó la tapa y sirvió todo lo que había en su vaso.

-No es más que un Johnnie Walker. Nada extravagante.

El doctor Braun decía:

-Si alguien puede hablar por todos nosotros sobre los largos años de paciente servicio que un comerciante brinda al público, estoy seguro de que es mistar Wormold, a quien ahora invito...

Carter hizo una guiñada y alzó un vaso imaginario.

-...Apresúrese -dijo Carter-. Ti... tiene que apresurarse.

Wormold bajó el whisky.

-¿Cómo dijo, Carter?

-Dije que se apresure a beberlo.

-Oh, no, no dijo eso, Carter -¿por qué no había notado el tartamudeo inicial antes? ¿Tenía Carter conciencia de ello o le ocurría solamente cuando le preocupaban el miedo o la esperanza?

-¿Qué pasa, Wormold?

Wormold llevó la mano a la cabeza del perro, para acariciarlo, y como por accidente derramó el contenido del vaso.

-Usted fingió no conocer al doctor.

-¿Qué doctor?

-Usted le hubiera llamado H... Hasselbacher.

-Mistar Wormold -llamó el doctor Braun desde la cabecera.

Se puso en pie con poca seguridad. A falta de algo mejor, el perro lamía el whisky del suelo.

Wormold dijo:

-Agradezco que me hayan invitado a hablar, cualesquiera hayan sido sus motivos -una risita cortés le cogió de sorpresa, no había querido decir nada gracioso. Dijo-: Esta es la primera y por un momento pareció que iba a ser mi última aparición en público -su mirada se cruzó con la de Carter. Carter tenía el ceño fruncido. Se sentía culpable de un solecismo por sobrevivir, como si se hubiera emborrachado en público. Tal vez estuviera borracho. Dijo-: No sé si tengo algún amigo aquí. Lo seguro es que tengo enemigos -alguien dijo: "Qué vergüenza", y varias personas rompieron a reír. Si esto seguía así, adquiriría una reputación de orador agudo. Dijo-: En la actualidad se oye hablar mucho de la guerra fría, pero cualquier comerciante les dirá que la guerra entre dos fabricantes del mismo equipo puede ser una guerra bastante caliente. Por ejemplo, tomemos a Phastkleaners y Nucleanners. No hay más diferencia entre ambas máquinas que la diferencia que hay entre dos seres humanos: un ruso, o alemán, y un inglés. No habría competencia ni guerra si no fuera por la ambición de unos cuantos en las dos firmas; sólo unos pocos hombres dictan la competencia e inventan las necesidades y nos ponen frente a frente a mistar Carter y a mí. Nadie se reía ahora. El doctor Braun susurró algo al oído del cónsul general. Wormold, alzando el frasco de bolsillo de Carter, dijo:

-Supongo que ni siquiera mistar Carter conoce el apellido del hombre que le mandó a envenenarme para bien de su firma.

Volvió a estallar la risa general, con una nota de alivio. Mistar MacDougall dijo:

-Aquí nos gustaría despachar un poco más de veneno -y de pronto el perro comenzó a quejarse. Salió de su escondite y se dirigió a la puerta de servicio.

-"Max" -llamó el jefe de mozos-. "Max".

Hubo un silencio y algunas risas nerviosas. El perro se tambaleaba sobre las patas. Aullaba y trataba de morderse el pecho. El jefe de mozos le alcanzó al llegar a la puerta, alzándolo en brazos, pero el animal lloriqueaba como si le doliera algo y se le escapó.

-Tomó un par de tragos -comentó mistar MacDougall, inquieto.

-Deberá disculparme, doctor Braun -dijo Wormold-, se acabó la función -siguió al mozo, y al pasar la puerta de servicio le ordenó-: Espere.

-¿Qué quiere?

-Quiero saber qué pasó con mi plato.

-¿Su plato? ¿Qué quiere decir, señor?

-Usted tenía sumo interés en que ninguna otra persona tocara mi plato.

-No comprendo.

-¿Sabía que estaba envenenado?

-¿Quiere decir que la comida no era buena, señor?

-Quiero decir que estaba envenenada y que usted se cuidó mucho de salvar la vida del doctor Braun, no la mía.

-Lo lamento, señor, pero no comprendo. Estoy ocupado. Tendrá que perdonarme -los aullidos del perro llenaron el pasillo de la cocina, un aullido bajo y lúgubre, interrumpido por una nueva explosión de dolor. El jefe de mozos gritó-: "¡Max!" -y corrió como un ser humano por el pasillo. Abrió de golpe la puerta de la cocina-: "¡Max!"

El basset alzó una melancólica cabeza desde donde se había echado, bajo la mesa, y comenzó a arrastrar el cuerpo penosamente hacia el jefe de mozos. Un hombre con gorro de "chef" dijo:

-Aquí no ha comido nada. Tiramos el plato.

El perro se desplomó a los pies del mozo, y se quedó allí, como un despojo.

El mozo se arrodilló junto al perro, gritando:

-"Max, mein kind. Mein kind".

El cuerpo negro parecía una prolongación de la chaqueta negra. El personal de la cocina se amontonó en torno de ellos.

El tubo negro hizo un movimiento leve, y una lengua rosada salió como dentífrico, extendiéndose sobre el piso de la cocina. El jefe de mozos puso la mano sobre la cabeza del perro y luego miró a Wormold. Los ojos llenos de lágrimas le acusaban tanto de estar ahí, vivo, mientras el perro estaba muerto, que casi le brotaron del corazón las disculpas; pero, dándose vuelta, se alejó. Al final del pasillo miró hacia atrás: la figura negra arrodillada junto al perro negro, el "chef" blanco y el resto del grupo que les observaba, como deudos que rodean una tumba, con sus fuentes, estropajos y platos a modo de coronas. "Mi muerte -pensó- hubiera importunado mucho menos que ésta."

-He vuelto -dijo a Beatriz-. No estoy bajo la mesa. He vuelto victorioso. Murió el perro.

## Capítulo IV

1

El capitán Segura dijo:

-Me alegro de encontrarle solo. ¿Está solo?

-Completamente solo.

-Confío en que no le parezca mal. He apostado dos de mis hombres en la puerta para que nadie nos moleste.

-¿Estoy arrestado?

-Claro que no.

-Milly y Beatriz se fueron al cine. Se van a sorprender si no las dejan entrar.

-No tardaré mucho. Vine a verle por dos cosas. Una es importante. La otra es simple rutina. ¿Puedo comenzar con la importante?

-Por favor.

-Deseo, mistar Wormold, pedir la mano de su hija.

-¿Para eso necesita dos policías en la puerta?

-Es conveniente que no nos molesten.

-¿Habló con Milly?

-Ni lo hubiera soñado antes de hablar con usted.

-Supongo que incluso aquí haría falta mi consentimiento legal.

-No es cuestión legal, sino de educación. ¿Puedo fumar?

-¿Por qué no? ¿Es verdaderamente humana la piel de esa petaca?

El capitán Segura reía.

-Ah, Milly, Milly. ¡Qué bromista es! -añadió ambiguamente-. ¿En verdad cree en esa historia, mistar Wormold? -tal vez tenía objeciones contra las mentiras directas: tal vez fuera un buen católico.

-Milly es demasiado joven para casarse, capitán Segura.

-En este país no.

-Pero estoy seguro de que todavía no quiere casarse.

-Pero usted podría influir en ella, mistar Wormold.

-A usted le llaman "el Cuervo Rojo", ¿no es cierto?

-Eso, en Cuba, es una especie de cumplido.

-¿No es la suya una vida un poco incierta? Parece que tiene muchos enemigos.

-He ahorrado lo necesario como para dejar bien a mi viuda. En este sentido, mistar Wormold, yo soy un sostén mucho más sólido que usted. Este negocio... no puede darle mucho dinero y pueden cerrarlo en cualquier momento.

-¿Cerrarlo?

-Estoy seguro de que usted no tenía intención de causar dificultades, pero alrededor de usted sucedieron muchas cosas raras. Si usted tuviera que abandonar el país, ¿no se sentiría más feliz sabiendo a su hija bien establecida aquí?

-¿Qué dificultades, capitán Segura?

-Está el coche que chocó, no importa por qué. Está el ataque contra el pobre ingeniero Cifuentes, amigo del ministro del Interior. El profesor Sánchez le acusó de introducirse en su casa a amenazarlo. Hasta se dice que usted envenenó un perro.

-¿Que yo envenené un perro?

-Parece absurdo, por supuesto. Pero el jefe de mozos del Hotel Nacional dice que, usted le dio whisky envenenado a su perro. ¿Para qué habría de darle whisky a un perro, de todos modos? No lo comprendo. Tampoco el mozo. Piensa que tal vez era un perro alemán. ¿No me contesta, mistar Wormold?

-No tengo palabras...

-Estaba desesperado, pobre hombre. Si no, le hubiera hecho arrojar de la oficina por decir tonterías. Dijo que usted fue a la cocina a disfrutar de su obra. No parecía propio de usted, mistar Wormold. Siempre le consideré una persona muy humana. Con que me asegure que no hay nada de cierto en esa historia...

-El perro "fue" envenenado. El whisky estaba en mi copa. Pero era para mí, no para el perro.

-¿Por qué querría alguien envenenarle a usted?

-No lo sé.

-Dos historias extrañas... se anulan. Probablemente no había veneno, y el perro murió solo. Creo que era un animal viejo. Pero tiene que admitir, mistar Wormold, que pasan muchas cosas raras en torno de usted. Tal vez usted sea como uno de esos niños inocentes que he leído que en su país influyen en los espíritus.

-Tal vez lo soy. ¿Conoce los nombres de los espíritus?

-La mayoría. Me parece que ha llegado el momento de exorcizarlos. Estoy escribiendo un informe para el presidente.

-¿Figuro yo?

-No es necesario. Debo decirle, mistar Wormold, que tengo dinero ahorrado, lo suficiente para dejar bien a Milly si me sucediera algo. Y, por supuesto, bastante para establecernos en Miami si triunfara una revolución.

-No es necesario que me diga esas cosas. No le pregunto su posición financiera.

-Es la costumbre, mistar Wormold. Ahora, en cuanto a mi salud, es buena. Le puedo mostrar los certificados. Tampoco habrá dificultades respecto a los niños. Eso ha sido ampliamente probado.

-Ya veo.

-No es nada que pueda molestar a su hija. Los chicos están atendidos. Mi compromiso actual no es importante. Ya sé que los protestantes son bastante particulares respecto a estas cosas.

-No soy protestante, exactamente.

-Y afortunadamente, su hija es católica. Sería un matrimonio muy conveniente, de verdad, mistar Wormold.

-Milly no tiene más que diecisiete años.

-Es la mejor edad, cuando- más fácil resulta tener hijos. Mistar Wormold, ¿me da permiso para hablar con ella?

-¿Lo necesita?

-Es más correcto.

-¿Y si me negara?

-Por supuesto, trataría de convencerle.

-Una vez dijo que no soy de la clase torturable.

El capitán Segura apoyó afectuosamente las manos en los hombros de Wormold.

-Usted tiene el mismo sentido del humor que Milly. Pero, en serio, siempre tenemos que considerar su permiso de residencia.

-Usted parece muy decidido. Muy bien. Puede hablar con ella. Puede hacerlo tranquilamente cuando la trae de la escuela. Pero Milly es sensata. No creo que tenga usted ninguna probabilidad.

-En ese caso, puede que le pida más adelante que use su influencia paterna.

-Qué victoriano es usted, capitán Segura. Hoy un padre no tiene influencia. Usted dijo que había algo importante...

El capitán Segura repuso, con un reproche en la voz:

-Éste era el asunto importante. Lo otro es sólo cuestión de rutina. ¿Quiere acompañarme al Wonder Bar?

-¿Por qué?

-Rutina policial. Nada que pueda preocuparle. Le pido un favor, eso es todo, mistar Wormold.

Partieron en el deportivo rojo del capitán Segura, con dos policías en motocicleta, uno delante y otro atrás. Parecía que todos los limpiabotas del paseo se habían congregado en Virtudes. Había policías al otro lado de la puerta de vaivén del Wonder Bar, y el sol pesaba sobre la cabeza.

Los policías saltaron de las motocicletas y comenzaron a dispersar a los limpiabotas. Otros policías salieron a la carrera del bar, formando una escolta para el capitán Segura. Wormold le seguía. Como siempre a esa hora del día, crujían las celosías de la arcada con el soplo del viento del mar. El barman se apoyaba en el otro lado del bar, el de los clientes. Parecía enfermo y asustado. Varias botellas rotas seguían goteando a sus espaldas, pero el grueso de su contenido se había derramado hacía largo tiempo. Los cuerpos de los policías ocultaban a alguien en el suelo, pero se veían los zapatos: los gruesos zapatos demasiadas veces arreglados de un viejo no rico.

-No es más que una identificación formal -dijo el capitán Segura. Wormold no necesitaba ver la cara, pero le abrieron un camino para que pudiera observar al doctor Hasselbacher.

-Es el doctor Hasselbacher -dijo-. Usted le conoce tan bien como yo.

-Hay que observar una formalidad en estos asuntos -le explicó Segura-. Una identificación independiente.

-¿Quién fue?

-¿Quién sabe? Mejor será que tome una copa de whisky. ¡Barman!

-No. Déme un daiquiri -siempre tomaba un daiquiri con él.

-Alguien con un revólver. Fallaron dos tiros. Por supuesto, diremos que fueron los rebeldes de Oriente. Servirá para influir en la opinión extranjera. Tal vez fueran los rebeldes.

La cara les miraba sin expresión desde el suelo. No se podía describir esa impasibilidad en términos de paz o angustia. Era como si no le hubiera ocurrido nada en absoluto: una cara nonata.

-Cuando le entierren, pónganle el casco en la caja.

-¿Casco?

-En su piso encontrarán un viejo uniforme. Era un sentimental.

Resultaba extraño que el doctor Hasselbacher hubiera sobrevivido a dos guerras mundiales para morir al fin en algo que se llamaba paz con la misma muerte que hubiera podido encontrar en el Somme.

-Sabe muy bien que los rebeldes no tuvieron nada que ver con esto -dijo Wormold.

-Conviene decirlo.

-Otra vez los espíritus.

-Usted se culpa demasiado.

-Me avisó que no asistiera al almuerzo. Carter lo oyó, todo el mundo lo oyó, por eso lo mataron.

-¿Quiénes son ellos?

-Usted tiene la lista.

-No figura el nombre de Carter.

-Pregúntele al mozo del perro, entonces. Seguramente a él le puede torturar. No me voy a quejar.

-Es alemán y tiene amigos influyentes en la política. ¿Por qué iba a querer envenenarle a usted?

-Porque me creen peligroso. ¡A mí! Qué poco saben. Déme otro daiquiri. -Siempre tomaba dos antes de volver a la tienda-. ¿Quiere mostrarme esa lista, Segura?

Podría mostrársela a un suegro, porque entonces podría confiar en él.

Pueden imprimir estadísticas y contar la población en cientos de miles, pero para cada hombre una ciudad consiste nada más que en un puñado de calles, un puñado de casas, un puñado de personas. si se quita ese puñado, la ciudad sólo existe como un dolor en el recuerdo, como el dolor de la pierna amputada, que ya no está allí. Era hora, pensó Wormold, de hacer las maletas y de irse, de abandonar las ruinas de La Habana.

-Sabe -siguió el capitán Segura-, esto no hace sino confirmar lo que le dije. Pudo haber sido usted. Milly debiera estar a salvo de accidentes como éste.

-Sí -convino Wormold-, tendré que cuidarme de ello.

## 2

Los policías se habían retirado de la tienda al regresar Wormold. López no estaba, ni tenía idea de dónde podía haber ido. Oía a Rudy manipular sus tubos, y de cuando en cuando alguna descarga estática latía en el departamento. Se sentó en la cama. Tres muertes: un desconocido llamado Raúl, un basset negro llamado "Max" y un viejo doctor llamado Hasselbacher; la causa era él... y Carter. Carter no había planeado la muerte de Raúl ni la del perro, pero al doctor Hasselbacher no le habían dado ninguna oportunidad. Había sido una represalia: una muerte por una vida, una inversión de la ley mosaica. Escuchaba las voces de Milly y Beatriz conversando en el otro cuarto. Aunque la puerta estaba abierta, casi no oía lo que decían. Se encontraba en la frontera de la violencia, un extraño país que no conocía de antes; llevaba en la mano su pasaporte. "Profesión: Espía." "Rasgos característicos: Amistoso." "Propósito del viaje: Asesinato." No se necesitaba pasaporte. Tenía los documentos en regla.

Y de este lado de la frontera escuchaba las voces que hablaban el idioma que le era conocido.

Beatriz dijo:

-No, no te aconsejaría clavel rojo. No es para tu edad.

Milly repuso:

-Debieran darnos clases de maquillaje el último año. Me parece oír a la hermana Inés cuando dice: "Una gota de Nuit d'Amour detrás de las orejas."

-Prueba éste más claro. No, no te salgas del labio. Déjame enseñarte.

Wormold pensó: "No tengo arsénico ni cianuro. Además, no tendré oportunidad de beber con él. Tendría que haberle hecho tomar el whisky ala fuerza. Más fácil de decir que de hacer fuera del escenario isabelino, e incluso allí hubiera necesitado, además, una daga emponzoñada."

-Ahí está. ¿Ves lo que te digo?

-¿Y el colorete?

-No necesitas colorete.

-¿Qué perfume usas, Beatriz?

-Sus le Vent.

"Mataron a Hasselbacher a tiros, pero yo no tengo revólver", pensó Wormold. Seguramente debía formar parte del equipo un revólver, con la caja fuerte, las hojas de celuloide, el microscopio y la tetera eléctrica. Nunca en su vida había tocado un revólver

siquiera, pero eso no era objeción insuperable. Sólo necesitaba estar tan cerca de Carter como de la puerta que dejaba pasar las voces.

-Vamos a ir de compras juntas. Me parece que te gustará Indiscret. Es de Lanvin.

-No suena muy apasionado -dijo Milly.

-Eres joven. No necesitas ponerte pasión detrás de las orejas.

-Hay que animar a un hombre -dijo Milly.

-Mírale, simplemente.

-¿Así? -Wormold escuchó la risa de Beatriz. Miró la puerta, sorprendido. Había cruzado la frontera en sus pensamientos y se encontraba tan lejos que había olvidado que todavía estaba de este lado, con ellas.

-No es necesario animarle tanto -dijo Beatriz.

-¿Languidezco bien?

-Yo lo llamaría arder.

-¿Echas en falta no estar casada? -preguntó Milly.

-Si te refieres a si echo en falta a Peter, no.

-¿Si se muriera, te casarías de nuevo?

-Creo que no esperaría tanto. No tiene más que cuarenta años.

-Oh, sí. Supongo que "tú" podrías volver a casarte, si a eso le llamas matrimonio.

-Yo sí.

-Pero es terrible, ¿verdad? Yo tengo que casarme para siempre.

-Casi todos nosotros creemos que es así, cuando lo hacemos.

-Estaría mucho mejor de amante.

-No creo que le hiciera mucha gracia a tu padre.

-No veo por qué no. Si volviera a casarse, no sería nada distinto. Ella no sería más que su querida, ¿verdad? Él quería estar siempre con mamá. Lo sé. Me lo dijo. Era un verdadero matrimonio. Ni un buen pagano puede ir contra eso.

-Yo pensaba lo mismo de Peter. Milly, Milly, no dejes que te endurezcan.

-¿Quién?

-Las monjas.

-Oh, ellas no me hablan así. En absoluto.

También existía, por supuesto, la posibilidad de un cuchillo. Pero para eso tendría que acercarse a Carter más de lo imaginable.

Milly dijo:

-¿Estás enamorada de mi padre?

Pensó él:

"Algún día volveré para solucionar todas estas preguntas. Pero ahora hay problemas más importantes; tengo que descubrir cómo matar a un hombre. Con toda seguridad habrá manuales donde se enseñe cómo. Debe haber tratados sobre la lucha sin armas." Se miró las manos, pero no confiaba en ellas.

Beatriz dijo:

-¿Por qué preguntas eso?

-Por el modo en que le miraste.

-¿Cuándo?

-Cuando volvió de ese almuerzo. ¿Tal vez estabas contenta simplemente porque había pronunciado un discurso?

-Sí.

-No estaría bien, digo, que le amaras.

Wormold habló para sus adentros: "Por lo menos, si pudiera matarlo, mataría por una razón limpia. Mataría para demostrar que uno puede matar sin ser muerto a su vez. Yo no mataría por mi patria. No mataría por el capitalismo ni por el comunismo ni por el



bienestar social: ¿el bienestar de quién? Mataría a Carter porque mató a Hasselbacher. Las enemistades de familia siempre habían sido mejor motivo para el crimen que el patriotismo o la preferencia por un sistema económico sobre otro. Si amo u odio; quiero amar u odiar como individuo. No voy a ser 59200<sup>5</sup> en la guerra total de nadie."

-¿Por qué no, si le amara?

-Es casado.

-Milly, querida Milly. Cuídate de las fórmulas. Si hay un Dios, no es un Dios de fórmulas.

-¿Le amas?

-Nunca lo he dicho.

"El único camino es un revólver; ¿dónde puedo conseguir un revólver?"

Alguien pasó por la puerta, él ni siquiera miró. Las lámparas de Rudy dieron un alarido en el cuarto contiguo. La voz de Milly dijo:

-No te oímos entrar.

-Quiero que hagas algo por mí, Milly -le pidió Wormold.

-¿Estabas escuchando?

Oyó que Beatriz decía:

-¿Qué pasa? ¿Sucede algo malo?

-Ha habido un accidente, una especie de accidente.

-¿Quién?

-El doctor Hasselbacher.

-¿Grave?

-Sí.

-Nos estás preparando para recibir la noticia, ¿verdad? -dijo Milly.

-Sí.

-Pobre doctor Hasselbacher.

-Sí.

-Voy a hacer que el capellán rece una misa por cada año que le conocimos.

Comprendió que, por lo que a Milly concernía, no existía ninguna necesidad de prevenirla para recibir la noticia de una muerte. Todas las muertes eran para ella muertes felices. La venganza es innecesaria cuando uno cree en el cielo. Pero él no tenía esas creencias. La piedad y el olvido apenas eran virtudes para un cristiano: llegan demasiado fácilmente. Dijo:

-El capitán Segura estuvo aquí. Quiere casarse contigo.

-Ese viejo. Nunca más volveré a subir a su automóvil.

-Me gustaría que lo hicieras una vez más, mañana. Dile que quiero verle.

-¿Para qué?

-Una partida de damas. A las diez. Tú y Beatriz tenéis que desaparecer del mapa.

-¿Se pondrá pesado?

-No. Dile simplemente que venga a conversar conmigo: dile que traiga su lista. Ya comprenderá.

-¿Y después?

-Después volvemos a casa. A Inglaterra.

Cuando estuvo solo con Beatriz, le dijo:

-Eso es todo. El fin de la oficina.

-¿Qué quiere decir?

-Tal vez nos hundamos gloriosamente con un informe bueno: la lista de agentes secretos que operan aquí.

-¿Incluso nosotros?

-Oh, no. Nosotros no operamos jamás.

-No comprendo.

-No tengo agentes, Beatriz. Ni uno. Mataron a Hasselbacher sin razón. No hay construcciones en las montañas de Oriente.  
Fue típico de ella no demostrar incredulidad. Esto era una información como cualquier otra información, para archivarla como futura referencia. Toda evaluación sería hecha, pensó él, por la oficina principal. Prosiguió:  
-Por supuesto, es su deber informar inmediatamente sobre esto a Londres, pero le agradecería si esperara hasta mañana. Tal vez para entonces podamos añadir algo auténtico.  
-Si usted todavía vive, dirá.  
-Por supuesto que viviré todavía.  
-Usted planea algo.  
-Segura tiene la lista de agentes.  
-Eso no es lo que usted planea. Pero si le matan -dijo, con algo que sonaba como indignación-, "de mortuis", supongo.  
-Si algo me sucediera, yo no querría que usted descubriera en esos archivos fraguados el fraude que yo fui.  
-Pero Raúl... tiene que haber habido un Raúl.  
-¡Pobre hombre! Debió preguntarse qué le estaba ocurriendo. Daba un paseo como de costumbre. Tal vez estuviera borracho como de costumbre. Espero que lo estuviera.  
-Pero existió.  
-De alguna parte hay que tomar un nombre. Debí elegir el suyo sin recordarlo.  
-¿Esos diagramas?  
-Los dibujé yo, según la pila atómica. Terminó la broma. ¿Quiere escribir una confesión para que se la firme? Me alegro de que no le pasara nada serio a Teresa.  
Beatriz rompió a reír. Se llevó las manos a la cabeza y rió. Dijo:  
-¡Oh, cuánto le quiero!  
-Debo resultarle bastante tonto.  
-Londres resulta tonto. Y Henry Hawthorne. ¿Cree que yo habría dejado a Peter si alguna vez, una sola vez, se hubiera reído de la UNESCO? Pero la UNESCO era sagrada. Las conferencias culturales eran sagradas. Nunca se rió... Présteme su pañuelo.  
-Está llorando.  
-Me estoy riendo. Esos planos...  
-Uno era del pulverizador y otro del acoplamiento de acción instantánea. Nunca creí que pasaran el examen de los expertos.  
-No los vieron los expertos. Usted se olvida: éste es un Servicio Secreto. Tenemos que proteger a nuestras fuentes de información. No podemos permitir que documentos como éstos lleguen a manos de alguien que entienda. Querido...  
-Dijo querido.  
-Es un modo de hablar. Recuerde la noche del Tropicana y el hombre que cantaba. No sabía que usted era mi jefe y que yo era su secretaria: usted era simplemente un hombre fino, con una hija encantadora, yo sabía que usted quería hacer algo loco con una botella de champaña, y yo estaba tan mortalmente aburrida de la sensatez...  
-Pero no soy del tipo loco.  
"Dicen que la tierra es redonda...  
Mi locura ofende"  
-No vendería aspiradoras eléctricas si fuera del tipo loco.  
"Yo digo que la noche es día  
y no tengo hacha que afilar..."  
-¿No tiene usted más lealtad que yo?  
-Usted es leal.

-¿A quién?

-A Milly. Me importan un rábano los hombres leales a quien les paga, a organizaciones... No creo que siquiera mi patria signifique tanto. Hay muchas patrias en nuestra sangre, es verdad, pero sólo una persona. ¿Sería el mundo el desastre que es si fuéramos leales al amor y no a las patrias?

-Supongo que pueden retirarme el pasaporte. -Deje que lo intenten.

-De todos modos, para nosotros dos es el fin de una tarea.

## Capítulo V

1

-Pase, capitán Segura.

El capitán Segura fulguraba. Fulguraban sus correas, fulguraban sus botones y llevaba la cabeza recién engomada. Parecía un arma bien cuidada. Dijo:

-Me sentí muy contento cuando Milly me dio el mensaje.

-Tenemos mucho que conversar. ¿Jugamos primero? Esta noche voy a ganarle.

-Lo dudo, mistar Wormold. Todavía no tengo que demostrarle respeto filial.

Wormold abrió el tablero. Luego dispuso sobre los cuadros veinticuatro botellas de whisky en miniatura: doce de bourbon enfrentaban a doce de scotch.

-¿Qué es esto, mistar Wormold?

-Una idea del doctor Hasselbacher. Pensé que podríamos jugar una partida en recuerdo suyo. Cuando coma una pieza, se la bebe.

-Una idea astuta, mistar Wormold. Como juego mejor, bebo más.

-Y entonces yo le doy alcance, también en las copas.

-Creo que preferiría jugar con piezas comunes.

-¿Tiene miedo de que le derroten, Segura? Tal vez tenga la cabeza floja.

-Mi cabeza es tan dura como la de cualquiera, pero a veces, cuando bebo, me encolerizo. No quiero perder los estribos con mi futuro padre.

-Milly no quiere casarse con usted, Segura.

-Eso es de lo que tenemos que conversar.

-Usted juegue con el bourbon. Es más fuerte que el scotch. Será mi desventaja.

-No es necesario. Jugaré yo con el scotch.

Segura dio vuelta al tablero, sentándose.

-¿Por qué no se quita el cinturón, Segura? Estará más cómodo.

Segura puso el cinto y la cartuchera en el suelo, a su lado.

-Voy a pelear desarmado -dijo jovialmente.

-¿El revólver está cargado?

-Por supuesto. Los enemigos que tengo yo no me dan oportunidad para cargar.

-¿Encontró al asesino del doctor Hasselbacher?

-No. No pertenece a la clase criminal.

-¿Carter?

-Después de lo que usted dijo, naturalmente investigué. Estaba con el doctor Braun en ese momento. Y no podemos dudar de la palabra del presidente de la Asociación de Comerciantes Europeos, ¿verdad?

-¿Así que el doctor Braun está en su lista?

-Naturalmente. Y ahora juego.

En las damas, como todo jugador sabe, hay una línea imaginaria que cruza el tablero diagonalmente de esquina a esquina. Es la línea de defensa. El que gana el control de esa línea toma la iniciativa; al cruzar la línea, comienza el ataque. Con insolente seguridad, Segura se estableció con una apertura de desafío, y luego movió una botella en diagonal hasta el centro del tablero. No dudaba entre movimiento y movimiento; apenas miraba el tablero. Era Wormold quien se retrasaba y pensaba.

-¿Dónde está Milly? -preguntó Segura.

-Salió.

-¿Y su encantadora secretaria?

-Con Milly.

-Ya está usted en dificultades -dijo el capitán Segura. Atacó la base de la defensa de Wormold y capturó una botella de Old Taylor-. El primer trago -dijo, apurándola. Wormold comenzó imprudentemente un movimiento de pinzas como respuesta y casi en seguida perdió una botella. Old Forester, esta vez. Aparecieron unas gotas de sudor en la frente de Segura y se aclaró la garganta después de beber. Dijo-: Juega precipitadamente, mistar Wormold -indicó el tablero-. Debió haber comido esa pieza.

-Puede soplarle -dijo Wormold.

Por primera vez titubeó Segura.

-No, prefiero que se lleve mi pieza.

Era un whisky poco familiar, llamado Cairgorm, que encontró un trozo de carne viva en la lengua de Wormold.

Jugaron un rato con exagerada prudencia, sin comer piezas ninguno de los dos.

-¿Sigue Carter en el Sevilla-Biltmore? -preguntó Wormold.

-Sí.

-¿Le mantiene bajo vigilancia?

-No. ¿Para qué serviría?

Wormold se aferraba al extremo del tablero, con lo que quedaba de su derrotado movimiento de pinzas, pero había perdido la base. Hizo un movimiento falso que permitió a Segura clavar una pieza protegida en el cuadrado 22 y no le quedaba ningún recurso para salvar su pieza en el 25 y evitar que Segura llegara ala hilera final e hiciera dama.

-Descuidado -dijo Segura.

-Puedo cambiarla.

-Pero yo tengo la dama.

Segura bebió un Four Roses, y en el otro extremo del tablero Wormold tomó un Dimpled Haig. Segura comentó.:

-Qué tarde tan caliente -coronó su dama con un trozo de papel.

Wormold dijo:

-Si yo le como, tengo que tomar dos botellas. Tengo repuestos en el aparador.

-Ha pensado en todo -dijo Segura. ¿Con amargura?

Ahora jugaba con sumo cuidado. Se hizo difícil tentarle a la captura, y Wormold comenzó a comprender la debilidad fundamental de su plan, la posibilidad que tiene un buen jugador de derrotar al oponente sin capturarle las piezas. Bebió otra de las de Segura y se vio atrapado. No podía moverse.

Segura se secó el sudor de la frente.

-Ya ve -dijo-, no puede ganar.

-Tiene que darme el desquite.

-Este bourbon es fuerte. 85 de graduación.

-Cambiaremos de whisky.

Esta vez Wormold jugaba con las negras, el scotch. Había reemplazado las tres que había bebido y las tres de bourbon. Comenzó con la apertura del "viejo catorce", que conduce a una larga partida, pues ahora sabía que su única esperanza era conseguir que Segura se descuidara y jugara por piezas. Volvió a intentar que le soplara, pero Segura no aceptó el movimiento. Era como si Segura hubiera comprendido que su oponente verdadero no era Wormold, sino su propia cabeza. Incluso perdió una pieza sin ventaja táctica, obligando a Wormold a beberla: un Hiram Walker. Wormold supo que su propia cabeza corría peligro, la mezcla de scotch y bourbon era mortal. Pidió:

-Déme un cigarrillo -Segura se inclinó para encendérselo, y Wormold notó el esfuerzo que le costaba mantener derecho el encendedor. No funcionaba el resorte, y maldijo con innecesaria violencia. "Dos tragos más y lo tengo", pensó Wormold.

Pero era tan difícil perder una pieza contra un antagonista que no la quería, como capturar una. Contra su voluntad, la batalla se inclinaba a su favor. Bebió un Harper y logró una dama. Dijo con falsa jovialidad:

-La partida es mía, Segura. ¿Quiere retirarse?

Segura miraba enojado el tablero. Era evidente su lucha interior, entre el deseo de ganar y el deseo de no perder la cabeza; pero su cabeza estaba nublada por el whisky tanto como por la cólera.

-Ésta es una cochina manera de jugar a las damas -ahora que su oponente tenía una dama, no podía seguir peleando por una victoria incruenta, pues la dama tenía libertad de movimiento. Esta vez, cuando sacrificó un Kentucky Tavern, fue un sacrificio auténtico y maldijo las piezas-. Estas condenadas formas son todas distintas. Cristal tallado, ¿quién oyó hablar de piezas de cristal?

Wormold sentía el propio cerebro nublado por el bourbon, pero el momento de la victoria - y la derrota- había llegado.

-Usted ha movido mi pieza -dijo Segura.

-No, es un Red Label. Mío.

-En nombre de Dios, ¿cómo voy a saber la diferencia entre scotch y bourbon? Todas son botellas, ¿no?

-Está enfadado porque va perdiendo.

-Yo no pierdo jamás.

Entonces Wormold cometió su error calculando y expuso su dama. Por un momento pensó que Segura no se había dado cuenta y después pensó que dejaba pasar deliberadamente la oportunidad, para no beber. Pero la tentación de comer la dama era grande y lo que estaba detrás de aquel movimiento, la resonante victoria. Su propia pieza se convertiría en dama y seguiría una matanza. Y sin embargo, titubeó. El calor del whisky y de la noche le derretían la cara como la de una muñeca de cera; enfocaba con dificultad. Dijo:

-¿Por qué hizo eso?

-¿Qué?

-Pierde la dama y el juego.

-Maldición. No me di cuenta. Debo estar borracho.

-¿Usted borracho?

-Un poco.

-Yo estoy borracho también. Usted está intentando emborracharme. ¿Para qué?

-No sea tonto, Segura. ¿Para qué habría de querer emborracharle? Demos por terminada la partida, que sean tablas.

-Malditas sean las tablas. Yo sé por qué quiere emborracharme. Quiere enseñarme la lista; digo, quiere que yo se la enseñe.

-¿Qué lista?

-Los tengo a todos ustedes en la red. ¿Dónde está Milly?

-Ya se lo dije, salió.

-Esta noche voy al jefe de policía. Cerraremos la red.

-¿Figura Carter?

-¿Quién es Carter? -sacudió un dedo en la cara de Wormold-. Usted figura, pero yo sé que no es espía. Usted es un fraude.

-¿Por qué no duerme un poquito, Segura? ¿Tablas?

-Nada de tablas. Mire. Me como su dama -abrió la botellita de Red Label y sorbió el contenido.

-La dama vale dos botellas -dijo Wormold, y le alcanzó un Dunosdale Cream. Segura seguía sentado pesadamente en la silla, la mandíbula le temblaba. Dijo:  
-Admita que está vencido. Yo no juego por piezas.  
-No admito nada. Mi cabeza está más fresca, y mire, le soplo. Usted podía haber seguido - un Canadian Rye se había mezclado con los bourbons, era un Lord Calvert, y Wormold se lo bebió. Pensó: "Tiene que ser el último. Si no se duerme ahora, estoy liquidado. No estaré sobrio para apretar el gatillo. ¿Dijo que estaba cargado?"  
-No importa nada -susurró Segura-. También usted está listo -movió lentamente la mano sobre el tablero, como si llevara un huevo en una cuchara-. ¿Ve? -capturó una, dos, tres piezas...  
-Beba ésta, Segura -un George V, un Queen Anne, el juego terminaba en una ostentación de nobleza, un Highland Queen.  
-Puede seguir, Segura. ¿O le soplo de nuevo? Beba. Vat 69. Otra. Beba, Segura. Ahora me rindo -pero era Segura quien se había rendido. Wormold le abrió el cuello para darle aire y le acomodó la cabeza en el respaldo del sillón, pero sus propias piernas carecían de seguridad al avanzar hacia la puerta. Llevaba el revólver de Segura en el bolsillo.

2

En el Sevilla-Biltmore entró en la cabina telefónica y llamó a Carter. Tuvo que admitir que los nervios de Carter eran fuertes. Mucho más calmos que los suyos. La misión de Carter en Cuba no había sido cumplida, y sin embargo se quedaba, como cazador o tal vez como señuelo. Wormold saludó:  
-Buenas noches, Carter.  
-Oh, buenas noches, Wormold -la voz tenía el exacto frío del orgullo herido.  
-Quiero pedirle disculpas, Carter. Este tonto asunto del whisky. Yo estaba borracho, supongo. Ahora estoy un poco borracho. No estoy acostumbrado a pedir disculpas.  
-Está bien, Wormold. Acuéstese.  
-Me burlé de su tartamudez. Una persona no debiera hacer eso -se encontró hablando como Hawthorne. La falsedad era una enfermedad profesional.  
-No sé qué d... diablos quiso decir.  
-En seguida... en seguida descubrí lo que no estaba bien. No tenía nada que ver con usted. Ese condenado mozo envenenó a su propio perro. Era viejo, por supuesto, pero darle sobras envenenadas, ésa no es manera de acabar con un perro.  
-¿Eso s... sucedió? Gracias por hacérmelo saber, pero es tarde. Iba a acostarme, Wormold.  
-El mejor amigo del hombre.  
-¿Qué dice? No le oigo bien.  
-César, el amigo del rey, y después aquel peloduro que se hundió en Jutlandia. La última vez lo vieron en el puente junto a su amo.  
-Usted está borracho, Wormold -era mucho más fácil, descubrió Wormold, imitar la borrachera luego de... ¿cuánto scotch y bourbon? Se puede confiar en un borracho: "in vino veritas". También es mucho más fácil acabar con un borracho. Carter sería un tonto si no aprovechara la oportunidad. Wormold dijo:  
-Tengo ganas de dar una vuelta.  
-¿Por dónde?  
-Los lugares de La Habana que usted quería conocer.  
-Es tarde.

-Es la hora justa -la indecisión de Carter le llegó desde el hilo. Dijo-: Traiga un revólver -sentía una extraña repugnancia por matar un asesino desarmado... si alguna vez Carter se arriesgaba a ir desarmado.

-¿Un revólver? ¿Por qué?

-En algunos de esos lugares intentan atracarte.

-¿No puede llevarlo "usted"?

-No tengo.

-Tampoco yo -y le pareció escuchar en el receptor el sonido metálico de una recámara que se abría. "Diamante corta diamante", pensó con una sonrisa. Pero la sonrisa es peligrosa para el acto de odio, como para el acto de amor. Tuvo que recordarse a sí mismo el aspecto que tenía Hasselbacher mirando hacia lo alto desde el suelo, debajo de la barra. No le habían dado una oportunidad al viejo, y él le estaba dando bastantes a Carter. Comenzó a lamentar las copas que había tomado.

-Nos encontraremos en el bar -dijo Carter.

-No tarde.

Tengo que vestirme.

Ahora Wormold se alegraba de la oscuridad del bar. Carter, supuso, hablaba por teléfono con sus amigos, y tal vez convenía una cita, pero en el bar por lo menos no podían verle antes de que él les viera. Había una entrada desde la calle y una por el hotel, y en el fondo una especie de galería que si le hacía falta serviría de apoyo para su revólver. Todo el que entraba quedaba cegado un momento por la oscuridad, como lo estaba él. Al entrar no pudo distinguir por un momento si en el bar había uno o dos parroquianos, pues la pareja se abrazaba estrechamente en un sofá junto a la puerta.

Pidió un scotch que no probó, sentado en la galería, vigilando ambas puertas. Al cabo de un rato entró un hombre cuya cara no pudo ver; supo que era Carter por la mano que acariciaba el bolsillo de la pipa.

-Carter.

Carter llegó hasta él.

-Vamos -dijo Wormold.

-Beba su copa primero, y yo le acompañaré con otra.

-Ya he bebido mucho, Carter. Necesito aire. Ya tomaremos algo en alguna casa.

Carter se sentó.

-Dígame adónde piensa llevarme.

-A cualquiera de una docena de prostíbulos. Son todos iguales, Carter. Más o menos una docena de muchachas para elegir. Harán una exhibición para usted. Vamos, andando. Después de medianoche hay mucha gente.

Carter dijo ansiosamente:

-Me gustaría tomar algo primero. No puedo ir a una función semejante sobrio como una piedra.

-No espera a nadie, ¿verdad, Carter?

-No, ¿por qué?

-Me pareció, por su modo de mirar la puerta...

-No conozco un alma en esta ciudad. Ya se lo dije.

-Excepto al doctor Braun.

-Oh, sí, por supuesto, al doctor Braun. Pero no es la co... compañía que se lleva a una casa de esas, ¿verdad?

-Después de usted, Carter.

Carter se levantó de mala gana. Evidentemente, buscaba una excusa para quedarse. Dijo:

-Quiero dejar un recado en la portería. Espero una llamada telefónica.

-¿Del doctor Braun?



-Sí -dudó-. Me parece grosero salir así antes de que p... pueda llamarme. ¿No puede esperar cinco minutos, Wormold?

-Diga que estará de vuelta a la una, a menos que quiera hacer la noche completa.

-Sería mejor esperar.

-Entonces me voy sin usted. Maldito sea, Carter, creí que quería conocer la ciudad -se alejó caminando rápidamente. Había aparcado el automóvil al otro lado de la calle. No miró hacia atrás, pero oyó los pasos que le seguían. Carter no quería perderlo más de lo que él quería perder a Carter.

-Qué carácter tiene, Wormold.

-Lo siento. La bebida me pone así.

-E... espero que esté sobrio para conducir.

-Sería mejor, Carter, si condujera usted.

Pensó: "Eso le mantendrá las manos fuera de los bolsillos."

-Primero a la derecha, el primero a la izquierda, Carter.

Salieron a la avenida del Atlántico: del muelle se alejaba un esbelto barco blanco, algún crucero de turismo rumbo a Kingston o Port-au-Prince. Veían a las parejas inclinadas sobre la borda, románticas en el claro de luna, y una orquesta tocaba un favorito que ya estaba dejando de serlo: "I could have danced all night".

-Me da nostalgia -dijo Carter.

-Sí.

-No hay mar en Nottwich.

-Las barcas que recorren el río en verano me parecían así de grandes cuando era chico.

"Un asesino no tiene derecho a sentir nostalgia; un asesino debía ser una máquina, y yo también me he convertido en una máquina", pensó Wormold, buscando en el bolsillo el pañuelo que usaría para borrar las impresiones digitales llegado el momento. Pero ¿cómo elegir la hora? ¿Qué callejuela o qué portal? ¿Y si el otro disparaba primero...?

-¿Sus amigos son rusos, Carter? ¿Alemanes? ¿Norteamericanos?

-¿Qué amigos? -agregó sencillamente-: no tengo amigos.

-¿No tiene amigos?

-No.

-A la izquierda otra vez, Carter, y después a la derecha.

Avanzaban despacio por una calle angosta forrada de clubs; las orquestas hablaban de bajo tierra, como el fantasma del padre de Hamlet, o aquella música que cantaban las piedras del pavimento de Alejandría cuando el buen Hércules abandonó a Antonio. Dos hombres con uniforme del night-club cubano les aullaban competitivamente desde el otro lado de la calle.

Wormold dijo:

-Paremos. Necesito una copa antes de seguir.

-¿Son éstas las casas?

-No. Después iremos a una -pensó: "Si Carter al dejar el volante hubiera empuñado su revólver, habría resultado fácil disparar." Carter dijo:

-¿Conoce este lugar?

-No. Pero conozco la música -era extraño que tocaran eso: "mi locura ofende".

En el exterior había fotografías en color de mujeres desnudas y una palabra coloreada en neón brillaba en el night-club Esperanto: "Striptease". Unos escalones pintados a rayas como pijamas baratos conducían a un sótano brumoso. Parecía un lugar tan adecuado como cualquier otro para una ejecución. Pero primero quería una copa.

-Usted delante, Carter.

Carter titubeaba. Abrió la boca y luchó con una consonante; Wormold nunca le había oído esforzarse tanto.

-C... confío...

-¿En qué confía?

-Nada.

Se sentaron y vieron desvertirse a las bailarinas; los dos tomaron coñac con soda. Una chica iba quitándose las ropas de mesa en mesa. Comenzó por los guantes. Un espectador los tomó resignadamente, como quien coge el contenido del cajón de una taquilla. Luego presentó la espalda a Carter, diciéndole que le desabrochara el corsé de encaje negro. Carter forcejeaba en vano con los ojales, ruborizándose cada vez más, mientras la muchacha reía y se rozaba con sus dedos. Dijo:

-Lo siento, no puedo...

Alrededor de la pista hombres sombríos miraban a Carter desde sus mesas. Nadie sonreía.

-No ha tenido mucha práctica, Carter, en Nottwich. Déjeme a mí.

-Déjeme tranquilo, ¿quiere?

Por fin desabrochó el corsé, y la muchacha le revolvió el pelo delgado y veteado, siguiendo de largo. Volvió a ordenárselo con un peine de bolsillo.

-No me gusta este lugar -dijo.

-Usted es tímido con las mujeres, Carter -pero ¿cómo podía uno disparar a alguien de quien era tan fácil reírse?

-No me gustan los juegos de manos.

Subieron las escaleras. El bolsillo del pantalón de Carter le abultaba la cadera. Por supuesto, podía ser que llevara la pipa. Volvió a sentarse al volante, gruñendo.

-En cualquier parte puedo ver este tipo de función. Nada más que prostitutas que se desvisten.

-No la ayudó usted mucho.

-Buscaba una cremallera.

-Yo necesitaba una copa.

-Coñac podrido también. No me sorprendería que tuviera alguna droga.

-Su whisky tenía algo más que droga, Carter -trataba de encolerizarse y no recordar a su víctima incapaz de desabrochar un corsé y ruborizándose ante el fracaso.

-¿Qué dijo?

-Pare aquí.

-¿Por qué?

-Quería que le llevara a una casa. Esta es una casa.

-Pero no se ve a nadie.

-Todas están cerradas y calladas, como ésta. Vaya y toque el timbre.

-¿Qué quiso decir con lo del whisky?

-Ahora no importa. Vaya y llame.

Era un lugar tan apropiado como un sótano (también se habían usado paredones con el mismo propósito): una fachada gris y una calle donde nadie acudía sino con propósitos desamorados. Carter movió las piernas inciertamente debajo del volante; Wormold le vigilaba las manos de cerca, las manos inhábiles. "Es un duelo justo -se dijo-, está más acostumbrado a matar que yo, las oportunidades son las mismas, ni siquiera tengo la seguridad de que mi revólver está cargado. Tiene mayor oportunidad que la que tuvo jamás Hasselbacher."

Con la mano en la portezuela, Carter volvió a detenerse. Dijo:

-Tal vez sería mejor... otro día. Sabe y... y... yo...

-Usted está asustado, Carter.

-Nunca estuve en una c... c... casa. Para decirle la verdad, Wormold, no n... n... necesito mayormente una mujer.

-Parece una vida muy solitaria.

-Puedo pasarme sin ellas -dijo, desafiante-. Hay cosas más importantes en la vida de un hombre que correr tras...

-¿Entonces para qué quería venir a una casa?

Volvió a sorprender a Wormold con la verdad desnuda.

-Trato de desearlas, pero cuando llega el momento... -cavilaba al borde de la confesión, y luego se arrojó-. No resulta, Wormold. No puedo hacer lo que quieren.

-Salga del coche.

"Tengo que hacerlo -pensó Wormold- antes de que me confiese algo más." A cada segundo el hombre se convertía en un ser humano, una criatura a la que se debiera compadecer o consolar, pero no matar. ¿Quién sabía las excusas que enterraba un acto de violencia? Sacó el revólver de Segura.

-¿Qué?

-Salga.

Carter se apoyó contra la puerta del prostíbulo con una mirada de hosco resentimiento más que de miedo. Su temor era a la mujer, no a la violencia. Dijo:

-Está cometiendo un error. Fue Braun quien me dio el whisky. Yo no soy importante.

-No me importa el whisky. Pero usted mató a Hasselbacher, ¿no?

Volvió a sorprender a Wormold con la verdad. Había una especie de honestidad en el hombre.

-Obedecía órdenes, Wormold. Yo j... j... j... -maniobró hasta alcanzar el timbre con el codo, se apoyó sobre él y la campana sonó y sonó llamando al trabajo-. No hay enemistad, Wormold. Usted se volvió muy peligroso, eso es todo. No somos más que reclutas, usted y yo.

-¿Yo, peligroso? Qué tontos son ustedes, Carter. Yo no tengo agentes.

-Oh, sí, sí que los t... tiene. Esas construcciones en las montañas. Tenemos copias de sus planos.

-Partes de una aspiradora eléctrica -se preguntó quién los había entregado: ¿López? ¿O el correo de Hawthorne? ¿O alguien del consulado?

La mano de Carter fue al bolsillo, y Wormold disparó. Carter lanzó un grito, que fue como un ladrido.

-Casi me mata y sacó la mano que apretaba una pipa destrozada-. Mi Dunhill. Me destrozó mi Dunhill.

-Suerte de principiante -dijo Wormold. Estaba preparado para una sola muerte; le resultaba imposible volver a disparar. Comenzó a abrirse la puerta detrás de Carter. Hubo una ráfaga de música plástica-. Ahí le cuidarán. Ahora a lo mejor necesita una mujer, Carter.

-Usted... payaso.

Cuán acertado estaba Carter. Puso el revólver a su lado y se deslizó al asiento del conductor. De improviso se sintió feliz. Hubiera podido matar a un hombre. Se había probado concluyentemente a sí mismo que no era uno de los jueces; no sentía vocación por la violencia. Entonces Carter hizo fuego.

## Capítulo VI

1

Dijo a Beatriz:

-Me acababa de inclinar para encender el motor. Eso me salvó, me imagino. Por supuesto, estaba en su derecho de devolver el disparo. Fue un duelo verdadero, pero el tercer disparo fue mío.

-¿Qué pasó después?

-Tuve tiempo de alejarme de allí antes de marearme.

-¿Marearse?

-Suponiendo que hubiera estado en la guerra, me habría resultado mucho menos serio eso de matar a un hombre. ¡Pobre Carter!

-¿Por qué le tiene lástima?

-Era un hombre. Me enteré de muchas cosas de él. No sabía soltar un corsé femenino. Tenía miedo de las mujeres. Le gustaba su pipa, y cuando era niño los vaporcitos de su río le parecían trasatlánticos. Tal vez fuera un romántico. Un romántico tiene miedo generalmente de que la realidad llegue a la altura de sus esperanzas. Todos esperan demasiado.

-¿Y después?

-Limpié el revólver de impresiones digitales y lo traje de vuelta. Por supuesto, Segura descubrirá que se han disparado dos tiros. Pero supongo que no reclamará devolución de las balas. Sería un poco difícil de explicar. Todavía dormía cuando volví. Me da miedo pensar cómo tendrá la cabeza ahora. La mía está a punto de estallar. Pero intenté seguir sus instrucciones con la fotografía.

-¿Qué fotografía?

-Tenía una lista de los agentes extranjeros y se la iba a llevar al jefe de policía. Yo la fotografié y la volví a poner en su bolsillo. Me alegro de haber podido enviar un informe verdadero antes de renunciar.

-Debió haberme esperado.

-¿Cómo iba a hacer para esperarla? Estaba a punto de despertarse. Pero este asunto de la microfotografía es complicado.

-¿En nombre de qué le dio por sacar una microfotografía?

-Porque no podemos confiar en ningún correo a Kingston. La gente de Carter, quienquiera que sea, tiene copia de los planos de Oriente. Eso quiere decir que en alguna parte hay un espía doble. Tal vez sea su hombre, el contrabandista de drogas. De modo que hice una microfotografía como usted me enseñó, la pegué al dorso de un sello y despaché otras quinientas variadas, como habíamos acordado para casos de emergencia.

-Tendremos que telegrafiarles cuál es el sello que lleva la microfotografía.

-¿Qué sello?

-No querrá que revisen quinientos sellos buscando un punto negro, ¿verdad?

-No lo había pensado. Qué cosa más incómoda.

-Usted debe saber en qué sello...

-No se me ocurrió mirar el dibujo. Me parece que era un George V, rojo... o verde.

-Eso es algo. ¿No recuerda ninguno de los nombres de la lista?

-No. No tuve tiempo de leerla. Ya sé que soy un idiota para este juego, Beatriz.

-No. Ellos son los idiotas.

-Me pregunto de quién tendremos noticias primero. Del doctor Braun..., de Segura...  
Pero no fue de ninguno de ellos.

2

El arrogante empleado del consulado apareció en la tienda a las cinco en punto de la tarde siguiente. Se detuvo tieso entre las aspiradoras como un turista que mirara con desaprobación un museo de objetos fálicos. Le dijo a Wormold que el embajador quería verle.

-¿Puedo ir mañana a la mañana? -estaba preparando su último informe, la muerte de Carter, y su renuncia.

-No, no puede. Llamó desde su casa. Tiene que ir ahora mismo.

-No soy un empleado -dijo Wormold.

-¿No?

Wormold regresó a Vedado, a las casitas blancas y a las flores tropicales de los ricos. Parecía haber pasado una eternidad desde su visita al profesor Sánchez. Pasó frente a la casa. ¿Qué peleas se desataban todavía detrás de esas paredes de casa de muñecas?

Tuvo la impresión de que en la mansión del embajador todos estaban a la expectativa de su llegada, y de que el vestíbulo y la escalera habían sido cuidadosamente desprovistos de espectadores. En el primer piso una mujer se volvió de espaldas, cerrando la puerta; le pareció que era la embajadora. Dos chicos miraron furtivamente entre los barrotes del segundo piso y corrieron con un resonar de zapatitos por el suelo de mosaico. El mayordomo le condujo a un salón, que estaba desierto, y cerró la puerta al salir, furtivamente. Por los altos ventanales vio una extensión de césped y altos árboles subtropicales. Incluso allí alguien se alejaba rápidamente.

El cuarto era como tantos salones de embajada, una mezcla de importantes piezas heredadas y pequeños objetos personales adquiridos en destinos anteriores. Wormold creyó descubrir un pasado en Teherán (una pipa en forma extraña), un mosaico, Atenas (un par de iconos), pero momentáneamente le desconcertó una máscara africana: ¿tal vez Monrovia?

Entró el embajador, un hombre alto, frío, con corbata de la Guardia, y un algo de lo que Hawthorne hubiera querido ser. Dijo:

-Siéntese, Wormold. ¿Quiere un cigarrillo?

-No, gracias, señor.

-Encontrará esa silla más cómoda. Bueno, no hay necesidad de andar con vueltas, Wormold. Usted está en dificultades.

-Sí.

-Por supuesto, yo no sé nada, absolutamente nada, de lo que usted hace aquí.

-Vendo aspiradoras, señor.

El embajador le miró con evidente disgusto.

-¿Aspiradoras? No me refería a eso -paseó la mirada de Wormold a la pipa persa, al icono griego, a la máscara de Liberia. Eran como la autobiografía en la que, para animarse, un hombre escribiera sólo sus mejores momentos. Ayer a la mañana vino a verme el capitán Segura. Tenga presente que no sé cómo obtuvo este informe la policía, no es asunto mío, pero me contó que usted había estado mandando una serie de informes falsos. Tampoco sé a quién los mandó usted: tampoco es asunto mío. Dijo textualmente que usted había estado cobrando dinero y fingiendo tener fuentes de información que sencillamente no existen. Me pareció mi deber informar inmediatamente al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Supongo que no tardará en recibir órdenes de regresar a presentar su informe; no tengo idea a quién, eso no tiene nada que ver conmigo.

Wormold vio dos cabecitas que le miraban desde detrás de un árbol. Las miró y le miraron, le pareció que con simpatía. Dijo:

-¿Sí, señor?

-Tuve la impresión de que el capitán Segura considera que usted ocasiona muchas dificultades aquí. Creo que si usted se negara a volver, se encontraría en serias dificultades con las autoridades, y, dadas las circunstancias, por supuesto que yo no podría hacer nada por ayudarle. Absolutamente nada. El capitán Segura sospecha incluso que usted puede haber falsificado algún documento que dice que usted descubrió entre cosas que le pertenecen a él. Todo el asunto me resulta desagradable, Wormold. No puedo decirle cuán desagradable. Las fuentes correctas de información en el extranjero son las embajadas. Para eso tenemos nuestros agregados. Esto que llaman información secreta es un disgusto para todo embajador.

-Sí, señor.

-No sé si se ha enterado, pues no apareció en los diarios, pero anteanoche mataron a un inglés a tiros. El capitán Segura sugirió que no estaba fuera de contacto con usted.

-Le conocí en un almuerzo, señor.

-Le conviene regresar, Wormold, en el primer avión que consiga; cuanto antes, mejor para mí; y discutir esto con su gente, quienquiera que sea.

-Sí, señor.

3

El avión de la KLM partiría a las tres y treinta de la mañana para Amsterdam vía Montreal. Wormold no tenía deseos de viajar vía Kingston, donde Hawthorne podría tener instrucciones de esperarle. Habían cerrado la oficina con un telegrama final, y Rudy y su maleta viajarían vía Jamaica. Los códigos fueron quemados con ayuda de las hojas de celuloide. Beatriz iría con Rudy. López quedaba a cargo de las aspiradoras. Todas las posesiones personales que apreciaba Wormold fueron embaladas en un cajón, que despachó por vía marítima. La casa fue vendida... al capitán Segura.

Beatriz le ayudó a embalar. El último objeto en ir al cajón fue la imagen de santa Serafina.

-Milly debe estar muy triste -dijo Beatriz.

-Está maravillosamente resignada. Como sir Humphrey Gilbert, dice que Dios está tan cerca de ella en Inglaterra como en Cuba.

-No fue eso exactamente lo que dijo Gilbert.

Quedaba una pila de basura no secreta que había que quemar.

Beatriz dijo:

-Qué montón de fotografías de "ella" había escondido por ahí.

-Tenía la idea de que romper una fotografía era como matar a alguien. Por supuesto, ahora sé que es muy distinto.

-¿Qué hay en este estuche rojo?

-Ella me regaló unos gemelos en una ocasión. Me los robaron, pero guardé el estuche. No sé por qué. En cierto modo, me alegro de ver desaparecer todo esto.

-El final de una vida.

-De dos vidas.

-¿Qué es esto?

-Un programa viejo.

-No tan viejo. Del Tropicana. ¿Puedo guardarlo?

-Usted es demasiado joven para guardar cosas -dijo Wormold-. Se acumulan demasiado. Pronto descubrirá que no tiene lugar para vivir entre las cajas llenas de desperdicios.

-Me arriesgaré. Fue una noche maravillosa.

Milly y Wormold la despidieron en el aeropuerto. Rudy desapareció disimuladamente, siguiendo al hombre con la enorme maleta. Era una tarde calurosa y la gente bebía daiquiri. Desde la propuesta de matrimonio del capitán Segura había desaparecido la dueña en Milly, pero después de su desaparición, la chica que había esperado ver reaparecer, la que había prendido fuego a Thomas Earl Parkman hijo, no había regresado. Era como si Milly hubiera crecido, dejando atrás a ambos personajes. Dijo con el tacto de un adulto:

-Voy a comprar algunas revistas para Beatriz -y se enfrascó en el estudio del material de lectura, dándoles la espalda.

-Lo siento -se excusó Wormold-. Cuando llegue les diré que usted no sabía nada. Me gustaría saber adónde la mandarán ahora.

-Tal vez al golfo Pérsico. Basora.

-¿Por qué el golfo Pérsico?

-Ésa es su idea del purgatorio. La regeneración por el sudor y las lágrimas. ¿Phastkleaners tiene agencia en Basora?

-Me temo que Phastkleaners no me siga empleando.

-¿Qué hará?

-Tengo bastante, gracias al pobre Raúl, para el año en Suiza de Milly. Después no sé.

-Podría abrir una de esas tiendas donde se venden chascos... ya sabe lo que le digo: el pulgar ensangrentado, la tinta que se vuelca y el terrón de azúcar con la mosca. Qué espantosas son las despedidas. Por favor, no espere más.

-¿Volveré a verla?

-Intentaré no ir a Basora. Intentaré quedarme en la oficina de dactilógrafas con Angélica, Ethel y miss Jenkinson. Cuando tenga suerte, saldré a las seis y podríamos encontrarnos en el bar de la esquina para comer un bocado antes de ir al cine. Es una de esas vidas espantosas, verdad, como la UNESCO y las conferencias de escritores modernos. Fue magnífico estar aquí con usted.

-Sí.

-Ahora, váyase.

Caminó hasta la estantería de las revistas y dijo a Milly:

-Vamos.

-Pero, Beatriz, no le he dado sus revistas.

-No las quiere.

-No me despedí.

-Demasiado tarde. Ya ha pasado por Inmigración. La verás en Londres. Tal vez.

4

Fue como si se hubieran pasado todo el tiempo restante en aeropuertos. Ahora llegaba el vuelo de la KLM, eran las tres de la mañana y el cielo estaba rosado con el reflejo de las luces de aterrizaje; era el capitán Segura quien les "despedía". Trataba de hacer que la ocasión oficial resultara todo lo privada que fuera posible, pero siempre era algo así como una deportación. Segura dijo, con un reproche:

-Usted me obligó a esto.

-Sus métodos son más suaves que los de Carter o el doctor Braun. ¿Qué va a hacer con el doctor Braun?

-Necesita regresar a Suiza por algo que tiene que ver con sus instrumentos de precisión.

-¿Con pasaje completo hasta Moscú?  
-No necesariamente. Tal vez Bonn. O Washington. O tal vez Bucarest. No sé. Quienesquiera que sean, están muy contentos, creo, con sus planos.  
-¿Planos?  
-De las construcciones en Oriente. También se llevará el crédito de haberse librado de un agente peligroso.  
-¿Yo?  
-Sí. Cuba estará un poco más apagada sin ustedes dos, pero yo echaré en falta a Milly.  
-Milly nunca se hubiera casado con usted, Segura. No le gustan en realidad las petacas hechas de piel humana.  
-¿Alguna vez le dijeron de quién era la piel?  
-No.  
-Del oficial de policía que torturó hasta la muerte a mi padre. Sabe, era pobre. Pertenecía a la clase torturable.  
Milly se les reunió, llevando "Time, Life, París Match y Quick". Eran casi las 3.15 y en el cielo había una franja gris sobre la pista de aterrizaje donde había comenzado la falsa aurora. Los pilotos avanzaron hacia el avión, y les siguió la azafata. Les conocía de vista; habían compartido la mesa con Beatriz en el Tropicana tres semanas atrás. Un altavoz anunció en inglés y en castellano la partida del vuelo 396 para Montreal y Amsterdam.  
-Tengo un regalo para cada uno de ustedes -dijo Segura. Les dio dos paquetitos. Los abrieron mientras el avión volaba alejándose de La Habana; la cadena de luces de la costanera se perdió de vista, y el mar cayó como un telón sobre todo ese pasado. En el paquete de Wormold había una botellita en miniatura de Grant's Standfast y la bala disparada de un revólver policial.  
El de Milly encerraba una pequeña herradura de plata con sus iniciales grabadas.  
-¿Por qué la bala? -preguntó Milly.  
-Oh, una broma de gusto dudoso. Sin embargo, no era un mal tipo -dijo Wormold.  
-Pero no servía para marido -repuso la Milly adulta.

## **Epílogo en Londres**

### **1**

Le habían mirado con curiosidad al dar su nombre y después lo habían puesto en un ascensor, llevándolo, un poco para su sorpresa, abajo en vez de arriba. Ahora se hallaba en el largo corredor de un sótano, contemplando una luz roja encima de una puerta. Cuando se encendiera la verde, le habían dicho, podía pasar, pero no antes. Entraba y salía gente que no prestaba atención a la luz; algunos llevaban papeles, algunos carteras, y uno iba de uniforme, un coronel. Nadie le miraba; sintió como que les avergonzaba. Le pasaban por alto como a una persona contrahecha. Pero era de presumir que la causa no fuera su cojera. Hawthorne vino por el pasillo desde el ascensor. Tenía un aspecto arrugado, como si hubiera dormido con la ropa puesta; tal vez había pasado la noche en un avión de Jamaica. También él habría pasado por alto a Wormold si Wormold no le hubiera hablado. -Hola, Hawthorne.  
-Oh, usted, Wormold. -¿Llegó bien Beatriz? -Sí, naturalmente.  
-¿Dónde puedo encontrarla, Hawthorne? -No tengo ni idea.  
-¿Qué está pasando ahí dentro? Parece una corte marcial.



-Es una corte marcial -repuso Hawthorne, heladamente, y entró al cuarto de la luz. El reloj marcaba las once y veinticinco. A él le habían citado para las once.

Se preguntó si había otra cosa que pudieran hacer además de despedirlo, lo que presumiblemente ya habrían hecho. Eso era probablemente lo que trataban de decidir ahora. No podían acusarle de violar la ley de Secretos Oficiales. Había inventado secretos, no revelado. Probablemente le hicieran imposible encontrar trabajo en el extranjero, y en la isla no era fácil encontrar trabajo a su edad, pero no tenía ninguna intención de devolverles su dinero. Eso era para Milly; ahora sentía como si lo hubiera ganado sirviendo de blanco para el veneno de Carter y la bala de Carter.

A las once y treinta y cinco salió el coronel; parecía indignado y agitado mientras caminaba hacia el ascensor. "Ahí va un juez ahorcador", pensó Wormold. Luego emergió un hombre con chaqueta de "tweed". Tenía ojos azules muy hundidos y no necesitaba que el uniforme le señalara como marino. Miró accidentalmente a Wormold y desvió en seguida la mirada, como hombre de integridad. Dijo:

-Espéreme, coronel -y avanzó por el pasillo con cierto bamboleo, como si estuviera otra vez en el puente durante un temporal.

Hawthorne salió después, en conversación con un hombre muy joven, y luego Wormold se quedó sin respiración porque la luz se había vuelto verde y Beatriz estaba allí.

-Tiene que pasar -dijo Beatriz.

-¿Cuál es el veredicto?

-No puedo hablar con usted ahora. ¿Dónde se aloja?

Se lo dijo.

-Iré a las seis. Si puedo.

-¿Me van a fusilar al amanecer?

-No se aflija. Entre ahora. No le gusta que le hagan esperar.

-Y a usted, ¿qué le pasará?

-Yakarta.

-¿Qué es eso?

-El fin del mundo. Más lejos que Basora.

Un hombre de monóculo negro tenía un escritorio todo para él. Dijo:

-Siéntese, Wormold.

-Prefiero estar de pie.

-Ah, eso es una cita, ¿verdad?

-¿Cita?

-Estoy seguro de haberlo oído en alguna obra... teatro de aficionados. Hace muchos años, por supuesto.

Wormold se sentó.

-Usted no tiene derecho a mandarla a Yakarta. -¿Mandar a quién a Yakarta?

-A Beatriz.

-¿Quién es Beatriz? Ah, esa secretaria suya. Cómo odio eso de los nombres de pila. Tendrá que hablar con miss Jenkinson respecto a ella. Está a cargo de las secretarías, no yo, gracias a dios.

-No tuvo nada que ver con nada.

-¿Nada? Escuche, Wormold. Hemos decidido eliminar el puesto suyo, y se nos plantea el problema: ¿qué hacemos con usted? -ahora venía. A juzgar por la cara del coronel, que había sido uno de sus jueces, sintió que lo que vendría no sería agradable. El jefe se quitó el monóculo negro y Wormold quedó sorprendido con el ojo azul bebé. El jefe dijo: Pensamos que lo mejor para usted, dadas las circunstancias, sería permanecer aquí, en nuestro cuerpo de profesores. Conferencias. Cómo se dirige una dotación en el extranjero. Ese tipo de cosas -parecía tragar algo sumamente desagradable. Agregó: Por supuesto,

como siempre hacemos cuando se retira un agente de un destino en el exterior, le recomendaremos para una condecoración. Creo que en su caso, puesto que no estuvo allí mucho tiempo, apenas podemos sugerir algo más elevado que una OBE "Order of the British Empire".

2

Se saludaron formalmente en una selva de sillas verdes, en un hotel barato de Gower Street, el Pendennis.

-No creo poder conseguirle nada para beber -dijo él-. Son abstemios.

-¿Por qué vino aquí?

-Venía con mis padres, de niño, no sabía lo de la prohibición de expender bebidas alcohólicas. Entonces no me molestaba. Beatriz, ¿qué pasó? ¿Se han vuelto locos?

-Estaban furiosos con nosotros dos. Dijeron que yo debía haber descubierto lo que pasaba. El jefe convocó a toda una conferencia. Todas sus amistades estaban allí, del Ministerio de Guerra, el Almirantazgo, el Ministerio de Aeronáutica. Tenían a la vista todos los informes que usted envió y los revisaron uno por uno. Infiltración comunista en el gobierno: nadie se opuso a enviar al Ministerio de Relaciones Exteriores un memorándum que lo cancelara. Asimismo los informes económicos: estuvieron de acuerdo en desautorizarlos, también. Había uno sobre desinfección en la marina y otro sobre bases de reaprovisionamiento de combustible para submarinos. El comandante dijo: "Tiene que haber algo de verdad en éstos." Repuse: "Mire la fuente. No existe." "Vamos a quedar como tales estúpidos -dijo el comandante- que en Inteligencia Naval se van a volver locos de contento." Pero eso no fue nada comparado con lo que sintieron al discutir las construcciones.

-¿Se habían tragado los planos realmente?

-Entonces se volvieron contra el pobre Henry.

-Me gustaría que no le llamara Henry.

-En primer lugar él no había informado de que usted vendía aspiradoras, sino de que era una especie de rey de los negocios. El jefe no se unió a esa cacería. Parecía avergonzado por alguna razón, y de todos modos Henry, digo Hawthorne, mostró el legajo, y allí estaba todo. Por supuesto, nunca había ido más allá de la oficina de miss Jenkinson. Le dijeron entonces que debía haber reconocido las partes de una aspiradora al verlas. Entonces dijo que las había reconocido, pero que no había razón para que el "principio" de una aspiradora no se pudiera aplicar a un arma. Después de eso, todos pedían a gritos la cabeza de Wormold, todos menos el jefe. Hubo momentos en que me pareció que veía el aspecto divertido de la cuestión. Les dijo: "Lo que tenemos que hacer es muy sencillo. Debemos notificar al Almirantazgo, al Ministerio de Guerra y al de Aeronáutica que todos los informes recibidos de La Habana en los últimos seis meses son totalmente indignos de confianza."

-Pero, Beatriz, me han ofrecido un puesto.

-Es fácil de explicar. El primero en aflojar fue el comandante. Tal vez en el mar uno aprende a mirar a lo lejos. Dijo que el servicio quedaría arruinado en lo que respecta al Almirantazgo. Que en el futuro solamente confiarían en la Inteligencia Naval. Entonces el coronel intervino: "Si se lo digo al Ministerio de Guerra, ya podemos ir levantando el campamento." Hubo un tremendo callejón sin salida hasta que el jefe sugirió que tal vez el plan más sencillo fuera hacer circular un informe más, como proveniente de 59200"5, diciendo que las construcciones habían resultado un fracaso y habían sido desmanteladas. Y entonces, por supuesto, quedaba usted. El jefe opinó que usted tenía una experiencia valiosa, que debería ponerse al servicio del departamento y no al de la prensa popular.

Demasiada gente ha escrito últimamente memorias sobre el Servicio Secreto. Alguien mencionó la ley de Secretos Oficiales, pero el jefe pensaba que tal vez no comprendiera el caso suyo. Tenía que haberles visto cuando se quedaron sin víctima. Por supuesto, se volvieron contra mí, pero a mí no me iba a interrogar esa pandilla, así que les dije lo que pensaba.

-¿Qué les dijo, en nombre de Dios?

-Les dije que aun si lo hubiera sabido no lo habría impedido. Les dije que usted trabajaba para algo importante, no para la noción de guerra total que alguien puede tener y que a lo mejor no ocurre nunca. Ese tonto vestido de coronel dijo algo sobre "su patria". Yo le dije: "¿Qué quiere decir con "su patria"? ¿Una bandera que alguien inventó hace doscientos años? ¿Un coro de obispos discutiendo sobre el divorcio y los miembros de la Cámara de los Comunes gritándose los unos a los otros? ¿O se refiere a los Ferrocarriles Británicos y el TUC y las Co-ops?" Probablemente, llegará a creer que es su regimiento si se detiene a pensar, pero yo no tengo regimiento. Ni él ni yo. Trataron de interrumpirme, y les dije: "Oh, me olvidaba. Hay algo más grande que la propia patria, ¿verdad? Nos enseñaron eso con su Liga de las Naciones y su Pacto del Atlántico y OTAN y ONU y SEATO. Pero eso no representa más para nosotros que otros grupos de letras, USA y URSS. Y ya no les creemos cuando dicen que quieren paz, justicia y libertad. ¿Qué clase de libertad? Ustedes quieren su carrera. Dije que simpatizaba con los oficiales franceses de 194e que se quedaron a cuidar a sus familias; de todos modos, no pusieron la carrera por encima de todo. Un país es más una familia que un sistema parlamentario."

-Dios mío, ¿les dijo todo eso?

-Sí. Fue todo un discurso.

-¿Usted creía en eso?

-No en todo. No nos han dejado mucho en qué creer, verdad, ni siquiera en qué no creer. No puedo creer en nada más grande que un hogar ni en nada más vago que un ser humano. ¿Cualquier ser humano?

Se alejó caminando rápidamente entre las sillas verdes sin contestarle, y él vio que había hablado hasta llegar al borde de las lágrimas. Diez años antes la hubiera seguido, pero la madurez es el período de la triste cautela. La vio alejarse por el cuarto sombrío y pensó: "Querido es un modo de hablar, catorce años de diferencia, Milly... No debemos hacer nada que choque a nuestro propio vástago o dañe la fe que uno no comparte." Había llegado a la puerta cuando le dio alcance.

-Busqué Yakarta en todos los diccionarios. No puede ir ahí. Es un lugar terrible.

-No puedo elegir. Intenté quedarme.

-¿Quiere quedarse?

-Podríamos habernos encontrado para tomar algo e ir al cine alguna que otra vez.

-Una vida espantosa, usted lo dijo.

-Usted hubiera sido parte de esa vida.

Beatriz, le llevo catorce años.

-¿Qué diablos importa? Yo sé lo que le preocupa en realidad. No es la edad, es Milly.

-Milly tiene que aprender que su padre también es humano.

-Una vez ella me dijo que no resultaría que yo me enamorara de usted.

-Tiene que resultar. No puedo amarte en dirección única.

-No resultaría fácil decírselo.

-Puede que no resulte fácil aguantarme después de algunos años.

-Querido mío, no te preocupes más por eso. No te abandonarán dos veces.

Cuando se besaban, entró Milly llevándole a una anciana un gran costurero. Tenía un aspecto particularmente virtuoso: tal vez había dado comienzo a un período de prácticas piadosas. La anciana fue la primera en verles y dijo:

-Salgamos de aquí, queridita -tomando a Milly del brazo-. ¡Qué ocurrencia, donde cualquiera puede verlos!

-No importa -dijo Milly-, no es más que mi papá.

El sonido de su voz les separó.

La viejita dijo:

-¿Ésa es tu mamá?

-No. Su secretaria.

-Dame mi costurero -dijo la anciana, indignada.

-Bueno -intervino Beatriz-, así son las cosas.

Wormold dijo:

-Lo siento, Milly.

-Oh -exclamó Milly-, ya es hora de que aprenda algo sobre la vida.

-No pensaba en la señora. Sé que éste no te parecerá un verdadero matrimonio.

-Me alegro de que os caséis. En La Habana pensé que vivíais una aventura. Por supuesto, viene a ser lo mismo, porque los dos estáis casados ya, pero de todos modos será más decoroso. Papá, ¿sabes dónde queda el Tattersall?

-En Knightsbridge, creo, pero estará cerrado.

-Quería explorar el camino.

-¿No te opones, Milly?

-Oh, los paganos pueden hacer casi cualquier cosa, y vosotros sois paganos. Dichosos. Volveré para la cena.

-Ya ves -dijo Beatriz- cómo salió bien después de todo.

-Sí. Supe manejarla, ¿verdad? Hay algunas cosas que sé hacer bien. De paso, el informe sobre los agentes enemigos, eso les habrá hecho felices, ¿no?

-No del todo. Sabes, querido, le costó al laboratorio una hora y media de trabajo poner todos los sellos en agua uno por uno para tratar de encontrar tu puntito. Creo que lo encontraron en el número cuatrocientos ochenta y dos, pero cuando lo ampliaron, bueno, no había nada. O le diste demasiada exposición, o usaste el lado del microscopio que no debías.

-¿Y sin embargo, me dan una OBE?

-Sí.

-¿Y un puesto?

-Dudo que lo mantengas por mucho tiempo.

-Ni tengo intención de mantenerlo. Beatriz, ¿cuándo empezaste a imaginar que estabas...?

Ella le puso la mano sobre el hombro, obligándole a bailar entre las lóbregas sillas. Luego empezó a cantar, un poquito desafinadamente, como si hubiera corrido mucho para alcanzarle:

"Gente cuerda te rodea,  
viejas amistades.  
Dicen que la tierra es redonda...  
mi locura ofende.  
Dicen que la naranja tiene semillas  
y la manzana cáscara..."

-¿De qué vamos a vivir? -preguntó Wormold.

-Ya encontraremos una salida, tú y yo.

-Somos tres -dijo Wormold, y ella comprendió cuál sería el principal problema de su futuro: que él nunca estaría lo suficientemente loco.

FIN

Libros Tauro  
<http://www.LibrosTauro.com.ar>